

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 86 - Mayo de 2017 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



10

Humos setenteros

12

Corazón colorado

16

Doce balas para Javier

20

Café Alaska

22

Malcolm Lowry y los misterios de las ruinas

26

Ruleta de vitrinas

32

Bastener me hizo llorar dos veces



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- Guillermo Cardona

- David Mayordomo Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Félix Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 86 - Mayo 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Opio por las nubes

Colombia sigue con un lugar en el podio de los países jibaros según los datos del más reciente Informe sobre la Estrategia para el Control Internacional de Estupefacientes (INCSR) que presenta el Departamento de Estado de los Estados Unidos. El 90% de la cocaína decomisada en las chuspas de los gringos proviene de Colombia, tiene la marca de Tumaco, Puerto Asís, Tibú, El Tambo... Afganistán es otro de los líderes en el ranking de los países problema por las 200 000 hectáreas de amapola con el sello de sus provincias, Helmand, Kandahar y Badghis, porque los talibanes también siembran y disparan. Allí también hay veredas, clanes y golfos. México es líder indiscutido por la producción del 95% de la heroína que se inyectan en Estados Unidos, la fabricación de los opioides sintéticos y el último brinco para la coca, contra el muro hay catapultas y túneles. Venezuela y Nicaragua, por sus gobiernos y sus sobrinos amigos de los envíos certificados; Guatemala, Honduras, El Salvador, por el tránsito obligado; Jamaica y Haití, por sus ciudadanos dispuestos al viaje; Perú por ese loteo de coca que le dejamos y Panamá por su gusto por el lavado, todo limpio, hasta en el palacio presidencial. Para Laos, India y Pakistán tendrán sus razones.

Trump, que siempre parece en un mal viaje, le dijo a Santos que seguirán siendo aliados contra las drogas, y es seguro que le soltó, a ese pobre aprendiz suramericano, ya en privado, un ultimátum sobre el aumento de las hectáreas de coca en esas selvas insalubres. Pero en Estados Unidos la cocaína es cada vez más un mal menor. Hoy se huelen un tercio de lo que se metían en la hiperactividad de los noventa. Y la epidemia por sobredosis de heroína, analgésicos recetados y el Fentanyl, entre otros, hace que los médicos, los políticos, los policías y los padres de familia fijen su atención en otras urgencias. Según el National Institute on Drug Abuse el 40% de las emergencias por abuso de drogas en los hospitales de Estados Unidos tienen a la cocaína como causa principal. En el 2011 eran en total un poco más de 500 000 embalajes bravos cada año. Pero el consumo que termina en las morgues viene sobre todo de los opioides. William Brownfield, exembajador gringo en Colombia, hombre acostumbrado a ver solo la coca como la "mata que mata", fue claro en sus declaraciones al presentar el INCSR en marzo de este año: "Hoy en día Estados Unidos tiene más comunidades, más familias y más regiones confrontadas al problema de la droga y la adicción, especialmente de heroína y otros opiáceos".

La imagen de las ollas oscuras en las grandes ciudades y de los negros como víctimas preferidas del crack en los suburbios es ahora un lugar común de las series y las películas de finales del siglo XX. Ahora mueren los padres blancos de familias ejemplares o disfuncionales en West Virginia, Tennessee, Kentucky y Carolina del Norte.

Los muertos por sobredosis aparecen en sus camionetas recién tanqueadas o en sus casas de los barrios en las afueras de las ciudades. Hombreros blancos, no hispanos, entre 25 y 44 años son las víctimas más frecuentes. El año pasado murieron más de 33 000 norteamericanos por sobredosis asociadas a los opioides. Desde el año 2000 las muertes por sobredosis han aumentado en 137%. Los médicos siguen recetando y los grandes laboratorios siguen vendiendo. Cada año se prescriben 260 millones de fórmulas médicas de opioides en los Estados Unidos y el 45% de los adictos a la heroína también compran un ajuste en las farmacias. Las muertes por sobredosis de cocaína también aumentaron en los últimos años, datos del National Institute of Health (NIH) de los Estados Unidos hablan de algo menos de 6 000 en el 2014, muy por debajo del pico de los últimos quince años, cuando llegó a 7 000 en el 2007. Todas las agencias especulan con un posible aumento del consumo de cocaína por el crecimiento de la oferta desde Colombia. Muy posiblemente ese fue el gran reparo de Trump a Santos. Un poco menos de un millón de norteamericanos tiene "problemas mentales por dependencia o abuso de cocaína". Pero según los estudios oficiales los gringos mayores de doce años que dicen haber probado la coca alguna vez en su vida se mantuvieron en el 14,5% entre 2013 y 2015. Los datos sobre consumo en el 2016 dirán si las alertas son ciertas o si nos están tramando mientras nosotros les estamos mandando.

Los policías en algunos pueblos de Carolina del Norte, un estado líder en prevención, comienzan a hablar como médicos: "Nuestra tarea es salvar vidas", dice uno de los agentes de las decenas de estaciones en ese estado que manejan jeringas y Naxalona, una droga que funciona como antídoto a las sobredosis de opioides si se aplica en los primeros minutos luego de la inconciencia. Más de 6 000 personas salvaron su vida con la Naxalona aplicada por policías o compañeros consumidores desde 2013 en Carolina del Norte. Las polémicas ahora giran en torno al precio de la "droga para las segundas oportunidades" y de las leyes que permitan a los consumidores llamar al 911 para que asistan a un amigo sin tener que enfrentar a la fiscalía.

Nosotros seguimos en el debate sobre el glifosato y en el desafío que representan las 90 000 familias cocalleras en las fronteras, en los Parques Nacionales, en las goteras de las Zonas Veredales, en las orillas del Pacífico y en el centro de las disidencias. Las discusiones y las estrategias también tienen que evolucionar. Igual que la postura frente a quienes comienzan a tener nuevos líos y han perdido poder en su discurso como víctimas. Pensar en la regulación, al menos hablar de la regulación de la cocaína, cuando Estados Unidos va liberando la marihuana primero que nosotros y recetando analgésicos con las viejas promesas del láudano. Han cambiado de tema, de drogas y de jibaros primero que nosotros. ©



Erythroxylum coca.



Papaver somniferum.

El señor Pierre de Coubertin, mejor conocido como el fundador de los modernos Juegos Olímpicos, fue un historiador y pedagogo que escribió más de dieciséis mil páginas publicadas en folletos, artículos y libros de historia política, técnica, medicina, higiene y moral deportiva. Estos son, queridos hiperquinéticos y sedentarios lectores de *Universo Centro*, tres ensayos sobre psicología deportiva redactados por este prolijo escritor, que acaban de ser traducidos y publicados por primera vez en español por el transeúnte y ciudadano medellinense Rodrigo Zapata Cano.

LA BICICLETA Y LA VACILACIÓN



Anónimo. S.f.

En casi todos los deportes la vacilación desempeña un papel nefasto. Puede provocar accidentes; mantiene en todo caso la torpeza y disminuye sensiblemente el placer experimentado. No obstante, este papel tiene una importancia distinta en uno u otro deporte. Un futbolista o un tenista que vacile será un jugador mediocre y no progresará, eso es todo. El patinador que vacila termina siempre por voltear a la derecha o a la izquierda y por dibujar, sin querer, alguna figura rudimentaria: pero, por esto no se cae. En un caso parecido, el jinete tiene el recurso de recuperar su montura y, en realidad, son muchos más de lo que se cree, los hombres que dejan a su caballo el cuidado de decidir por ellos. Entre el caballo y el hombre se establece una especie de "sinfonía tácita"; se diría que se comprenden: se guardan las apariencias; el espectador cree que el hombre ha elegido, pero es el caballo. Si el esgrimista es demasiado entregado a la vacilación, es llevado naturalmente a permanecer a la defensiva y a hacer un juego de bloques con lo que podrían ser ataques.

En el remero, la energía y la perseverancia se aprovechan, pero, como casi no tiene que tomar decisiones, no se expone a largas vacilaciones. Esto también es un poco cierto en el nadador. Si el tirador vacila perderá su caza, pero su vacilación se manifiesta de manera uniforme: se trata de fallar el tiro, nada más; es un gesto único. Por el contrario, de todos los deportistas, el ciclista es el que tiene que tomar más decisiones de todo tipo y para el cual el hecho de no haberlas tomado a tiempo le presenta más inconvenientes, preocupaciones e incluso peligros. Para girar, a menos que solo sea sobre una

verdadera explanada, pasar entre automóviles o árboles, deslizarse a lo largo de un muro o una acera, evitar los rieles o los carriles profundos, circular en medio de una muchedumbre, etc., decida pronto, señor ciclista, o sufrirá una caída que será algunas veces dolorosa y siempre ridícula.

La conclusión de esta comprobación es que para practicar ciclismo es necesario tener un carácter muy decidido. Aquí es donde el asunto se vuelve divertido, pues no es cierto del todo. Todos conocemos buenos ciclistas que no se destacan por ninguna rara hazaña, pero que se sirven con una perfecta seguridad de su máquina en las circunstancias que acabamos de enumerar; y también sabemos que son personas sin carácter, muy obedientes e indecisas ante los cruces de la vía e ineptas para tomar decisiones y más aún para mantenerlas.

Sin duda, el próximo congreso de Lausana tendrá el honor de estudiar este grave problema de la transposición al campo del carácter de las cualidades fuertes adquiridas muscularmente, y este problema hará correr mucha tinta. El caso de la bicicleta hará pensar que dicho problema se debe resolver negativamente, pero tampoco aquí debemos apresurarnos a generalizar. Muchos ejemplos son susceptibles de apoyar la tesis inversa y, al mirarla de cerca, percibimos que la decisión necesaria para el ciclista es de una especie completamente particular. Es una decisión instintiva, por así decirlo. Pensada y deseada, no desempeñaría su tarea o la haría mal. Debe ser espontánea e ignorarse a sí misma.

Esto no es tan sorprendente. En todos los otros ejercicios donde el hombre lleva la dirección para manejar una máquina o un

animal a los cuales simplemente se ha yuxtapuesto, no hay al mismo tiempo un equilibrio totalmente inestable para mantener. Los patines y los esquís dirigen al hombre, prolongan su cuerpo y hacen parte de él; además, alineados, lo sostienen. La bicicleta no puede mantenerse en ninguna posición y sus facultades móviles la hacen "dirigible" al máximo. Ahora bien, es preciso que quien la monte, al haberle dado un impulso y una dirección, se le acople por completo, como si la bicicleta y el ciclista fueran una sola máquina. Desde este momento, se concibe muy bien que tenga necesidad de "tener una mentalidad de máquina". La colaboración del cerebro y la voluntad para tomar las decisiones será nefasta en general. Establecerá pronto un examen y una discusión previa, fuentes de fatiga, pero sobre todo causas de probables vacilaciones.

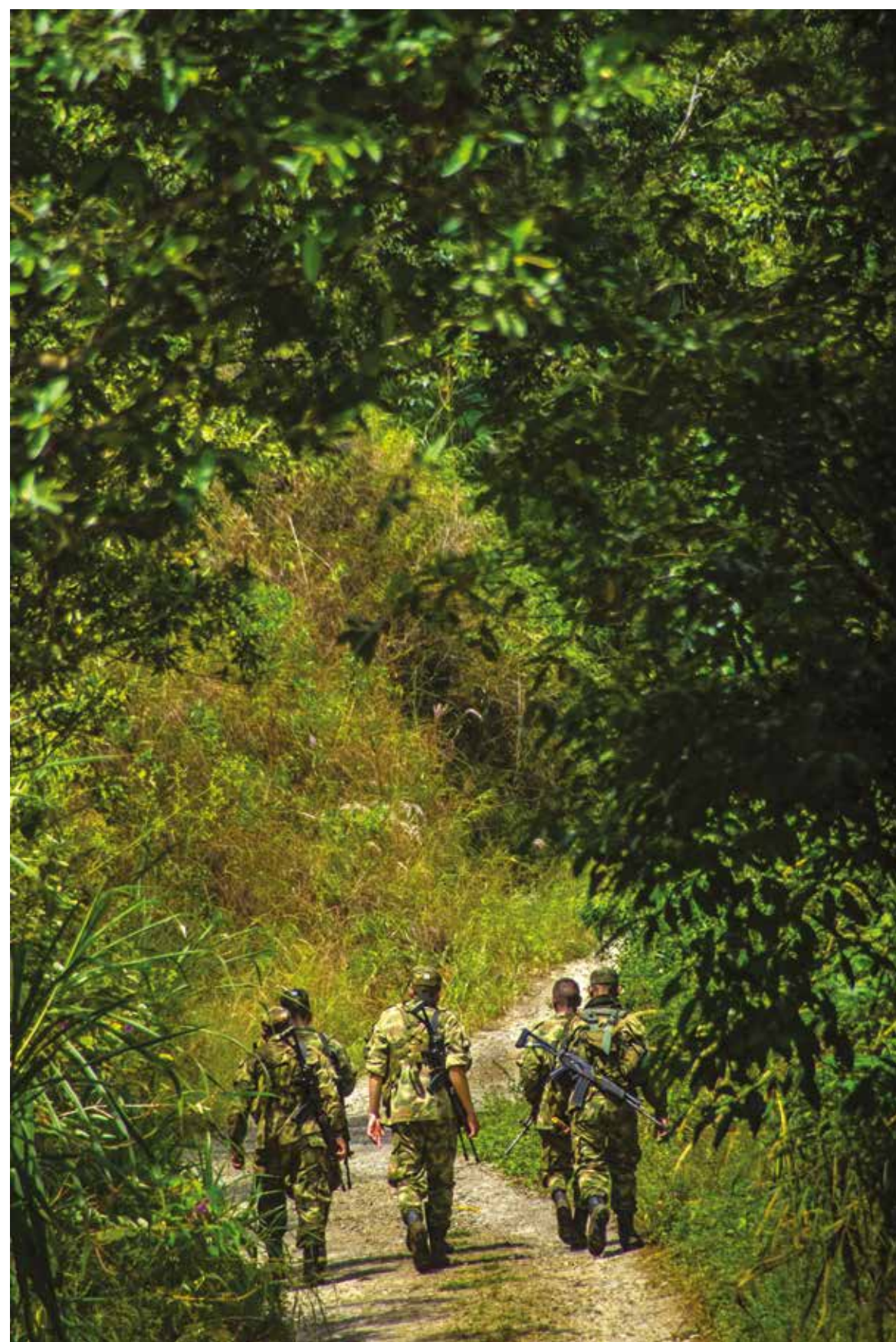
El carácter incansante, súbito e inmediato en la toma de decisiones del ciclista lo obliga a tomarlas sin reflexionar, mecánicamente; y cuando es más mecánico y menos reflexivo, será mejor ciclista. Observen a esos jóvenes que pedalean en las vías atestadas y se convencerá del valor de esta ley. Pero, desde este momento, ¿podemos sorprendernos de que la moral no se beneficie de cualidades físicas tan plenamente inconscientes, ni que estas cualidades continúen siendo especiales en la práctica del ciclismo? ¿Y es cierto todavía que esta especialidad sea absoluta? Se podrían probar muchos experimentos interesantes al respecto. Lo que queda claro es indiscutible: la vacilación es más nefasta en el ciclista que en cualquier otro deportista y, para servirle útilmente, su decisión solo se debe ejercer de una forma instintiva y espontánea. ©

Los cerros Tatamá y Montezuma en límites entre Risaralda y Chocó. La guerrilla en pleno contra el corregimiento de Santa Cecilia. Primero la huida de los policías y luego la arremetida del ejército. El avión fantasma rondando. Un combate paso a paso en el monte. Los periodistas perdidos. Una historia de guerra de hace más de quince años. Muertos de todos los bandos y todos los rangos.

El matorral que arde

por CAMILO ALZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales



1 Leopoldina Tapasco no recuerda si oyó los pájaros aquel viernes, el primero de septiembre del año 2000. Recuerda, sí, que en su finca llevaban un par de días sin energía eléctrica, aunque fuera de lo más normal en la época y nadie presagiara qué iba a ocurrir después del mediodía. Leopoldina —Pola, como le llaman por cariño— cree haber visto esa tarde al teniente coronel Jorge Eduardo Sánchez. Cree que él se detuvo, como acostumbraba, al frente de su casa de bahareque y amplios corredores, la última antes de la selva al fondo del cañón del río Taibá, hundida entre los cerros Tatamá y Montezuma. El coronel Sánchez siempre paraba a regalar dulces a los niños, a impartir órdenes a los soldados, luego proseguía hacia la punta del cerro Montezuma.

Pola Tapasco había llegado al pie de esa montaña, en los límites entre Risaralda y Chocó, a mediados de los años noventa. Llegó porque en el pueblo de los llanos donde sus padres la criaron la violencia paramilitar era insostenible para ella y su familia. Sus ancestros eran de Riosucio, lugar indígena y templado no muy lejos de Pueblo Rico, donde les ofrecían esa tierra barata para que montaran un proyecto de granja autosostenible. Y ahí compraron cincuenta hectáreas a ojo cerrado, en la vereda Montebello, en las faldas del Montezuma, y ahí acabaron todos metidos, sobrinos, abuelos, hermanas, cultivando caña o frutas que se arruinaban por el clima de lluvias perpetuas. Lejanía. Soledad. Penuria. Para sobrevivir los colonos aserraban madera del monte virgen. Cogían café. Se empleaban cargando insumos en mula hasta las antenas de telecomunicaciones y la base militar apostada arriba.

Ese viernes una de las hermanas fregaba trastos en la cocina cuando escuchó un reverbero atronador por el cerro, como de relámpagos a mediodía. Eso son los soldaditos practicando tiro al blanco, comentó alguien en la casa. ¿Pero tan fuerte? ¿Y a estas horas?

2 El teniente coronel Jorge Eduardo Sánchez, comandante del batallón San Mateo de Pereira, almorzaba con algunos políticos y funcionarios de la ciudad cuando lo llamaron para anunciarle que algo pasaba en la base militar de Montezuma.

Sánchez era —hablando en jerga marcial— un jefe tropero: sin panza, de esos que no aguantan una oficina y les fascina andar hombro a hombro con sus muchachos. De los que duermen con ellos, comen con ellos y se ensucian las botas en los mismos pantaneros donde resbalan ellos. Nunca se aprovechó del alto rango para evadir el combate, al contrario, él mismo plantaba cara al traqueteo, siempre en primera línea. Cuando un bloque conjunto de guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, el Ejército de Liberación Nacional y el Ejército Revolucionario Guevarista arremetieron en el corregimiento de Santa Cecilia, en los límites con el Chocó, desalojando la policía de la zona el

17 de mayo del 2000, él fue quien condujo la primera avanzada que penetró de madrugada al caserío para retomar el control. Llevaba un año al frente de las tropas en el San Mateo. Sus superiores en Bogotá aplaudían su valentía, pero también lo llegaron a regañar por actuar con demasiada imprudencia en más de una ocasión.

Pasó algo en Montezuma, mi Coronel. Sánchez dejó su plato. Encendió el carro. Aceleró. Brincó separadores. Pasó semáforos en rojo. Aceleró. Estrelló el vehículo con un camión de Coca-Cola en la curva del barrio Maraya, frente al colegio Inem. Saltó a la calle. Hizo señas a un motociclista que pasaba. Por favor, lléveme al batallón. Entró a su casa con golpes y una cortada en el rostro. Cambió de gorra. Se quitó el reloj. Ese carro quedó vuelto añicos, le contó a su esposa Silvia Duque. En cinco minutos reunió el convoy de refuerzos que saldría con él hacia la base militar, antes de las tres de la tarde.

Jorge Eduardo Sánchez era hijo de un veterano oficial que participó en la Operación Marquetalia. Desde chico correteó en las guarniciones y brigadas, seguramente oyendo anécdotas de aquel famoso cerco contra Manuel Marulanda Vélez, Tirofijo, el guerrillero fundador de las Farc. Sánchez había seguido la carrera militar junto con su hermano Luis Ángel. Ambos hicieron curso de lanceros y paracaidistas. Acababa de cumplir 42 años.

3 Samuel Colorado, don Samuel Colorado, se encajó ese viernes un almuerzo a trancazos en su caserón de Pueblo Rico. Debía subir temprano al Montezuma. Don Samuel tenía el contrato de reparación y mantenimiento de la carretera rural, un contrato bueno para arreglar la trocha que conduce a la cumbre del cerro, donde estaban las antenas de Inravisión y Telecom junto a la base militar. Los doce trabajadores bajo su mando andaban arriba, mirando llover, en unos cambuches entre el monte a dos kilómetros de la cima.

Listo el banquete. Listo el despeje de los barrancos. Pero faltaban gaviones que apuntalaran. Y terminar los desagües. Vaciar balastro, aplanarlo. Faltaba rajar las cunetas con una motoniveladora, para eso subía don Samuel acompañado de su sobrino Orlando Rico. Y a esperar los aguaceros, que chorrean a diario, los derrumbes aquí o más allá, la carretera vuelta un riachuelo sucio.

En el puente de Río Claro, ya dentro de la selva, don Samuel saludó al pelotón que cuidaba su maquinaria. Se supone que todas las tropas de la región debían permanecer bajo un dispositivo especial de seguridad, pues existía un riesgo latente de ataques guerrilleros. Pero este no parecía el caso, algunos se bañaban en el río, otros descansaban. Les ofreció gaseosas y charló un momento con el sargento.

Luego se montó en la motoniveladora, que trepaba lenta, aturdiendo de ronquidos los murmullos de la jungla. La vegetación del Montezuma es tupida y siempre está húmeda, una penumbra de anturios negros o de orquídeas que de pronto resplandecen soltando rayos en el follaje.

Ni él ni los militares sabían que a cinco kilómetros un centenar de hombres armados tenían retenidos a los doce obreros desde las nueve de la mañana. A la una de la tarde don Samuel y su sobrino pasaron una curva de herradura, se aproximaban al campamento de los trabajadores. Aparecieron hombres y mujeres con fusiles. ¿Para dónde van con eso?, reclamaron al viejo que llegaba con la máquina. A rayar esta carretera, respondió él, vamos para arriba.

Iban, dijo el que parecía jefe de la escuadra. Paren acá, apaguen ese aparato



y lo cuadrán, desde ahora quedan retenidos por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Hasta bien formal era el tipo. Dize que había estudiado ocho semestres de ingeniería civil en la Universidad de Antioquia, pero nunca terminó la carrera. Andaba con la novia, una enfermera que por amor se había ido detrás de él a la guerrilla, o eso contó ella.

4 Nunca sabremos por qué el sargento Carlos Escalante trotó hacia el barrizal de abajo, como si quisiera huir de la protección que ofrecían las fortificaciones y garitas de la base militar. ¿Se confundió porque ya estaba oscuro? ¿Tenía la cabeza atolondrada y borracha con las explosiones? ¿Quiso tragarse todo el fuego sin parpadeos?

Sabremos lo que vio el sargento Escalante mientras hubo luz. Una cordillera puntillosa y negra, la silueta parecía un tumulto de caras y manos bajadores. Aparecieron hombres y mujeres con fusiles. ¿Para dónde van con eso?, reclamaron al viejo que llegaba con la máquina. A rayar esta carretera, respondió él, vamos para arriba.

Iban, dijo el que parecía jefe de la escuadra. Paren acá, apaguen ese aparato

combatientes de las Farc que les apuntaban desde las 13:35.

Era lo mismo que veían Oscar, Jorge y Claudia, los niños guerrilleros, mojados y ocultos en el rastrojo de la cañada. Oscar, Jorge y Claudia fueron hermanos, o lo parece por los apellidos Niaza Yagarí que compartían. Apellidos emberá, de gente de río, gente de selva y cerbatana. Nunca sabremos si conocieron el río que nace en esa montaña y que en su lengua se llama Amurrupá, “el lugar donde hay matas de ortigas y pringamosas”, el matorral que arde.

Es corto lo que sabremos. Que mientras la mitad de la tropa almuerza y la otra mitad presta guardia —en eso consiste el dispositivo especial de seguridad—, el soldado Julio César Rodríguez Galeano siente los primeros disparos y sale corriendo a tomar una posición defensiva de la base. En ese desplazamiento lo alcanza un tiro. Tropezó. Muere. El soldado Jeison Castaño vigila una de las garitas del flanco oriental. La garita está bien construida: varios sacos de arena con una mirilla pequeña para impedir que entren balas o esquilas. Castaño apunta afuera su fusil cuando un proyectil penetra justo por esa abertura. Le pega en la frente. Castaño se desploma sobre su

compañero de posición. Está muerto. El compañero llora. Otro soldado recoge el arma, los proveedores, y le dice cálmese, tranquilícese, toca dejarlo ahí, por ahora. Rebota una pipeta de gas rellena de dinamita —otra más— sobre la base. Estalla. Una fortificación se derrumba. Hay enterrado un hombre. A jalones consiguen sacarlo. Lo meten debajo de una cama donde agoniza un rato. No respira. ¿Es Alzate, uno que era menudito? No, es Vásquez. Desde todos los puntos se sienten detonaciones fuertes. En una posición se desangra el soldado Jhon Jairo Sabas Grisales. Tiene perforaciones por esquilas, quizá de mortero, quizá de granadas. Un rafago de ametralladora impacta al soldado Jhon Jairo Usma. Fallece en las manos de sus compañeros. Se le ha desmembrado un brazo antes. Sabremos que el soldado Libardo Uribe, del grupo de apoyo del batallón Quimbaya que sube a contener el ataque, recibe un tiro en la nuca y muere. Sabremos que Toledo, Mendoza y Grajales también son emboscados en la carretera cuando avanzan con las tropas hacia el cerro. Es medianoche y en el hospital de Pereira descargan heridos de una Toyota verde de matrícula ONH-37. Vienen irreconocibles por tanto pantano, puros bultos



de tierra gris. Toledo y Grajales no vivirán. Mendoza sí.

Es corto lo que sabremos. Que los guerrilleros alcanzan las primeras trincheras con facilidad e incluso se apoderan de dos fusiles, pero en una mala maniobra las balas tocan a uno que le dicen Elkin. Cae. Muere. No se oyen las ametralladoras M60 de la base, la resistencia es escasa. Desde el aire comienza el bombardeo. Puntos luminosos se mueven en las pantallas de los sensores del avión. Cada punto es un cuerpo abajo, camuflado en la enramada. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Los puntos ya no se mueven, o lo hacen tan trémulos que los sensores no los registran. Desde el avión nadie puede escuchar los gritos en tierra, ni adivinar trozos de vértebra crujiendo, ni oler la sangre que gotea. Los soldados de la base tampoco adivinan las vértebras rotas, ni los pedacitos de piel regados por el suelo, pero uno de ellos me contó que sí escuchaban, metros más allá, esos aullidos insoportables.

Nunca sabremos por qué corrió por ese sendero Carlos Eduardo Escalante, sargento segundo, un tipo fuerte y arrojado. No se vaya por ahí, venga, arrástrase hacia acá, le gritaban sus compañeros. Explotó una pipeta rellena de dinamita junto a él. Quedó aturrido, a lo mejor no entendía nada. Corrió afuera de las fortificaciones a devorar el metal hirviente.

Es corto lo que sabremos. Que el cuerpo del sargento Escalante fue hallado lejos de la base y tenía machetazos en un brazo y la cabeza. Que a los niños Niaza Yagarí los cubrieron con plástico negro junto a otros sin nombre y apellido, y los llevaron hasta el batallón para exponerlos días más tarde al aire libre, cuando su carne llena de moscas ya apestaba mientras los reporteros sacaban las fotos que publicó la prensa. Las imágenes de unas reinas de belleza llenaron la página siguiente.

5

Hans Lamprea era editor judicial del *Diario del Otún* en Pereira cuando en un cuartel rural de policía filtraron la noticia de que varios centenares de insurgentes hostigaban desde mediodía la base militar de Montezuma. El ataque era ejecutado por efectivos de los frentes 9, 47 y la columna Aurelio Rodríguez de las Farc. Si son del 47, creyó Hans, tiene que andar arriba la negra Karina, aquella comandante feroz y

aguerreda, legendaria entre los guerrilleros. Cierta vez dijo Iván Ríos —uno de sus máximos jefes— que esa negra tenía más pantalones que cualquier hombre. Karina se entregó al ejército en 2008, acosada por las persecuciones y bombardeos, hastiada de la vida en el monte. Negó haber participado en el ataque de Montezuma. El responsable allá fue Rubín Morro, insistió ella ante la prensa. Martín Cruz Vega, Rubín Morro, era el comandante de la columna Aurelio Rodríguez. Años más tarde sería designado por la guerrilla como negociador de paz en La Habana.

¿Cuántos insurgentes rodeaban el cerro? ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos? ¿Quinientos? Los periodistas nunca conocieron una cifra precisa y fantasearon con cualquier tipo de especulaciones. Eran muchos, pero no tantos. Supe que Rubín Morro comandó alrededor de 180 combatientes, repartidos en tres compañías de sesenta efectivos. En la base, en cambio, permanecían tan pocos soldados que a duras penas podían jugar un partido de fútbol entre ellos. Sobre la cifra de muertos tampoco hay consenso. Morro sostuvo que sus hombres contaron únicamente cuatro bajas y tres heridos. En cambio el ejército aseguró que los muertos de la guerrilla fueron más de un ciento, aunque solo aparecieron doce cadáveres. En un parte de guerra, que los guerrilleros enviaron a sus superiores desde el campamento de La Tigra el 10 de septiembre, se informaba de veintitrés bajas enemigas. Los periódicos reseñaron dieciséis militares muertos y quince heridos.

Hans Lamprea consiguió acercarse un día después de iniciados los combates con otros reporteros, conduciendo por la vía que de Pueblo Rico baja hacia Santa Cecilia; es la ruta que va para medio Chocó: Tadó, Condoto, Itsmiña, Quibdó. Después buscaron la montaña a pie, siguiendo la carretera rural que sube al cerro, trazada a finales de los ochenta. No vieron un alma por el camino pero escuchaban tiroteos y descubrieron una fila de vehículos abandonados obstruyendo la trocha, algunos con leche, galletas y alimentos. Uno de esos, un Hyundai varado en la cuneta, era el automóvil del responsable de televisión Johnny Saavedra, que había entrado antes de la medianoche del viernes, cuando la confrontación alcanzaba su punto más dramático.

Jhonny fue el primer periodista que divisó la cumbre al amanecer del

sábado. No tuvo más opción que caminar de madrugada luego de romper el tanque de gasolina contra una roca en un bache de la carretera. Su camarógrafo, Oscar Hidalgo, tocó en una casa campesina pero no le abrieron. Tras insistir mucho rato apareció una señora asustada. Le explicaron que eran periodistas, solo querían una barra de jabón rey para taponar el agujero por donde se fugaba el combustible. Así continuaron un rato hasta que el vehículo dejó de responder. Entonces Jhonny y su camarógrafo Oscar Hidalgo y su asistente Diego Pulido siguieron a pie, desprevénidos, con una ingenuidad suicida. Cruzaron la casa de Pola y dejaron atrás el puente de Río Claro, internándose en la oscuridad. A uno nadie le enseña cómo se hace el cubrimiento de una toma guerrillera, me confesó muchos años después. Un helicóptero Arpia comenzó a dispararles. Somos de la prensa, somos de la prensa, se les ocurrió gritar porque no sabían que desde el aire es imposible oír lo que sucede en tierra. El plomo pegó cerca reventando trocitos de balastro, ellos ondearon sus chalecos de televisión. Como los disparos no paraban, corrieron desesperados hasta una zanja de la carretera.

6

Deber antes que vida. Se cree que la frase la pronunció Antonio Ricaurte, prócer de la independencia, durante la batalla de San Mateo. Antonio Ricaurte prefirió volarse en mil pedazos con la pólvora que custodiaba antes que esta cayera en poder de los españoles. Deber antes que vida. El coronel Sánchez conocía ese lema de los artilleros, por algo era comandante del Batallón de Artillería N°8: Si un soldado lo llama a uno mi capitán, mi coronel, mi teniente —les había enseñado su padre a él y a su hermano cuando eran niños— es porque le está entregando la vida, la vida de ese hombre depende de uno.

Jorge Eduardo Sánchez podía dirigir las operaciones desde abajo, pero escogió remontar el cerro desoyendo advertencias, y continuó adelante cuando la noche se le tiró al cuello. Dijo a sus hombres que subieran con él los que quisieran, del resto se despidió dándoles la mano. Sobre las siete de la noche el coronel Sánchez alcanzó Los Chorros, unas pequeñas cascadas que caen a la carretera. Encontró varios cambuches y herramientas de las obras de reparación de la trocha.

7

Samuel Colorado, don Samuel, permanecía agachado con sus doce muchachos y su sobrino dentro de las mismas tuberías metálicas que instaló como desagüaderos de la vía. Una guerrillera los vigilaba mientras tronaba la seguidilla imparable de explosiones. A pesar del mal tiempo, dos helicópteros Arpia y un DC3 de la Fuerza Aérea Colombiana —el célebre “avión fantasma”— respaldaban a los militares acorralados en la base, intentando contener a los subversivos. Salgan que nos vamos, dijeron los guerrilleros. Todos se apostaron en la carretera, menos uno: era el campesino Oscar Userquia, que permaneció escondido al fondo de la tubería y allí amaneció soportando el bombardeo contra el cerro, aquella catarata de fuego desatada una vez el avión fantasma perdió comunicación con los hombres de la base. Desde el aire presintieron que habían caído en poder de los atacantes.

Los guerrilleros iban a evacuar sus posiciones de la carretera, donde tenían retenidos a los obreros, por una cañada que desemboca a la mina de oro de Las Canarias. Esa era la ruta que habían usado para preparar las pipetas explosivas desde el caserío de Santa Cecilia, por lo menos dos semanas atrás, cuando se conocieron los rumores en Pueblo Rico. Unos cazadores descubrieron campamentos en el cañón del Taibá. Otros habían visto gente de camuflado rondando las obras de la vía. El alcalde de la época, Germán Osorio, hizo saber aquello al coronel Sánchez. Están moviendo pipetas de gas por Las Canarias, coronel, le dijo, y eso tiene un nombre: Montezuma.

Mientras lo enfilaban con sus muchachos para bajar la montaña, don Samuel Colorado percibió las luces de una camioneta frenando donde estaba aparcada la motoniveladora. Silencio, ordenaron los guerrilleros, todo el mundo callado. Una sombra avanzó andando por la carretera. Jaime, llamaba, Jaime, Jaime. Aquí estoy, respondió uno de los guerrilleros. La figura avanzó más. Le vieron cerca. Ráfagas de fusil. Un hombre de bruceas a tierra. Era el coronel Jorge Eduardo Sánchez, pero nadie lo sabía aún.

8

A las 4:51 de la madrugada Leopoldina, Pola, escuchó el trueno de esa explosión que superó las anteriores. Ya regañó

mil veces a los niños por volarse al potrero a admirar las lucecitas chispeantes en el cielo, parecían bengalas, estrellas voladoras o fuegos artificiales de carnaval. Ya recibió a los vecinos refugiándose en su casa. Ya consoló a la madre porque Manuel, su hermano, no aparecía. Salió el viernes temprano a llevar unos operarios de Inravisión rumbo al cerro. Iba con un hijo pequeño.

A las 4:51 de la madrugada Oscar Userquia pensaba en sus tres niños, en su señora, en el frío tan berraco de la tubería que chorreaba agua helada, en esas ampollas que le brotaban hasta los tobillos debajo de las botas. Pensaba en las balas de calibre punto 50 clavándose a dos metros de donde él estaba, proyectiles que atraviesan los troncos de los árboles o las paredes de las casas. Userquia no pudo ver la explosión porque seguía escondido, acurrucado, implorando que cesara el tiroteo, que aclarara el día, o que mi Dios se lo llevara de una vez.

A las 4:51 de la madrugada el corresponsal Jhonny Saavedra había recogido del piso una canana completa de balas de fusil. Aún conserva unas de esas balas con la tierra de Montezuma pegada en la vainilla. Toda la noche el avión fantasma voló haciendo el ruido de una licuadora y echando bengalas. Pero a esa hora ya no sonaba.

A las 4:51 de la madrugada retumbó y Samuel Colorado, don Samuel Colorado, había deshecho sus zapatos corriendo en la maleza, había tropezado golpeando sus huesos de 63 años contra las piedras de una quebrada, había rasgado la piel contra lianas y raíces, había rodado por los despeñaderos. Que laberinto de abismos y cañones, que frontera, que monte cerrado con furia. Había visto un jovencito malherido por las balas del helicóptero al que los compañeros remataban, había escuchado a los guerrilleros indicando: cuidado, cuando caigan granadas abran la boca, esperen que detone con la boca abierta.

A las 4:51 de la madrugada uno de los militares de la base —no puedo dar su nombre, no diré el color de sus ojos aunque me vieron— descubrió la cordillera. En la parte superior brillaba un resplandor rarísimo, como de llamara-das. Estos hijueputas de las Farc están locos, creyó, ¿están haciendo una fogata por allá?

A las 4:51 de la madrugada el capitán de la Fuerza Aérea Tirso Javier Núñez, piloto del avión fantasma AC47 de matrícula FAC 1659, y su copiloto

Marco Aurelio Sardi, durante un fragmento de segundo alcanzaron a sentir que las murallas de peñascos del Tatamá, el pico más elevado de la cordillera occidental, se les venían encima de frente, quietas, imparables.

9

Allá estuve yo, me contó una guerrillera.

Morro fue el comandante de esa acción, junto a otros compañeros de la dirección. Usted sabe que el conflicto se hace con información: Karina nunca estuvo, ella andaba por el Oriente Antioqueño. Gadafi sí estaba en ese combate (Hernán Gutiérrez Villada, del frente 47). Él y Morro permanecían a doscientos metros de la base, sobre el flanco derecho. Ha faltado contar la otra historia, la de la inteligencia que hicimos, la de las aproximaciones, cómo fue el desarrollo, cómo borramos las huellas. Ciertamente tomamos la base y recuperamos algunas armas.

Con esta acción entendimos que el enemigo podía derrotarse si el factor sorpresa funcionaba. Eso nos vitalizó como combatientes. La inteligencia al cerro llevó más de seis meses. Siempre hacíamos la aproximación para el reconocimiento por diferentes rutas, los nuestros tenían que borrar las huellas por donde habían entrado. Tomaban fotos y filmaban. Con todo ese esfuerzo planificamos la toma.

Para la aproximación final a la base teníamos un punto escogido. El avance se hizo en tres direcciones desde el norte por la izquierda y por la derecha con catorce grupos, tardamos casi tres horas. Esperábamos que la neblina nos favoreciera, pues de no ser así, el avance sería muy difícil.

El coronel Sánchez era el jefe del operativo, pero no sabíamos que venía con la tropa de choque. ¿Quién apuntó? En la guerra usted dispara y le disparan. Usted no puede decir “yo hice”, es una cuestión colectiva. La muerte del coronel fue eso: un hecho de guerra.

Nuestro plan era ubicar varias retenciones para impedir que el apoyo a los soldados llegara hasta la cima. Hubo varios combates seguidos desde las dos de la tarde, incluso el ejército abandonó la carretera en un tramo, salieron más arriba, en otra vuelta, dejando los guerrilleros atrás. Otro grupo de guerrilleros más adelante contenía a los militares que habían sobrepasado a campo traviesa a los nuestros. Ante las circunstancias



Don Samuel Colorado.

del mal uso de las ramplas y la ruptura de la seguridad, los comandantes ordenaron avanzar con fuego y movimiento. Los muchachos alcanzaron las primeras trincheras y recuperaron algunas armas. Todos los grupos estaban alrededor de la torre principal. Ahí nos matan a Elkin por una mala maniobra. Teníamos plenamente interceptado al enemigo en sus comunicaciones, tanto de aire como de tierra. Cuando tomamos la base los soldados se metieron a un túnel que tenían, entonces la tripulación del avión preguntó a la tropa en tierra cómo estaba la situación. Respondieron que “todo estaba perdido” y que le dieran bala a la base, que ellos se protegían en el túnel. “Denle parejo a todo”, escuchamos que decían. Lo que más nos produjo muertos y heridos fue la aviación. Le hicimos muchas descargas de fusilería a ese avión, aunque no sabemos si lo impactamos. De todos modos, haya sido derribado o

no, la caída del avión fantasma fue producto del operativo.

Nuestros muchachos intentaron sacar las ametralladoras, pero estaban pegadas y aseguradas a los muros y las cajas de munición punto 50 eran muy pesadas. Nos faltó gente para contener el refuerzo de soldados que subía y así poder sostenernos en el cerro. Cuando llegó el apoyo del ejército decidimos salir, pues la retirada era un poco complicada, había que atravesar terrenos muy descubiertos, con obstáculos de ríos y carreteras. Bajamos todos a la mina de Las Canarias y allá hicimos un plan de repliegue por diferentes rutas hasta el cañón del Chamí, esa retirada en grupos resultó fácil.

Ojalá el pueblo nunca más tenga que acudir a las armas para hacerse oír, para ser una opción de poder. Creo que contar cómo fueron las cosas permite alertar a las nuevas generaciones para que

esto nunca se repita. Hay cosas de la guerra que solo conocimos quienes estuvimos ahí, los militares, los guerrilleros y guerrilleras. Por eso somos los primeros en querer una paz donde los conflictos se diriman por la fuerza de la palabra. Nosotros ocasionamos dolor así no hayamos querido, esto lo hemos reconocido, lo estamos reconociendo y lo vamos a reconocer, esperamos que el Estado también sea recíproco. Siempre tuvimos en nuestros objetivos estratégicos la salida política al conflicto social y armado, pero nos cerraron todas las vías políticas y solo nos quedó la vía armada. A nosotros nos obligaron a empuñar las armas. Nos obligaron a defendernos, desencadenándose esta prolongada guerra y haremos todo lo posible para que termine.

Nunca consideramos los soldados y policías nuestros principales enemigos. Ellos ni siquiera representan a la gran oligarquía, pero sí defienden sus intereses. Son hijos de campesinos, de pobres iguales que nosotros, por eso nos duelen todos los muertos y heridos. Ojalá el fantasma de la guerra no regrese jamás. La guerra es incertidumbre, es muerte, es desolación. Es lo peor que le puede pasar a una sociedad y a un pueblo.

10

La cumbre del cerro permanecía muda. Humo sin aves, el suelo quemado,

restos de metralla, granadas que no estallaron aprisionadas contra el barro. Jhonny Saavedra vislumbró por fin las ruinas de la base al amanecer. Dos compañías del batallón Quimbaya y todas las unidades del batallón San Mateo que se encontraban cerca fueron movilizadas para retomar el cerro. Las tropas rompieron tres emboscadas en la carretera y lograron llegar pasadas las cinco de la mañana, poco después de la caída del avión fantasma. Algunos soldados de la base declararon a los periódicos que la munición se les había agotado a medianoche, sin embargo, uno de ellos me contó que él siempre tuvo cartuchos a la mano. Con las pipetas bomba los guerrilleros derribaron las fortificaciones y un muro protector, alcanzaron a controlar la mitad de la base, pero nunca dinamitaron las antenas de telecomunicaciones. La prensa especuló que aquel era su propósito, Rubín Morro lo negó en algunos encuentros posteriores con periodistas.

Jhonny se topó a Luis Alberto Ardila, comandante de la Octava Brigada del ejército, que comandaba las operaciones de retoma. Hombres del Quimbaya recuerdan que Ardila recibió un balazo durante una escaramuza que se presentó con un reducto de guerrilleros en la mañana del sábado. Parece que Ardila resultó herido en el dedo gordo

de un pie, sin mayores consecuencias, aunque aquello jamás lo supo la prensa. Ardila era el superior inmediato de Jorge Eduardo Sánchez. Sí, anoche mataron al coronel, le confirmó al reportero. En toda la historia del conflicto interno colombiano solo en una ocasión anterior las guerrillas habían causado en operaciones una baja tan sensible para el ejército: la muerte del teniente coronel Jaime Fajardo Cifuentes, durante el ataque a una base militar de Tarazá en 1990. Hoy Jorge Eduardo Sánchez y Fajardo Cifuentes siguen siendo los dos militares de mayor rango caídos en combates con la insurgencia.

Hans Lamprea y otros periodistas se acercaban a la cima cuando un pelotón del batallón Quimbaya les obligó a marchar atrás. Y que ni se les ocurra tocar esos carros abandonados en la carretera, les advirtieron, todos están repletos de explosivos para emboscarnos.

11

Gracias, gracias a Dios la luz opaca del amanecer se deslizaba por la boca del tubo. El bombardeo desde el cielo había cesado una hora antes, solo quedaba el eco de algún balazo al fondo de la cañada. Óscar Userquia se arrastró fuera de la tubería y comenzó a descolgar por la carretera, tan empinada que solo la transitan Jeeps o vehículos

cuatro por cuatro. No alcanzó a recorrer media cuadra, en la primera curva unos militares lo detuvieron. Este tiene que ser guerrillero, dijeron, ¿qué más va a andar haciendo por acá? Hombre, yo no debo nada, respondió él, soy trabajador: véame las manos. Lo montaron a un campero con soldados que subían a la base. Luego lo pusieron contra un montón de cadáveres. Creía que iban a fusilarlo, cuando alguien gritó: no lo vayan a matar, no lo maten, él es trabajador de mi papá. Userquia reconoció que quien gritaba era un hijo de don Samuel, que venía buscando al viejo.

12

Don Samuel Colorado llegó a la mina de Las Canarias y aún no eran las once de la mañana del sábado. Los guerrilleros aperaban los morrales, recogían su armamento y calentaban comida en las carpas de los mineros, que corrieron huyendo durante la noche. Oiga, usted que tiene tanto parlamento, le dijo don Samuel a su ayudante Jaime Morales, vaya hable con ese que prepara el desayuno allá, a ver qué piensan hacer con nosotros. Entonces llamaron al comandante por radioteléfono. Que si querían se fueran, pero bajo su responsabilidad, váyanse uno por uno y se quitan las camisas, no sea que el helicóptero los confunda. Don Samuel notó que no iban completos sus muchachos, solo había siete con él. Faltaba Userquia, no estaba un tal Alonso Rodas, tampoco el sobrino Orlando Rico y los demás que durante la travesía quedaron desperdigados por la montaña en la madrugada. Todos sobrevivieron. Algunos lograron salir a las inmediaciones de la base con la luz del día. Samuel Colorado, don Samuel Colorado, cogió la trocha de Las Canarias junto al resto de obreros que aún permanecían con él. Es un trayecto de herradura por donde los mineros tardan seis o siete horas para salir hasta la vía que conduce al Chocó. Ellos iban tan asustados que bajaron en menos de cuatro horas. Al atardecer, así mugrosos y todo, estaban rogándole al primer bus que pasaba que los llevara a Pueblo Rico.

13

En la finca les ofrecían merienda caliente. Ella no se puso a contarlos. Leopoldina no recuerda si fueron diez o veinte, o fueron más los soldaditos que arrimaron a su casa, arrancándose pegotes de lodo sanguinolento del uniforme. Resurgían del monte desbarancados y muertos de frío. Pola, que conocía algo de primeros auxilios porque manejaba un pequeño puesto de salud en la vereda, los estabilizaba poniéndoles vendas o calmantes. Y rezaba por su hermano Manuel que todavía no aparecía con el niño —llegaron con algunos rasguños dos días más tarde—, y sentía las patadas en la barriga pues completaba nueve meses embarazada de su última hija, y se pasó esas tardes que siguieron llorando entre tanta soledad, cuando la vereda fue desocupada por los campesinos aterrizados que dejaban tiradas sus parcelas y la mayoría no quiso volver, pero Pola nunca se fue, ella quedó en la finca, al fondo del cañón del río Taibá, hundida entre los cerros Tatamá y Montezuma, rodeada de aves, acompañada de esas bangsias que no viven en ninguna otra parte del mundo que no sean estos montes, de las tângaras, de esos colibríes con plumaje de candelina luminosa y las caravanas de loritas alborotadoras, Pola, como le dicen por cariño, acechando pájaros, respirando la llovizna perpetua que arruina sus cultivos, sintiendo que su vista se estrellaba contra la montaña. ©



"Hombres cuyo país es un trozo azul de lejanía,
Recorren parajes en cuyas blancas estaciones
quieren desahogar el olvido."
Juan Manuel Roca

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
Cooperativizando para el Bienvivir

UNIVERSIDAD
EAFIT

UMBRAL / 17

UN ENCUENTRO CON LOS NUEVOS TALENTOS
DEL ARTE COLOMBIANO

MAYO 18 / JULIO 28



Vigilada Mineducación

DIEGO TRUJILLO

LLÍAM ROJA

JULIÁN CÁRDENAS

ALEJANDRO GARCÍA
RESTREPO

FRANCISCO CIFUENTES
(XIXKOO)

Centro de Artes
Universidad EAFIT

Inauguración:
18 de mayo
6:30 pm

Malaires, ojos irritados, rasquiña y una molesta tos fueron algunos de los síntomas de las enfermedades broncopulmonares y psicológicas que se aparecieron en Medellín por el aire tóxico que se respiraba en los años setenta. Juntas barriales, profesores universitarios, habitantes del Centro, estudiantes, curas, medios de comunicación, revistas científicas, profesionales de la salud, amas de casa, un futuro presidente de la República, advirtieron, se quejaron y evidenciaron por medio de cartas, campañas y estudios la irrespirable realidad de la ciudad.

Humos setenteros

A veces apestas a gasolina y bollín, mi pequeña Detroit. Cuando me abrumas con tus puercos olores siento piedad por tu insensato autodesprecio. Ni siquiera hay un rinconcito en tu monstruoso corazón de máquina para que florezca la flor bella, la flor inútil de la Poesía.
Gonzalo Arango, 1964.

En 1967 se realizó en Colombia la primera gran acción nacional de monitoreo de contaminación atmosférica urbana. Ese año, por medio del Ministerio de Salud, el país comenzó a ser parte de la Red de Muestreo Normalizado de la Calidad del Aire, Repanaire, entidad promovida por la Organización Panamericana de la Salud (OPS). Esa membresía permitió que se instalaran, ese mismo año, diecinueve estaciones de monitoreo ubicadas en Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga, Barranquilla y Cartagena.

En 1974 se reveló el primer informe de esta admirable tarea y, ¡oh sorpresa!, los resultados evidenciaron que Medellín entre 1967 y 1974 había excedido en 267 ocasiones los niveles de contaminación del aire que exigía la OPS. Con cuatro estaciones de monitoreo instaladas en Medellín —seis tenía Bogotá—, superamos a los capitalinos y nos quedamos con el título nacional (que aún no hemos perdido) de “Medellín, la más contaminada”.

A “mi pequeña Detroit” se le exponía, por vez primera y con datos cuantificables, uno de sus lados más insalubres y más polvorientos: el de las consecuencias de su exitoso proceso de industrialización y modernización. A modo de respuesta y haciendo uso de la emergente amalgama de estudios científicos, luchas sociales y cambios de paradigmas, muy propios de las décadas del sesenta y setenta, la ciudadanía de Medellín asumió una nueva lucha y descubrió un nuevo derecho por conquistar: el de respirar... y no morir en el intento.

Los pioneros de las advertencias

En 1948, con menos datos pero con ojo preventivo, los urbanistas Sert y Wiener planteaban, en el primer Informe del Plan Piloto, que el sector industrial del Valle de Aburrá debía ubicarse en las riberas del sur del río Medellín, obedeciendo, entre otros argumentos, a que “los vientos prevaletientes son del norte y soplan constantemente en dirección sur. Esto señala la localización de la industria, para evitar que el humo y los gases se esparzan dentro de las áreas residenciales”. De este modo el ordenamiento del sector industrial de la ciudad obedecería a criterios referentes a la circulación del aire para proteger las zonas residenciales. A pesar de los diagnósticos, el Plano Regulador diseñado por los ilustres urbanistas convirtió el margen suroccidental del río en una zona mixta, industrial y residencial, en la cual los antiguos caseríos y los nuevos barrios obreros fueron los más perjudicados; y las portentosas industrias las más beneficiadas, al tener a la vuelta de la esquina a sus agradecidos obreros con sus numerosas familias.

El desaparecido Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente, Inderena, creado en 1968, se convirtió en un referente institucional para comenzar un accionar sensato y organizado frente a la contaminación ambiental a nivel nacional. Gracias a su gestión se aprobó el aún vigente Decreto 2811 de 1974, que contiene un artículo dedicado a la atmósfera y al espacio aéreo nacional: “Se prohibirá, restringirá o condicionará la

descarga en la atmósfera de polvo, vapores, gases, humos, emanaciones y, en general, de sustancias de cualquier naturaleza que pueda causar enfermedad, daño o molestias a la comunidad o a sus integrantes, cuando sobrepasen los grados o niveles fijados”.

En el campo local, en diciembre de 1972 el Concejo de Medellín autorizó la creación de la Dependencia de Control de Contaminación Ambiental, encargada de hacer cumplir las leyes y decretos ambientales de orden nacional y municipal, y de “investigar en los campos de contaminación referentes a ruido, calor, emisiones de la industria y parque automotor”. De esta forma las emanaciones de las “fuentes móviles” —como las llaman hoy en día— eran sometidas al control institucional en un momento en el que la ciudad ya superaba el millón de habitantes y cerca de sesenta mil automóviles rodaban por sus calles.

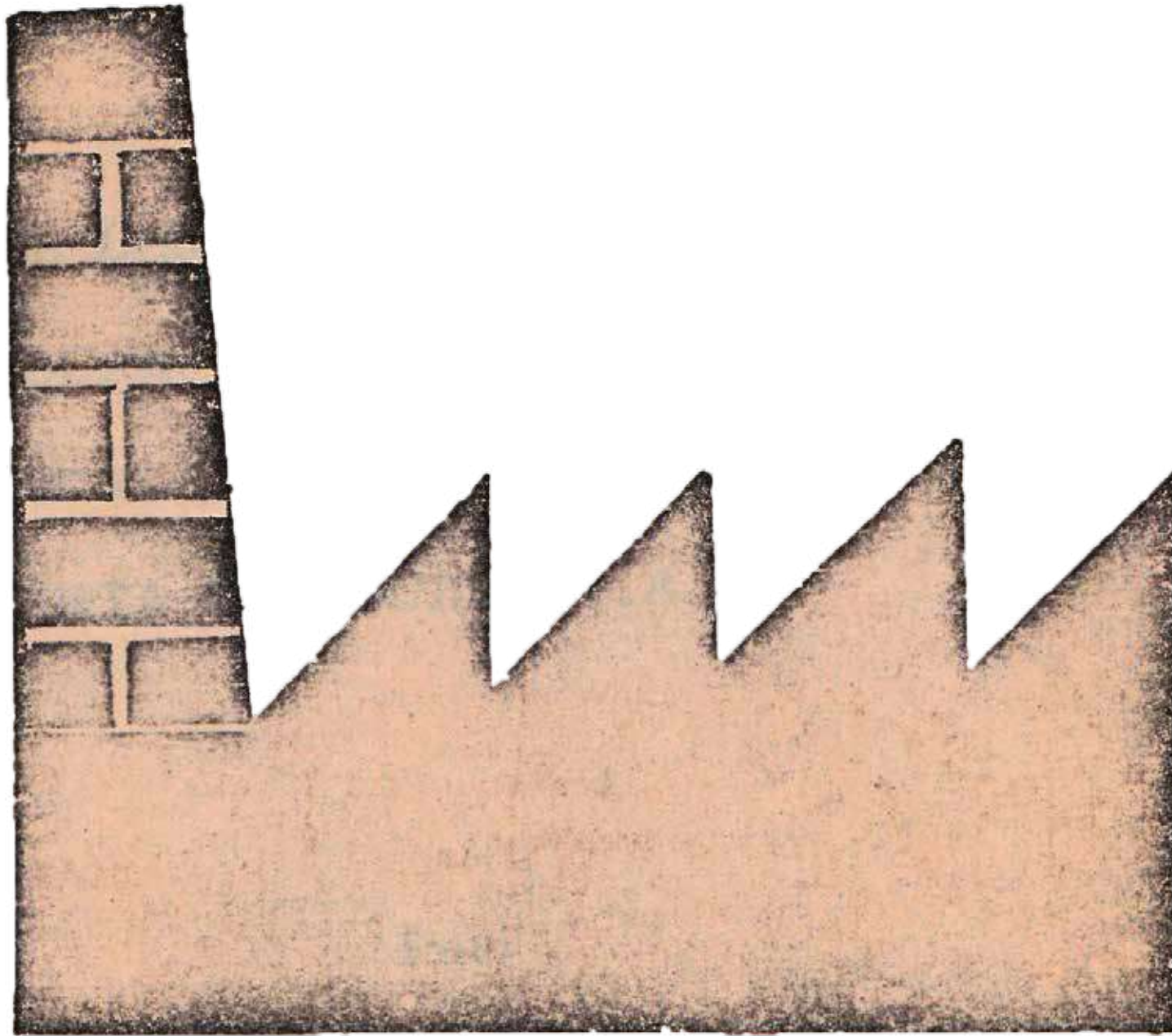
Una revista, grupos de investigación, oficinas, laboratorios y nuevas cátedras referentes a la contaminación ambiental, y especialmente a la atmósfera, se abrieron en las universidades de la ciudad. El laboratorio de contaminación del aire e higiene industrial gestionado por Héctor Abad Gómez ante la OPS, desde la naciente Facultad de Salud Pública, y los nuevos cursos de contaminación atmosférica en las facultades de ingeniería de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional, entre otras iniciativas, le advirtieron a la ciudad, desde distintos enfoques, la gravedad del asunto y las posibilidades de remediarlo.

Por parte de la Universidad Pontificia Bolivariana se creó en 1974 el

Laboratorio de Contaminación Ambiental. Fue una iniciativa liderada por estudiantes y profesores de la Facultad de Ingeniería Química, para ayudarle “a la industria y a la comunidad en la lucha contra la contaminación ambiental”.

Este proyecto, financiado por la Asociación Nacional de Industriales, Andi, buscaba en principio darle asesoría a las industrias para mejorar sus sistemas de expulsión de residuos industriales a la atmósfera y lograr cumplir los límites que comenzaban a exigir los nacientes organismos de control. El laboratorio contó con la asesoría de Anthony Myron Vernon (máster y PhD de Ohio State University), un empresario estadounidense que había sido durante treinta años vicepresidente de asuntos ambientales de una empresa de químicos llamada Stauffer Chemical Company.

Una de las actividades del laboratorio fue el lanzamiento, en 1977, de la indispensable y lastimosamente extinta revista *Contaminación Ambiental*, financiada por Colciencias, la Andi y las pautas que comenzaban a hacer parte de las estrategias de imagen de algunas empresas privadas. Y fue por medio de pauta que las más prestigiosas empresas comenzaron a exponer en radio y prensa escrita su compromiso con el medio ambiente. Una de las respuestas a las empresas llegó por parte de Aníbal Patiño, pionero del ecologismo en Colombia, quien respondía con lúcida vehemencia en un folletín sindical de 1979: “Hay que extrañarse de que sean precisamente las empresas más contaminadoras y devastadoras de la flora y la fauna las que inviertan sumas fabulosas en crearse una buena imagen



por DAVID SIERRA

como defensoras del medio ambiente. Es un caso más de explicación no pedida, confesión manifiesta”.

A partir de la década de los setenta, a raíz de la emergencia del tema ambiental a nivel mundial, el control de la contaminación, paradójicamente, se convirtió en un negocio altamente rentable y los empresarios antioqueños no se quedaron atrás en ganancias. La revista *Contaminación Ambiental* muestra que en 1978 ya existían en la ciudad tres empresas que prestaban esos servicios: Invera Ltda., Ingeniería Ltda. y Proyectos y procesos Ltda. Esta última señalaba con lenguaje guerrillero: “Diseñamos, construimos y montamos sistemas y equipos para combatir la contaminación ambiental”.

Por otra parte, algunas industrias invirtieron capital en tecnología para el control de su propia contaminación. Desde 1971 el grupo empresarial Coltejer S.A. compró tecnología para controlar la contaminación del aire y adecuarse a los límites permitidos por el Inderena y el Ministerio de Salud. En 1976 la misma empresa contrató los servicios del Laboratorio de Contaminación Atmosférica de la UPB para realizar mediciones de gases en sus diversas factorías. A pesar de sus esfuerzos la empresa fue catalogada como una de las más contaminantes del Valle de Aburrá, junto a Simesa y a Fabricato, durante el Segundo Foro de la Problemática Ecológica del Valle de Aburrá en 1979.

Otro problema que se comenzó a investigar con profundidad desde un entendimiento menos técnico y más humanista fue el de la Salud Ocupacional. Una de las tesis de la maestría de Salud Pública de la Universidad de Antioquia en 1975, titulada *Estudio de los sulfuros como factor de riesgo en la producción de enfermedades broncopulmonares, neurológicas y psiquiátricas, en los trabajadores de la planta Sulfácidos S.A.*,

planteaba en su introducción un debate que parece sacado de las discusiones actuales: “Es interesante advertir la atracción inusitada que los problemas de la contaminación del ambiente han producido últimamente en los más variados círculos. Desde la sofisticada cátedra universitaria hasta el periódico dominical se agita incesantemente el tema de la contaminación, como agudo elemento de controversia que polariza opiniones, de conformidad con la posición ideológica que las personas tengan ante los restantes problemas que afectan el quehacer cotidiano”.

Los conflictos entre moradores e industriales no se hicieron esperar. Los pobladores, principalmente de la zona suroccidental de la ciudad, se enfrentaron, con argumentos y estudios técnicos en mano, a fábricas que afectaban directamente la salud y el bienestar. Un caso de resonancia nacional sucedió en el barrio Campo Amor, donde la organización barrial, acompañada por uno de los curas de Golconda, Óscar Vélez Betancur, realizó varias jornadas de protestas frente a la mencionada y muy fétida fábrica de ácido sulfúrico Sulfácidos. Esta fábrica era de propiedad del famoso empresario deportivo Hernán Botero Moreno, presidente del Atlético Nacional y quien años más tarde llegaría a ser el primer extraditado de Colombia a Estados Unidos. El ácido sulfúrico todavía no había sido catalogado por la Convención de Viena como uno de los químicos anexos para la preparación de cocaína.

Si los sulfuros emanados corroían las rejas, manchaban las ropas y afectaban síquicamente a sus trabajadores, imaginen qué podía estar pasando con los pulmones de los vecinos. Regularmente estas jornadas terminaban en las afueras de la apesosa fábrica con la represión de la policía y el ejército, quienes defendiendo la integridad de la industria le añadían gases lacrimógenos al ambiente para hacer un cóctel imposible.

En 1976, la Corte Suprema de Justicia haciendo uso del artículo 74 del Decreto 2811 de 1974, en un caso sin precedentes para el país, declaró la responsabilidad civil de la empresa Sulfácidos y la conminó a salir del barrio. Paradójicamente, la expulsión se dio por una demanda interpuesta, no por la comunidad, sino por una fábrica vecina, Hilanderías Medellín S.A., quien alegó que los desechos atmosféricos expulsados por Sulfácidos le habían causado pérdidas por más de diez millones de pesos en daños a su maquinaria y sus mercancías.

Cartas al alcalde

Pero las problemáticas no solo tenían que ver con las chimeneas industriales. Los carros y las motos ya se presentaban como uno de los emisores más perjudiciales, principalmente en el Centro de la ciudad. En el Archivo Histórico de Medellín reposan, en una carpeta amarillenta, catorce cartas enviadas al alcalde Víctor Cárdenas Jaramillo por parte de “ilustres” habitantes del Centro. La mayoría de ellas evidencian las razones de la desbandada de los habitantes del Centro hacia áreas menos congestionadas.

Darío Uribe Aristizábal, quien firmaba como economista publicitario en hoja membretada, le planteó al alcalde la “delicada situación” que estaban sufriendo los habitantes de la calle El Palo, entre Colombia y La Playa, por el exagerado flujo automotor que desvalorizaba paulatinamente las moradas del sector. Otra de las cartas, firmada por Jorge Vélez y con copia a *El Colombiano*, decía: “Les comento que ayer tuve la curiosidad de llevar el tiempo de un taco de unos cincuenta carros en el cruce de Cundinamarca con Maturín, y dicho taco duró seis minutos, sin que en

ese tiempo hubiera habido movilidad alguna, lo que da a pensar en el combustible ahí despilfarrado”.

Finalizando los setenta y comenzando los ochenta, ante el panorama de contaminación, la prensa comenzó a dedicar columnas a la problemática ambiental. *El Colombiano* y los discontinuados *Correo Liberal* y *Medellín Cívico* realizaron campañas de protección al medio ambiente además de publicar denuncias. Pablo Escobar Gaviria, quien ya empezaba a mostrar su cara de benefactor frente a una ciudadanía llena de demandas y necesidades, también absorbía los malos aires de la ciudad y los nuevos discursos ambientales que sonaban día a día. A comienzos de los ochenta el editorial de *Medellín Cívico*, el periódico dirigido por su tío Hernando Gaviria Berrío, reflexionaba sobre los temas más vanguardistas del ecologismo mundial e incentivaba programas de reforestación para el Valle de Aburrá.

A propósito de la situación actual, a modo de tuits y estados de Facebook, para que sea más entendible entre nuestros gobernantes de turno y para sorprender al ojeador de periódico, se muestra a continuación una selección de citas de cartas, artículos, estudios académicos, discursos e historias clínicas de la década de los setenta:

“No solo es la ciudad de las flores sino también de la contaminación”.

Daniel Winograd, revista *Cromos*, 1974.

“Y afirmamos que el problema de la contaminación tiene respuestas enmarcadas en las posiciones ideológicas y políticas de quienes los confrontan, porque no es la misma la actitud que ante ella asumen los patronos, los trabajadores, los moradores de los barrios obreros y la tecnocracia, encargada del tinte científicista del fenómeno”.

Roberto Viana, Dora Martínez, Pedro Ricaurte y Marlene Fernández. Trabajo de grado maestría en Salud Pública, Universidad de Antioquia, 1975.

“La contaminación producida en el aire de los asentamientos humanos, por el crecimiento de las ciudades, también

es grande. En Bogotá y Medellín el aire ya sobrepasa los niveles de referencia de la Organización Mundial de la Salud sobre bióxido de azufre y polvo sedimentable por zonas industriales”.

Virgilio Barco, ciclo de conferencias de la Sociedad Colombiana de Planificación sobre Asentamientos Humanos, 1975.

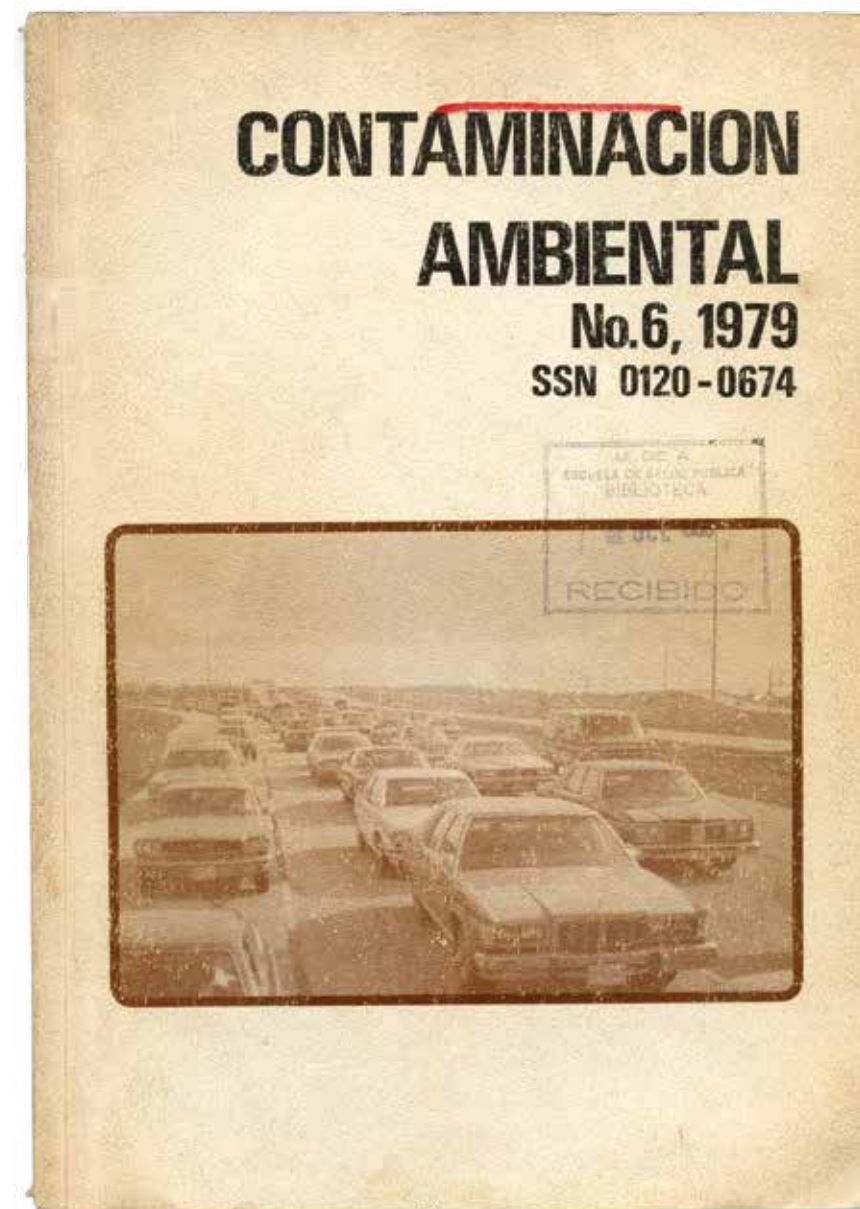
“La gran contaminación de los barrios del extremo sur (La Raya, La Colina, San Rafael, etc.), ocasionada por los galpones y fábricas de arepas, los cuales no poseen chimeneas adecuadas con la altura necesaria para poder funcionar, siendo los habitantes de dichos barrios muy propensos a enfermedades ocasionadas por el humo, como neumoconiosis y otras que afectan el sistema respiratorio”.

Suscritos representantes barriales de Guayabal, carta al alcalde de Medellín Víctor Cárdenas Jaramillo, 1976.

“Dijeron las tórtolas: hoy tuvimos que ir más lejos por nuestros alimentos, además nuestros pulmones recibieron un aire muy, muy impuro; qué casualidad —dijo el sapo—, hoy al meterme a la laguna, vi que algunos de los animales, como los peces, estaban muy enfermos por el oxígeno que tomaban del agua y tuvieron que emigrar a otra región donde no los volveremos a ver”.

Carlos Carvajal, estudiante de cuarto de primaria de la UPB, cuento en revista *Contaminación Ambiental*, 1977.

Ahora bien, a sabiendas de que el problema no es de hoy, ni de ayer, ni de hace diez años, es menester volver a chuzar, volver a preguntarse: si la ciudadanía viene denunciando hoy lo mismo que se denunciaba en la década del setenta, ¿por qué casi cincuenta años después estamos en una situación peor? Si no se escucha la voz de la ciudadanía y la voz de la academia, ¿de qué vale la cédula y el carné de universitario en la billetera? ¿Cuándo dejará de gobernar —de hacer y deshacer en la ciudad de Medellín— el sector empresarial desde sus verdes y salubres casas en las llanuras del Oriente antioqueño? ☺



Corazón colorado

por CAMILA TABORDA

Ilustraciones: Srta. Scarpetta

Para protegerse del abuso, Ece veló cada noche su habitación durante tres años. Un infantil cuarto de paredes azules como el cielo, seis metros cúbicos ahogados en cerámicas de puntitos grises prestos para crear formas y un dibujo del Pato Lucas colgado tras la puerta, hecho con trazo alegre y escolar.

A las siete de la noche, cuando el sol abandona las calles de Medellín, la inserción metálica de un sencillo pasador asegura el único dormitorio que al dormir se cierra. Solo un redondo picaporte distingue la puerta de la pared blanca y larga del pasillo, donde están suspendidos dos atardeceres pintados por mamá.

Adentro, una niña de diez años se viste con dos sudaderas gruesas, una camisa larga, un buzo negro encima y en la cama, se agazapa bajo tres cobijas. Mira hondamente la ventana: el resto del condominio ensombrecido por la noche que a gotas cae.

En los apartamentos del frente trasnochaban sus amigos. La separan de ellos las escalas en zigzag en las que se mecen cuernos de alce y que, en época de florecer las plantas del pretil, cuando visitan los colibríes, embellecen el edificio Pichincha Oriental cerca de las Torres de Bomboná.

Es 2001. Bajo el desvelo profundo, por más que Ece agudice el oído y distinga el traquear de la madera del baño o el sonido que levanta la cortina de seda por un ventarrón, nunca escucha los pasos que se acercan. La caricia del pie desnudo sobre la baldosa le es imperceptible.

Quizá tampoco los otros escuchen: su hermana mayor que descansa justo al frente, la cama matrimonial de los padres a siete pasos de su habitación y a 45 grados, sus dos hermanos que duermen en una misma pieza.

Solo tiene un deseo: ver las figuras del cuarto bañadas de sol, sus pensamientos flotando en una piscina, la aurora patinando desde lo alto de su ventana, el viento frío del amanecer perfumando los nuevos trinos, un toc toc de anillo, es mamá. Ahora debe ir al colegio y podrá dormir sobre el pupitre arrullada por treinta niñas que escuchan hablar a la profesora de cuarto de primaria.

Casi empezaba a soñar. Sigue siendo esta noche, la blanca puerta se agita y la biblioteca que la atranca vibra haciendo temblar la cama, Ece se incorpora sobresaltada. No puede volver a ese trance en el que simulaba dormir. Son eternas esas horas en las que sabe que papá ha logrado entreabrir el pestillo con una navaja sin ruidoso esfuerzo y ha de entrar, ha de entrar a tocarla como la vez primera.

La primera teoría sobre de qué está hecho el hombre se remonta al siglo IV a. C. Según Empédocles, cuatro elementos lo componen: agua, fuego, tierra y aire; la unión o dispersión de ellos dependen del amor y del odio

respectivamente. De modo que para el filósofo griego, la salud significaba el equilibrio de los elementos.

Cien años después, Hipócrates de Cos expuso la teoría de los cuatro humores: el origen de las enfermedades, la personalidad y el aspecto físico de una persona se deben al exceso o carencia de un humor; ya sea sangre, flema, bilis amarilla o bilis negra. Es decir, un cuerpo en el que predomina la bilis negra era un espíritu melancólico. De hecho, durante casi dos mil años se estudiaron así las dolencias humanas.

En América fue distinto. De acuerdo con la *Historia de la psiquiatría en Colombia* de Humberto Roselli, la causa de las enfermedades en la época precolombina correspondió a un pensar mágico, o sea,

eran el efecto del robo del alma o “la introducción en el cuerpo del hombre de un cuerpo extraño o perturbador”.

Más tarde, la medicina colonial varió entre la medicina sacerdotal, un saber primitivo sobre botánica y el curanderismo popular. Para entonces, la locura era provocada por la influencia de la luna, un inacabable aleteo de mariposas nocturnas en la cabeza, el alma de los muertos, la menstruación en las mujeres, la debilidad del cerebro o por espíritus demoníacos e invisibles como los duendes, por tanto, era preciso tener el corazón colorado, mitificó el pueblo muisca: “ser fuerte y regio para sufrir los infortunios”.

Hacia 1773 José Celestino Mutis escribió *Sobre los hipocondriacos*, una

obra referida a las hipocondrias, conocidas actualmente como depresiones, y producidas algunas por “descomposiciones del cuerpo” y la mayoría, por “pasiones dominantes”. Seguidamente, recomendaba baños de agua fría, ejercicio moderado a pie o a caballo, alimento humectante, la influencia de un buen consejero y la lectura de libros como *El Quijote*. También Francisco José de Caldas publicó su estudio *Del influjo del clima sobre los seres organizados*, afirmando que los alimentos y el clima influyen sobre la apariencia, las virtudes, el carácter y los vicios de los hombres.

Sin embargo, de 1610 a 1811 funcionó en Cartagena de Indias la Inquisición y a su mano el *Martillo de las Brujas*, un manual de diagnóstico y tratamiento

de la brujería escrito por los dominicos Kraemer y Sprenger a finales del siglo XVI, por el cual incontables enfermos mentales fueron sindicados como brujas, hechiceros o hechizados.

Un niño recostado sobre el alfeizar siluetea la noche lechosa. “No te duermas. Si te duermes no te vas a volver a despertar”, dice mirando hacia acá. Es septiembre de 2002 y él debe tener cinco años. Lleva algunos días apareciendo como una pequeña oscuridad. Sucede así: ya internada en el cuarto, vestida con prendas repetidas, sudando bajo mantas dobles, mientras el sueño tarda en acartonar los sentidos, él susurra: “Te vas a morir”. Se ha hecho una costumbre tenebrosa; ya es febrero de 2003 y él viste una túnica blanca que lo corta por la pantorrilla dejándolo vuelto sombra, porque la poca luz del cuarto se cuaja a sus espaldas, por la ventana. Se está allí por lagos de tiempo y el Niño puede decir una frase por noche. Una frase que se repite y hace eco: “Si te duermes te pasa algo... Si te duermes te pasa algo, si te duermes... tus hermanos se van a morir. Si te duermes, tus hermanos se van a morir”.

Entonces, Ece se vuelve un feto tembloroso que quiere abrir la puerta para cuidar de sus hermanos: proteger a Mateo que es un niño alegre con un tazón de pelo bronce en la cabeza y a Juan José, que apenas se está haciendo grande con una voz espesa que lo fuerza a carraspear. Lloro porque no puede abrir la puerta. Es 2004 y el pasillo los aleja, el silencio chilló lo peor; mañana al despertar estarán muertos en su cuarto blanco.

El Niño dice: “También tu mamá. Van a matar a tu mamá... Te vas a dormir y tu mamá se va morir”. Solamente mamá le cree, todos dicen que es mentira, pero ella la ha distanciado de papá, no puede morirle. Es un año más: 2005 y el Niño está quemado, un traspíe de luna aclaró su rostro: las formas se chorean por su cara. Ece suda la cama, el escalofrío es caliente y tiritan las telas de algodón.

Últimamente el Niño ha aconsejado: “Mátate. Mátate. Es mejor que te suicides, mátate. ¡Mátate!”, y su voz amputa el sueño de Ece. Es media noche, ella sabe que las pastillas para llorar poco están en el cajón y que algunas bastarán. Solo hará falta desabotonar las tabletas, meterlas a la boca y tragar, apiñar las pestañas y que todo acabe, que desaparezca... que desaparezca... que desaparezca.

Hacia finales del siglo XVIII desapareció en Europa la concepción de locura desde un sistema de creencias. En aquel tiempo, la psiquiatría tenía ganas de hacerse una ciencia, así que fue necesario el instrumento de la escritura para erigirse como disciplina. Por consiguiente, estaba el asilo.

Allí se observó cuanto se pudo; tanto en los muertos como en los vivos, de modo que diseccionar cadáveres locos y examinar largamente a los internos, y repetir por años dichas tareas, contribuyó a construir dos discursos científicos: una anatomía patológica de la enfermedad mental y un discurso clínico clasificatorio; la locura como una serie de enfermedades con sus síntomas y su vacilante evolución.

Entonces, ¿cuál era la característica decimonónica del loco? La insurrección de la fuerza. Así pues, la psiquiatría describió cuatro tipos: los convulsos y violentos eran llamados furiosos, los de pasiones e instintos desenfundados que aún no alucinaban se les denominó maniacos sin delirio. Una tercera locura fue la de las ideas entremezcladas; a estos seres ininteligibles se les clasificó como maniacos, contrario a la locura que se abraza a una idea: una especie de fuerza animada ceñida al comportamiento,

la palabra y el espíritu del paciente, definida como melancolía o monomanía.

Durante el siglo XIX, la psiquiatría moduló varias nosologías. En las escuelas de Alemania y Francia se estiraron los términos y ciertas descripciones clásicas funcionaron. Ahora todo tenía nombre en el manicomio y hasta hubo locos que se parecieron entre ellos por enfermedad, bajo una telaraña nosológica, como flores de una misma especie.

Entre tanto, un psiquiatra alemán llamado Emil Kraepelin compuso un *Tratado de psiquiatría*, editado ocho veces en 32 años, y que recogió una síntesis de patologías hasta 1915. Ya para esta época vivía la noción de que las enfermedades mentales eran enfermedades del cerebro.

Treinta personas alrededor, los asientos no alcanzan y los niños no esperan; el suelo, los brazos del mueble o las piernas de un tío hacen también de posadero. Forman una circunferencia en la que por ser familia, en algo todos se parecen. Llegan presurosos al aviso de la tía Luz María, un grito escurrizado que atraviesa las paredes en madera del viejo apartamento de la abuela, sobre la Avenida de Greiff en pleno Centro de Medellín: “¡Vengan, vengan que Eceva va contar un chiste!”.

Pantaloncitos color agua de platas vírgenes y camiseta con estampado de riña entre el Pato Lucas y Bugs Bunny, ojos revoltosos y capulina solar. Ece empieza a contar con aire costoso, como aprendió en Sábados Felices la noche anterior, cuando Jota Mario Valencia presentaba el programa humorístico emitido en 1998 por el canal Caracol.

“A mí me encanta como usted los cuenta”, le dicen. Huele a frijoles pitando mientras la tía retrocede dejando en Ece la atención, ella se pone en el centro: flaquee los brazos, sonrío, remeda una voz de consonantes apretadas. Ahora mismo tiene siete años.

Es su chiste más largo, su favorito: un par de prometidos con mal olor en la boca y en los pies, la novia no ha de hablar y el novio no debe sacarse las medias. Se apresura a rematar el chiste: abre los dedos, bate las muñecas, tuerce la cadera y hace de joven caribeño que busca un calcetín en la cama, junto a su esposa: “¿Ve, no me digá que te la tragaste?”. Todos se carcajean estirándose para tocarla en señal de elogio. Supo contar chistes hasta los nueve años, cuando el favorito dejó de ser su papá y atronó el silencio.

Hasta que le dijo a mamá, “mi papá me toca por las noches”; bajo un calor de mediodía; en una esquina sin árbol del Parque de los Pies Descalzos. 2002, ese mismo día fue diagnosticada con depresión.

*
A la depresión, en Antioquia, se le llamó melancolía. Junto a la oficina de Archivo Histórico de la Universidad Nacional en Medellín, un cuarto oscuro con olor a centuria, repleto de legajos y repisas de metal guarda 69 754 historias clínicas de lo que antes era el Manicomio Departamental y hoy se conoce como Hospital Mental.

Dentro de 471 cajas hay documentos correspondientes al periodo 1903-1978. Algunas historias clínicas conservan la firma a lápiz de Lázaro Uribe, quien fue médico director del Manicomio Departamental entre 1920 y 1946.

Una vez internos, los enfermos duraban décadas allí y el motivo de la salida, en noventa de cada cien casos, era la caquexia, señalada por el doctor Uribe Cálal en los mismos documentos como el “final de los enajenados”; es decir, un estado de desnutrición.

Entre la filigrana *extra strong* del papel, desde 1905 hasta 1966 se registran diez tipos de melancolía: simple,

sin delirio, crónica, delirante, aguda y senil, ansiosa, con estupor, con ideas de persecución y demencia, hipomelancolía y melancolía depresiva.

*
“Que desaparezca. Que desaparezca... que desaparezca”.

No. Las venas cortadas suturan. Ráparse la cabeza. Fumar marihuana. Consumir cocaína. No volver a casa por días, no volver. Que desaparezca. Octavo perdido, repetir. Desaparecer. La tos de mamá. Fluoxetina. Una docena de perforaciones. Drogarse. Pepas, ácido, alcohol.

“Mi papá abusó de mí”.

Ece está loca, todo se lo inventó. Mírela cómo ha cambiado. Se retiró de la Escuela Normal Superior Antioqueña para pasarse al Ferrini, fíjese los amigos con los que anda y la pinta que tiene... Ella consume, se lo inventó todo. ¡Está loca! Tiene enferma a la mamá pero eso no le importa. La otra noche sus tíos la sacaron drogada de una fiesta, además, roba cosas en la casa y está muy fea, como era de niña.

“Sabotearme. No dejarme ver y desconfiar”.

Dentro de las montañas el sol cala usualmente a 22 grados en Medellín. La Coca-Cola hierve a más temperatura pero la carne del rostro es delicada. La piel se amolla si por quince minutos la gaseosa se calienta encima y se vuelve una plasta chiclosa sobre las mejillas, como melaza ardiente difícil de quitar. Se queman los lunares, el halo de la boca, el ceño adolescente.

“Vaya al psicólogo. Mire cómo va a hacer para hacer que él sea su papá”.

Agosto 24 de 2006, quince años: Banquetes Bolivariana. Tres años sin ver a papá. La cara reducida al bigote y a las cejas, sus manos de arco arrugadas, su nariz obtusa. Tiempo de vals un dos tres un dos tres y es hora de que baile con su papá, señorita. Sesenta fotos y ninguna sonrisa. Se colaron los amigos, trajeron cocaína, un dos tres, un dos tres, hicieron que la fiesta se acabara a las doce.

“Hospitalizaron a la mamá, está en la clínica... La ven muy enferma”.

Largas noches acompañando a mamá, noches que estrechan y las vuelven al tiempo en que no había necesidad de tocar la puerta, a los años en que Ece hablaba sin forzarla, cuando era niña y se colgaba del cuello de su madre. Se habían vuelto muy parecidas y la cocaína, la marihuana, las pepas, el ácido empezaron a mermar. Un día, terminó el bachillerato.

“No saldrá del coma, le vamos aplicar los santos óleos. Ve y despídete de ella”.

No mueras mamá, por favor no mueras, mira que se arranca los *piercing* del cuerpo, que se tintura el color del pelo para no parecer una marihuana, se viste como quieran pero no mueras. Es 25 de septiembre de 2009, no agonices que ella no quiere vivir de nuevo con papá. Abre los ojos, sal del coma por favor. La hinchazón podrá bajar y la tos desaparecer, los pulmones pueden estar bien de nuevo, también la familia puede estar bien de nuevo. No la dejes sola.

En la actualidad, hay dos sistemas clasificatorios reconocidos a nivel



mundial: la décima versión de la *Clasificación internacional de enfermedades* (CIE-10), a manos de la Organización Mundial de la Salud, y la quinta entrega del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-V), propio de la Asociación Americana de Psiquiatría.

En 1844, trece directores de asilos para alienados fundaron la *Asociación de Superintendentes Médicos de las Instituciones americanas para enfermos mentales* durante una reunión en Filadelfia, Estados Unidos. Lo que terminó por convertirse en 1921 en la organización psiquiátrica más importante del mundo: la Asociación Americana de Psiquiatría, APA. En 1999, su presidente número 127 fue colombiano: Rodrigo Muñoz Barragán.

Debido al disenso frente a la clasificación de enfermedades mentales, APA publicó en 1952 su primer *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, con 112 categorías diagnósticas y descripciones para cada patología. Dieciséis años después, con la creación del DSM II, se inscribieron 145 trastornos mentales a disposición de la práctica clínica.

Hacia 1980 apareció una tercera versión que contenía 297 trastornos. Catorce años después, una nueva entrega: el DSM IV, con dos etiquetas diagnósticas de más en el sumario. Y el 18 de mayo de 2013 se presentó la última edición de APA: el DSM V con un total de 546 trastornos mentales que los psiquiatras consultan al momento de diagnosticar.

Pero, ¿cómo define APA qué es una enfermedad mental? Cada tanto se forma un cónclave que lo dictamina; por ejemplo, en 1973 se decidió eliminar de la clasificación de trastornos mentales la homosexualidad, contrario al caso de la OMS, que apenas la retiró de su lista en los años noventa.

En Colombia, según la Resolución 1895 del 19 de noviembre de 2001, todos los diagnósticos impartidos en EPS, IPS, aseguradoras del Soat, pólizas de salud y el Fosyga, deben codificarse utilizando la CIE-10.

2016. Casa en Envigado.

—Papá, te perdono.
—¿Perdón? ¿Por qué? ¿Por qué me va a perdonar?

—Porque usted siempre me ha querido a mí poner como la que dañó la familia y usted sabe que yo no fui, fue usted.

—¿Por qué?

—Porque yo sé que usted me tocaba.

—No, ese tema yo no lo voy a hablar con usted.

Ece tomó la habitación más apartada de la casa, la que corresponde al oficio doméstico junto a la cocina, con baño propio. En las mañanas, siempre a las ocho, debe ducharse rápido y sacar a Gretel, una cachorrilla criolla que recogió hace seis años. Pasean por media hora hasta que la abandona el sueño impuesto por la Olanzapina de 20 mg, Mirtazapina 30 mg y Zopiclona de 7,5.

Vuelve a casa y deja a Gretel para ir a la Universidad Pontificia Bolivariana,

donde estudia psicología. Tiene 24 años y a veces debe bajarse del metro sin aire porque siente que la persiguen. Dice que piensa mucho, que piensa muchas cosas en poco tiempo como si en la mente estallaran ideas continuamente que colisionan, que la irrigan.

Ahora es rubia y resaltan sus ojos claros. Cada tres meses cambia algo en su cabello, aunque todo debería ser igual y la vida tendría que estar en calma. Y cada mes, una tarde, lee las cartas de sus amigos guardadas en un maletín. Sueña

llenarse la espalda de flores y mariposas, de los lirios naranjas que prefería su mamá y vivir en un mariposario, sí, envejecer en un mariposario.

Todavía, a las siete de la noche, cuando el sol abandona las calles de Medellín, la inserción metálica de un sencillo pasador asegura el único dormitorio que al dormir se cierra. Pero hace unas noches las pastillas trajeron el sueño antes de asegurar la puerta y abrió los ojos cuando la cabeza blanca de su padre se asomaba junto al marco. ©





PREMIOS

nacionales de cultura

Universidad de Antioquia

2017

16°
PREMIO NACIONAL
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
A LAS ARTES
Y LAS LETRAS

35°
PREMIO NACIONAL
DE LITERATURA,
MODALIDAD
ENSAYO LITERARIO.

13°
PREMIO NACIONAL
DE COMUNICACIONES,
MODALIDAD
CORTOMETRAJE

11°
PREMIO NACIONAL
A LAS ARTES,
MODALIDAD DANZA

FECHA DE APERTURA: MARZO 8 DE 2017
FECHA DE CIERRE: 30 DE JUNIO DE 2017

Los ganadores del *Premio Nacional de Literatura*, *Premio Nacional a las Artes* y *Premio Nacional de Comunicaciones*, recibirán cada uno, un premio único de:

\$22.131.510

(equivalentes a 30 SMMLV).

El ganador del *Premio Nacional Universidad de Antioquia a las Artes y las Letras* recibirá un premio único de:

\$36.885.850

(equivalentes a 50 SMMLV).

El ganador del 35° *Premio Nacional de Literatura, modalidad ensayo literario*, recibirá como parte del premio la publicación de la obra, con un tiraje de 500 ejemplares de los cuales 25 constituirán ejemplares de autor.



CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS

Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café

☎ 316 668 11 82

maxicafemedellin@gmail.com

Maxi café - Cursos Asesorías Eventos - Medellín

maxicafemedellin



Diseño Gráfico Imagen Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com



RESTAURANTE

Transversal 39 # 75-10 Segundo parque de Laureles

Tels.: 5897000-3217235878 • labodeguitahavana@une.net.co

Música en vivo de miércoles a sábado

Un rincón cubano en Medellín



MINCULTURA



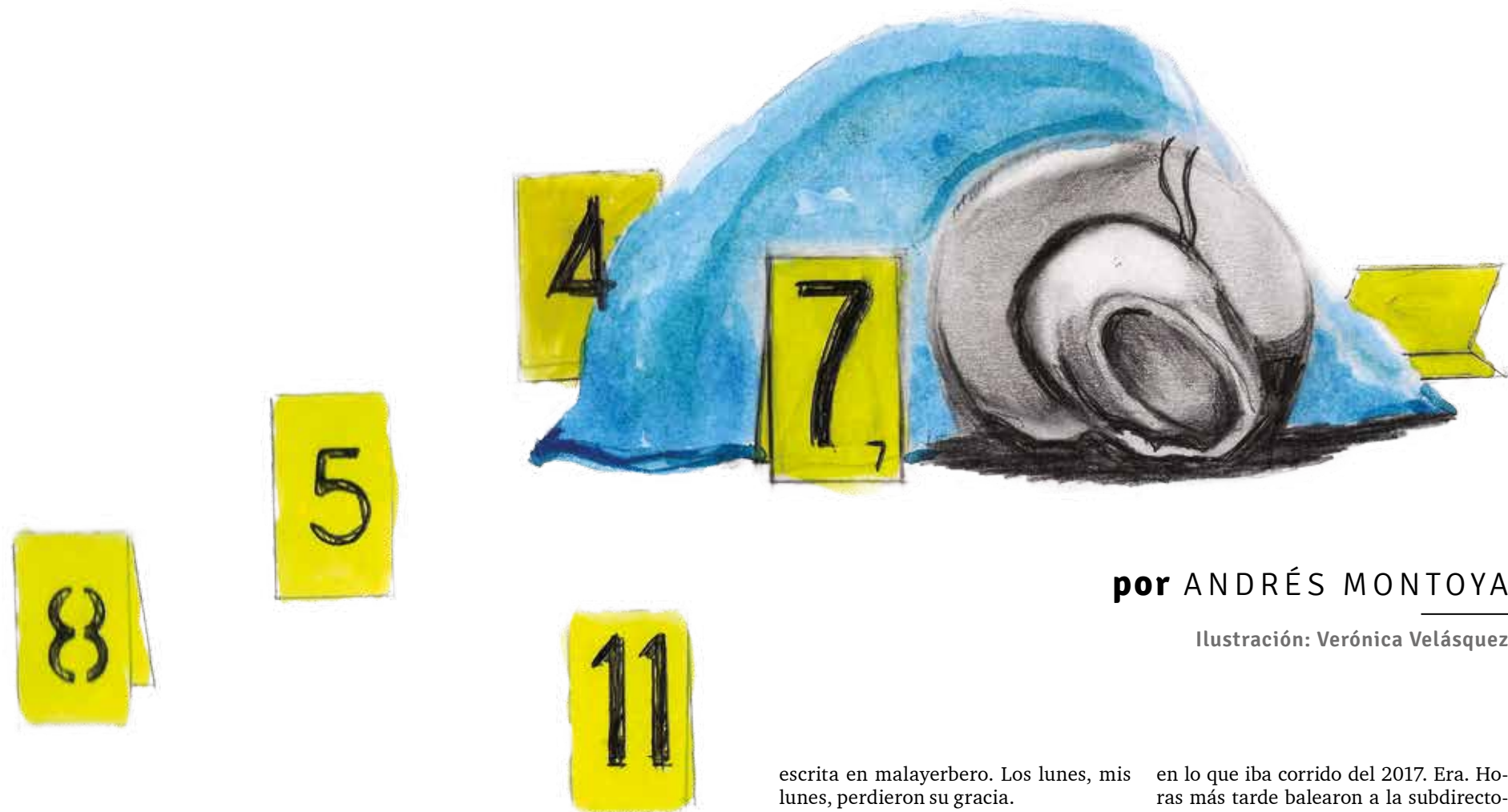
TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Evento apoyado por el Ministerio de Cultura
Programa Nacional de Concertación Cultural
www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura • premioscultura@udea.edu.co

Doce balas para Javier



por ANDRÉS MONTOYA

Ilustración: Verónica Velásquez

Una manta. En la calle Vicente Riva, Culiacán, noroeste de México, hay una manta. Al lado de la manta un sombrero Panamá y alrededor del sombrero doce casquillos de bala. Doce. Bajo esa manta yace el cuerpo de Javier Valdez. Un periodista con los huesos rellenos de metralla. Cincuenta años había cumplido un mes atrás.

En un folleto en la secundaria escribió sus primeros artículos, pinceladas de esa Culiacán provinciana de principios de los ochenta, cuando las Lincoln negras y los cuernos de chivo, AK-47 en la jerga mexicana, no asomaban en el paisaje. Ingresó, vaya uno a saber por qué, a estudiar sociología. Pero el periodismo ya había hecho lo suyo. Lo había inoculado. De la misma forma que el narco lo haría con buena parte de Sinaloa, arrastrándose desde la sierra, cubriéndolo todo, sin prisa, sin remedio. Como la breva.

Convencido de la urgencia de que Culiacán tuviera un medio independiente, ajeno a los partidos, inmune a las coimas, fundó el semanario *Ríodoce* con tres colegas. Corría el año 2003. Ahorcados por la pauta se las arreglaron para pagar la nómina y sobrevivir. En una ciudad pequeña, vigilada por el omnipresente ojo del narco, *Ríodoce* brotó en la polvareda con el firme propósito de estorbar. Un nuevo jugador llegaba a la plaza para incomodar al gran hermano. La granada que les arrojaron en el 2009 los puso en aviso. Nada sería fácil.

Objeto inverosímil para plasmar el lienzo del crimen organizado. Optaron por no callar. "Malayerba" tituló su columna. Libreta en mano anduvo por la boca del Cartel como el Chapo por su casa. Conocimos los colmillos de la bestia, puntiagudos, ávidos:

"Lento pero firme, caminé hacia el automóvil. Les pregunté, ya arredrado, a qué se dedicaban. Pero nadie lo escuchó. O nadie le contestó. El agente sacó una lamparita. Temblaban sus dedos, la mano entera. Arrojó luz al interior. Descubrió cinco rostros veinticincoañeros: miradas frías, sonrisas incompletas. Siguió por los interiores. No pidió que se bajaran. No se animó. Dio con sendos cuernos de chivo. Dedos en el gatillo. El del copiloto le apuntaba. Calma jefe. No hay bronca, jefe. Qué calma ni qué chingada. Qué quieres. ¿Quieres saber a qué me dedico? ¿Qué no ves, cabrón?, soy malandrín y ando cuidando a un narco. Que le vaya bien, jefe. Adelante. Y se quedó ahí, con su linterna bicolor y esa luz que parecía morir por las pilas bajas".

Conversó con gatilleros, expendedores de esquina, cultivadores, narco *juniors*, jefes de plaza, policías honestos y policías sedientos de venganza, caleteros, alcaldes y diputados, forenses, asesinas a sueldo con códigos de honor, huérfanos de la violencia, sicólogos, viudas, defensores de Derechos Humanos, periodistas, madres de pesos pesados y madres que buscan a sus hijos en las arenas del desierto.

Forjado como reportero en el asfalto describió sus calles hasta el agotamiento. Se valió de los recursos del cine, bebió la sangre de los poetas de su tierra y echó mano sin contemplaciones de las riquísimas expresiones de la jerga culichi. Música, música pura. Nadie saldría indiferente a sus versos de cada lunes. La nueva historia de México, la que inicia el 8 de diciembre del 2006 d. C. cuando el gobierno de Felipe Calderón le declaró la guerra al narco, está

escrita en malayerbero. Los lunes, mis lunes, perdieron su gracia.

Premonición o retrato perenne de su ciudad, escribió alguna vez: "Si vas a Culiacán no voltees. No veas a la gente de otros carros. Ni grites ni reclames. No pites. No cambies de luces. No manejes en chinga ni andes rebasando. Y si voltean a reclamarte y te cambian las luces y te gritan y te pitan y te pasan en chinga por un lado, rebasándote, no los peles. Las camionetas, esas grandotas, monstruosidades que todo lo minimizan, son las que mandan. Ellos, los narcos, son los dueños. Y con ellos esa fauna consustancial: los pistoleros, los que venden droga y los que la cobran, los que siembran y la bajan al valle y luego la llevan a la costa, los ayudantes, los mandaderos. Cualquiera, cualquiera. Cualquiera de ellos puede matarte. Y no pasará nada". No pasará nada.

Ocho libros después, cuatrocientas columnas más tarde, a las doce en punto del 15 de mayo, dos encapuchados lo interceptaron. Salía del periódico con su Panamá. Que te bajas del carro, cabrón, que te arrojes al suelo, hijo de la chingada. Un periodista, desamparado, con dos armas de fuego apuntándole. La viva imagen del oficio en el país azteca. Imagino lo que pasó por su cabeza y me estremeció. Pero lo prefiero allí, bocabajo, tiroteado en el pavimento bajo el sol ardiente del mediodía, y no levantado y torturado y a medio sepultar en un paraje abandonado. Era su gran terror. Su mujer no lo habría soportado. A pesar del batacazo, por fortuna para la sociedad mexicana, *Ríodoce* seguirá haciendo lo único que sabe hacer: reportear.

Mientras el presidente Peña Nieto se tomaba unos segundos para redactar un tuit exigiendo investigar el crimen, un grupo de comunicadores se agolpaba en las afueras de la Secretaría de Gobernación, en la capital, para gritar basta ya. Los editoriales rezumaron indignación. Sus lectores estallaron de rabia. Era el sexto periodista asesinado en México

en lo que iba corrido del 2017. Era. Horas más tarde balearon a la subdirectora comercial del semanario *El Costeño*, en Jalisco. En el ataque murió Jonathan Rodríguez, su hijo. Tenía 26 años. Recién se iniciaba en el periodismo. Tres días después fue secuestrado el periodista Salvador Adame, en Michoacán. El siguiente está al caer.

Prendo la grabadora y escucho tu voz. Serena, diáfana, sin dramatismos. "Tenemos que contar las historias del narco desde abajo, desde la calle, de cómo se echó a perder un barrio, una colonia, un pueblo. Contar las historias de las personas puede ayudar a que la gente entienda el problema. Es una forma de recuperarnos del hartazgo, del silencio. Esa es nuestra responsabilidad ética". Ignoro cuántas veces me repetiste que escribir es un acto de fe y esperanza, y que si dejabas de hacerlo morirías. Ahora, con el corazón encogido, lo entiendo todo. Te clear a toda madre era tu única salida. No te ibas a permitir morir de amargura. Eso nunca.

Parece que fue ayer que nos vimos por última vez. Nos reunimos en mi casa con Gris y Lina y los hijos y hablamos del futuro. Estabas feliz por el matrimonio de Tania y le entramos al whisky y te pedí, por favor Javier Arturo, que no fueras a usar en su boda esa camiseta con el esmoquín estampado en el pecho que tanto te gustaba. ¿Querías ser abuelo? No lo sé. Por la forma como sostuviste en brazos a mi hija cuando nació diría que sí. Establecimos paralelos entre Medellín y Culiacán. Ciudades hijas de la barbarie, ciudades que nos parieron y que nos convirtieron en periodistas. Días después, en mi biblioteca, abriría uno de tus libros al azar, *Los huérfanos del narco* (qué paradoja). Encontré esta dedicatoria, escrita a hurtadillas aquella noche.

"Para mi gran amigo, cómplice y hermano. Con un chingo de gusto, para que no nos arribasen el mañana ni nos maten las esperanzas. Salud, bato y morras. ¡Con todo mi amor, Javier Valdez!". ©

MUSEO Casa de la Memoria



www.museocasadela memoria.gov.co

DIRECCIÓN MUSEO:
CL 51 # 36-66
Parque Bicentenario - Barrio Boston
TELÉFONO: (4) 385 55 55 ext. 4001

Síguenos en:

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos



¡VISÍTANOS!

SALA PERMANENTE:
- Medellín: memorias de violencia y resistencia

SALAS TEMPORALES:
- Imaginarios, un encuentro en el tiempo
- El curso de la huella

HORARIOS:
Lunes (cerrado)
Martes a viernes: 9 a.m. a 6 p.m.
Sábados y domingos: 10 a.m. a 4 p.m.


MEMORIAS

VIVAS

Ver para no repetir

Soy la Energía de EPM
y tú, eres mi destino

Vengo de lugares recónditos y recorro
un largo camino para iluminar
tus mejores momentos.



Por ti, estamos ahí

epm



Victor Muñoz
De la serie Señalando trayectos
Fotografía y dibujos en el espacio público con carbón en polvo
2016

Café Alaska

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



“Café Domínguez de la vieja calle Corrientes que ya no queda (...) Era el imán que atraía como el licor atrae a los borrachos”, canta Ángel Vargas con la orquesta de Ángel D'Agostino, refiriéndose a un histórico rincón del tango y la bohemia porteña de aquella calle que nunca duerme, en el Gran Buenos Aires, y que sucumbió al modernismo y tuvo que cerrar sus puertas para siempre.

Parte de la letra de ese tango está grabada en el muro de la barra del Café Alaska, ubicado en la calle 76 con carrera 45, en Manrique, como un amargo epitafio, o como una amenaza perenne que, de a pocos, se ha ido transformando en sentencia.

Y es que tras casi ochenta años de vida, de historia, de lujuria arrabalera, aniversario que se cumpliría en 2018, el Alaska está próximo a desaparecer. El nuevo dueño del inmueble donde ha sido imán a su manera ha decidido derribarlo para construir una panadería, esa sospechosa epidemia iluminada con luces de neón que ha contaminado a Medellín desde hace unos diez años.

La muerte del Café Alaska causará

una herida profunda en la religión tanguera de la capital antioqueña, a la que ya pocos templos le quedan desde que se decidió usurpar la 45 para entregarla a ese grotesco y lento gusano metálico que es el Metroplús.

La 45 no es más aquel añejo arrabal de mediados del siglo XX. No es más ese boulevard de bohemios enamorados que arrastraban sus vidas hasta las mesas del Farolito, el Bar Central, El Oasis o el Café Alaska, donde finalmente morían y renacían, una y otra vez, bajo el embrujo rioplatense de Julio Sosa, Oscar La Roca o Juan Carlos Godoy.

En esos salones y sobre esas baldosas abandonaron, entregaron y enterraron sus almas; evocando a inverosímiles Malenas de cinturas delicadas y labios de fuego. Gardel era el papa de aquel Vaticano en ruinas, de esos templos callejeros forrados de letanías escritas en las paredes, donde se oraba tomando aguardiente, o ahogándose en whisky y ron.

Se extingue el tango en la 45. Por la vena aorta de Manrique ya no corre la “sangre maleva”. Tan solo queda un anciano de pie: el Café Alaska, primer piso de una casa con más de cien

años de historia, convertido en fonda de arrieros antes de 1920, y consagrado al tango desde 1938, según los registros oficiales.

Un café recalcitrante cuyo dueño más antiguo fue Luis Eduardo Cardona Giraldo, ya fenecido, y que desde 1998 es administrado por el sonriente Gustavo Rojas, quien a pesar de su nombre solo ejerce una dictadura en ese breve espacio sin tiempo: la simpatía por el Deportivo Independiente Medellín. “Si viene a hablar mal del Medellín, procure que su estadía en este sitio sea breve”, dice Gustavo replicando una de las leyendas que cuelga de las paredes del café.

El Alaska tiene que morir, insiste el nuevo dueño del inmueble. Es como si en Bogotá se acabara el Café Moritz, La Puerta Falsa, el Café Pasaje o El Automático. O como si a Cartagena le quitaran, de repente, el bar Donde Fidel.

Los clientes

Cuando Carlos Arturo López Gutiérrez corría descalzo por las faldas de Manrique y Aranjuez, o bajaba con sus padres al Pedrero, para ver llegar las mulas cargadas con hortalizas, granos

y frutas de los diferentes pueblos de Antioquia, en el inmueble donde aún respira el Alaska existía una fonda donde se vendía chicha y aguardiente, y donde algún músico andariego se daba rienda suelta con su guitarra o su tiple.

Carlos Arturo nació en 1929, nueve años antes de que se fundara el Café Alaska como homenaje póstumo a Carlos Gardel, fallecido en un accidente aéreo en el aeropuerto Olaya Herrera en 1935.

“Yo vengo desde que era niño. Me gustaba ver a las parejas bailando, me parecía divertido. Luego me paraba en la puerta y hacía mandados, hasta que me quedé como cliente. Si se termina este lugar, es como si me quitaran un pedazo largo de vida. Me dejarían más cerquita de la muerte”, expresa Carlos Arturo.

Como él, hay un sinnúmero de clientes fieles que todos los días, sin excepción, protagonizan una silenciosa procesión desde los hogares cercanos hasta el Alaska. Todos son viejos que, tras levantarse y desayunar, no tienen nada más por hacer en sus viviendas, ni tampoco con quién conversar, así que se ponen un sombrero, para ver llegar las camisas y limpian sus zapatillas, y luego

salen a desfilan por las calles de Manrique hasta ese edificio gris en cuyo interior rejuvenecen.

Qué pasará con Carlos Arturo, o con Jorge Albeiro Marín Castañeda, ventero ambulante nacido en diciembre del 54. Qué pasará con Otoniel de Jesús Arboleda Gutiérrez, de 59 años de edad, y experto billarista que alguna vez vivió el amor, pero lo perdió en una apuesta de cartas, ahí, en el Alaska.

Qué pasará con todas esas almas abandonadas. Dónde se esconderán cuando suene el último tango, cuando Gustavo sirva el último tinto.

“Este lugar no es como los demás. Este lugar es especial porque fue fundado por sus clientes. Son los clientes los que han vuelto importante el Alaska. Por eso, si se acaba, yo no abriré en otro lugar, y ni siquiera sé qué me voy a poner a hacer, pero no lo abriré en otro lugar”, dice Gustavo, quien a pesar de tener un título universitario, no sabe hacer otra cosa que poner tangos, servir tintos y hablar con la gente.

Una romería anacrónica

A las diez y media de la mañana, en esa esquina de Manrique, se vive a diario una peculiar procesión de almas solitarias. A esa hora Gustavo abre las puertas del café y decenas de ancianos, hombres mayores y jóvenes bohemios se meten al lugar como si estuvieran huyendo de una epidemia, y se sientan en las mesas a esperar que transcurran las horas, en medio de tangos y boleros, sorbiendo con lentitud sus tintos. Algunos se juegan una partida de póquer o un chico de billar, y hacen amistosas apuestas al vaivén de las milongas.

Pero por las mesas del Alaska no solo pasan anónimos bohemios. Allí se emborracharon futbolistas como Pedro Roque Retamozo, quien hasta dejó una foto para la posteridad en las paredes de tapia, cagajón y cal; el Charro Moreno y Omar Orestes Corbatta también se tomaron lo suyo al son del tango. Artistas, periodistas, escritores y cantantes de todos los géneros. Desde Daniel Santos hasta Julio Martel. Todos han quedado en el registro de Gustavo Rojas, quien todo lo anota, lo fotografía o lo guarda con celo en su memoria. Con la extinción del Alaska Manrique se quedará sin tango, pues el monumento a Gardel y la Casa Gardeliana no son suficientes. Nadie puede tomarse media en esos sitios sin someterse al nuevo Código de Policía.

Y la culpa no es de nadie externo al lugar. La culpa es de quienes lo administraron por cerca de ochenta años sin pensar jamás en comprar el inmueble para asegurar su permanencia.

Un arriendo de alrededor de un millón de pesos no le basta a su dueño, quien está en todo su derecho de buscar otra forma de llenarse los bolsillos. Pero los días no serán iguales sin ese asilo. ©



Las Guerreras del Centro

¿Cómo es la historia de una mujer en ejercicio de la prostitución cuando ella misma la narra? Feminista, honesto, crudo, divertido y lejano a los estereotipos, este es el cabaret performance en el que un grupo de mujeres del entorno del Museo de Antioquia narran sus vidas.

Esta programación hace parte de la agenda de la exposición *89 noches*

Todos los viernes de junio y julio • 6:00 p.m.
Casa del Encuentro del Museo de Antioquia

Entrada \$8.000

Malcolm Lowry y los misterios de las ruinas

por DANIEL FERREIRA

Ilustración: Samuel Castaño

Lo que comprende el escritor Roderick McGregor Fairhaven, en Pompeya, es la sensación de que el tiempo humano es efímero, frente al tiempo telúrico. Parece una observación trivial frente a la erupción que sepultó bajo una capa de ceniza el esplendor de una ciudad hedonista. El estupor de que ha ocurrido apenas ayer (dos mil años), mientras la vida de ese escritor que recorre las ruinas ya ha cruzado la mediana edad, está cesando. Es la misma intuición de Sigbjorn Wilderness cuando deambula por Roma tras las huellas de Keats, y piensa que está en el medio de un bosque oscuro en la mitad del camino de su vida. Queda el cráneo de Shelley para tomar vino (como pretendía hacer Byron), queda la inscripción en la tumba de Virgilio en Nápoles. Sufren la misma intuición del cónsul Firmin mientras camina bajo el volcán en busca de su muerte. Y es la misma intuición de Lowry después de atravesar las esclusas del canal de Panamá, mientras escribe con una mano y se sostiene con la otra en medio de la peor tormenta del siglo en el Atlántico y oye a los marineros rezar la oración contra los naufragios: “Escúchanos señor, desde el cielo, tu morada.” La vastedad y la indiferencia de las fuerzas naturales frente a la fugacidad de la vida humana, derrotada. Nada humano dura más que la piedra, que la sangre de volcán.

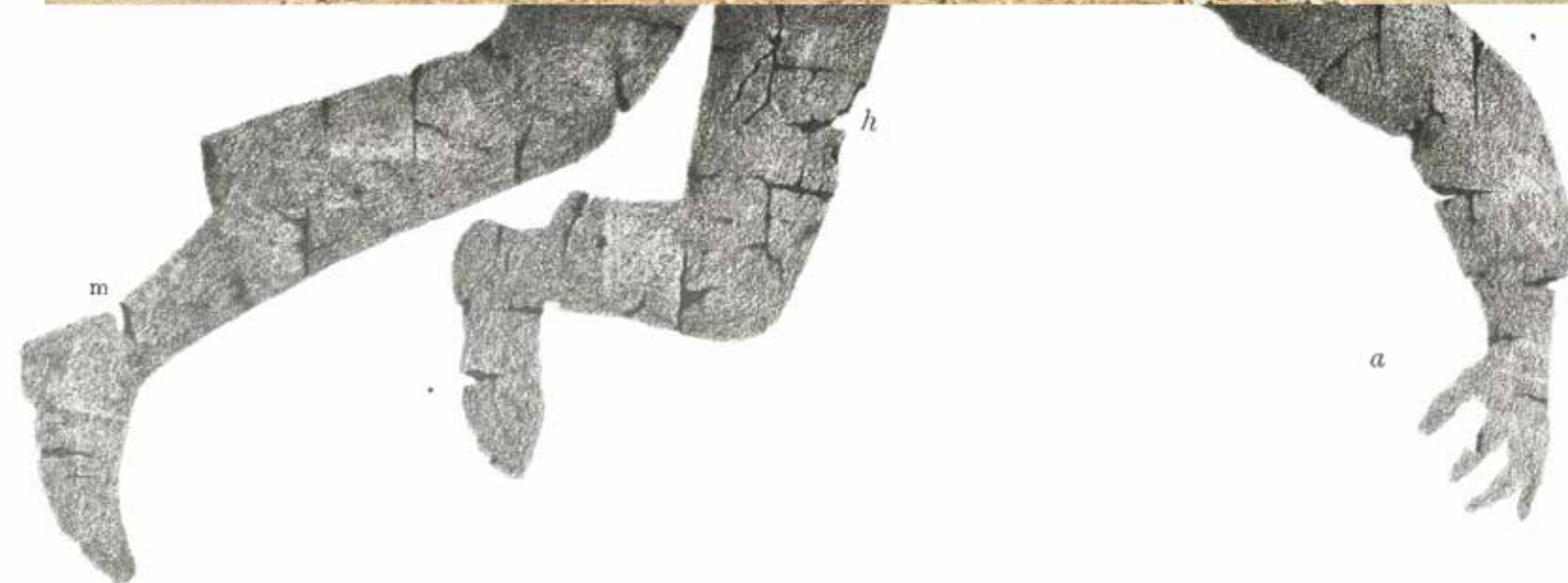
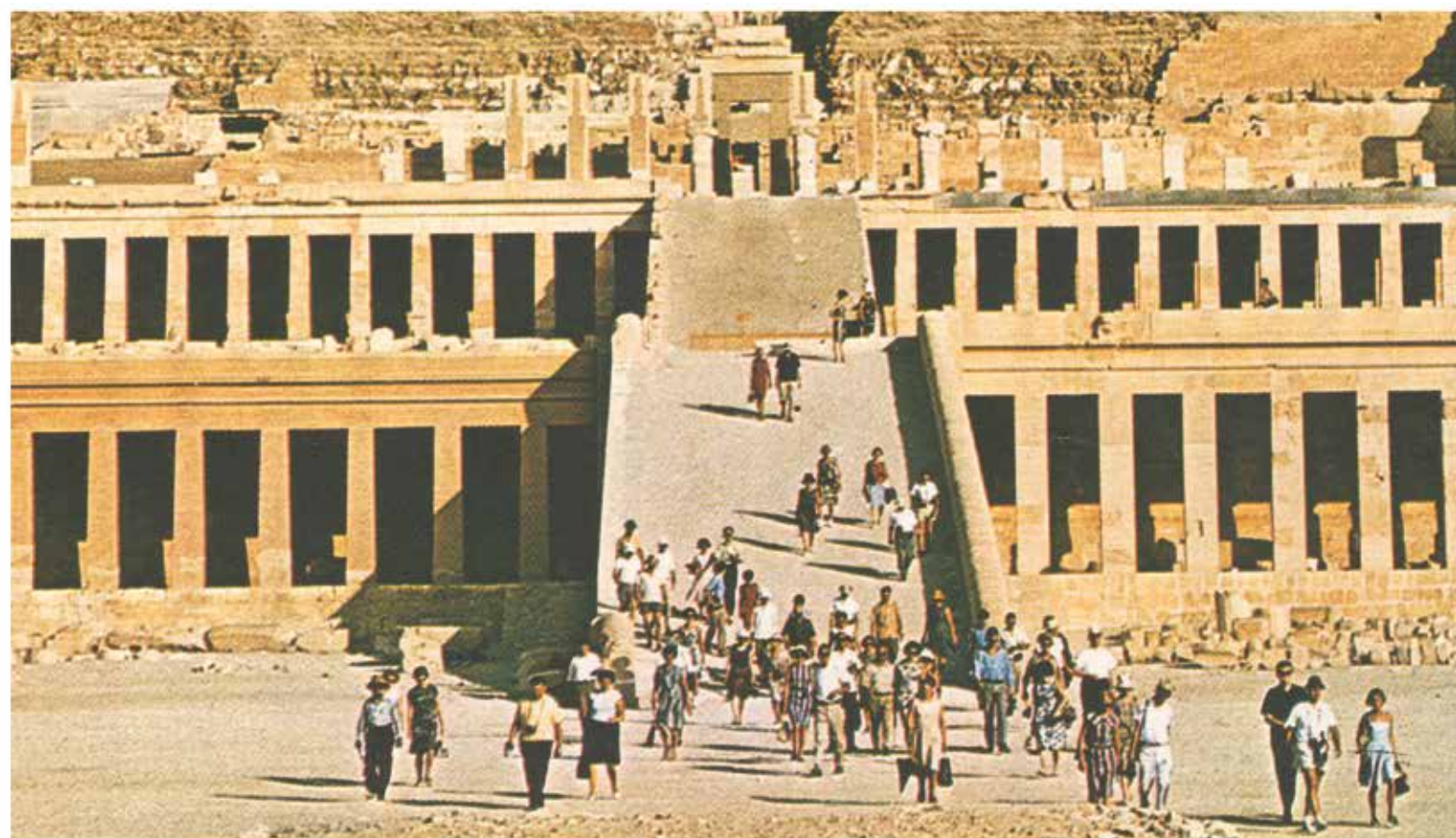
Como era místico, y como el misticismo es el último problema filosófico interesante que le queda al mundo, al editor Jonathan Cape le explicó en una extensa misiva las razones cabalísticas que sostenían el andamiaje de su novela cumbre, *Bajo el volcán*. A la respuesta de esa carta donde el editor sugiere cambios y zonas de aburrimiento detectadas por tres lectores de planta de la editorial, Lowry responde:

“Si se condiciona al lector, aunque sea un poco, para que considere inevitable la lentitud del arranque —suponiendo que yo logre convencerle a usted de que a pesar de su lentitud tal vez no es tan tedioso—, los resultados podrían ser sorprendentes. Si usted me dice: ‘Muy bien, pero el buen vino no necesita anuncios ni reclamos’, lo único que puedo responder es lo siguiente: ‘Muy bien, yo no estoy hablando de buen vino sino de mezcal’, y para beberlo, además del reclamo en la puerta de la cantina, una vez en el interior de esta, el mezcal necesita acompañarse de sal y limón, y tal vez uno no lo bebería si no estuviera en una botella tan tentadora. Si esto le parece fuera de lugar, permítame preguntarle: ¿quién se sentiría con valor para aventurarse en el yermo de La tierra baldía sin un conocimiento previo de su complejidad estilística?”

Parece una defensa para comprender la novela amenazada de mutilación, pero es una invitación a comprender la

vida. Estaba en la mitad de la treintena cuando terminó los seis años de alcoholismo creativo que le llevó escribir (con ayuda de su segunda esposa y co-rectora y secretaria y mecanógrafa y enfermera Margerrie) las innumerables versiones de *Bajo el volcán* (1947). Solo un año después de la versión definitiva, los funcionarios de migración mexicana le jugaron una pega burocrática que empezó en Acapulco, pasó a Cuernavaca, se enquistó en el D.F. y así, de funcionario en funcionario, de multa en multa, hasta acabar por darle una patada en el culo en la frontera de Tijuana. Otra vez la fugacidad de la vida frente a otra inmensidad: la del desierto. Malcolm Lowry había cifrado su vida, sus viajes oceánicos, sus nadados libres en piscinas, sus estudios en Cambridge, las infidelidades y los sarcasmos de la guerra conyugal (con la primera esposa Jan Gabriel), sus idas al siquiatria, sus dependencias amoratorias, sus inseguridades viriles y sus inclinaciones místicas en esa obra que habría de convertirse en el fragmento de sus ruinas. Toda la vida confluye y justifica ese libro. En junio de 1957, cuando amaneció muerto por su propio vómito tras una ingesta de alcohol y barbitúricos, se había convertido por segunda vez en su *alter ego*, el cónsul Firmin. Se había vuelto dependiente de su segunda esposa Margerrie, era incapaz de atarse los zapatos, pagar con su propia plata, mantenerse solitario y sobrio. Había caído en la misma angustia de nunca haber podido entender lo que habían estado diciendo sus colegas en obras admiradas. Era un hombre moribundo al que acababa de caerle de los ojos la venda del arte. Era solo un humano en su finitud.

Lowry creía que la neurosis de un autor marca su literatura. Su neurosis, sus obsesiones son su literatura, y esas obsesiones son la forma de filtrar la realidad. Las obsesiones no eran rasgos paranoicos sino, en sus palabras, “una visión real de la indudable verdad”. Sin embargo, los escritores menores, no los Melville ni los Kierkegaard ni los Kafka que invoca para sostener sus apotegmas místicos, también han sido marcados por sus taras mentales y puede ocurrir que lleguen a la misma claridad de los grandes maestros. En sus últimos relatos, los escritores menores también logran esa clarividencia. Pero no la plasman. Escritores que han publicado una única obra y luego han sido olvidados por sus lectores y sus esposas. Escritores que a su vez olvidan y torturan a sus seres queridos por escribir. Escritores que dejaron de enviar cartas porque hasta hablar de sí mismos les parecía una execrable exhibición de la subjetividad. Escritores que no criaron a sus hijos. No visitaron a sus madres enfermas. No cooperaron con el sistema de producción ni con sus esposas esclavizadas. También a ellos, escritores menores,



fracasados, llegó esa visión panorámica que revela el sentido de la vida.

Lowry buscó la aventura, fue marino, fue un precursor del aislamiento en los manicomios, un enemigo de la sobriedad y de la cordura, y se fabricó una ordalía de alcohol que lo llevó a la caída que en su código místico era la más deslumbrante victoria. Hubo un instante, solo tres meses, según su biógrafo, Douglas Day, en que logró transmutar el mezcal en literatura. Los tres meses llegaron en el punto donde acababa su juventud y empezaba el declive. Ahora podía utilizar todas sus aventuras y todas sus inquietudes intelectuales en un relato. Lowry fue un erudito al que la información le estorbaba. Un experto en vidas tomadas como destinos literarios. Ricardo Piglia observó que el gran tema de Lowry es el destino escrito, “no el hombre que escribe sino el hombre que es escrito por otro novelista, cuya vida es un texto”, y esa nueva distancia del sujeto hace que S. Wilderness crea vivir la vida escrita por Lowry en *Bajo el volcán*.

Al mismo tiempo, siguiendo la biografía de Douglas Day, Lowry impuso sobre el cónsul Firmin su propia guerra conyugal con Jan Gabriel. En los tres meses de 1938 en que escribió las 34 palabras que serían el primer borrador del volcán, estaba en Cuernavaca. Su amigo y mentor, el escritor Conrad Aiken, había llegado a México para

divorciarse y encontró a Lowry barbado, con un pantalón corto anudado con una corbata y sosteniéndose de un bastón rústico a causa de un lumbago. Le confesó que estaba escribiendo el primer borrador de su *magnus opus*. Pasaba los días nadando en una alberca de mezcal y su mujer Jan Gabriel lo abandonaba para pasar temporadas con dos amantes ingenieros que trabajaban al sur de México en una mina de plata. Aiken dejó registro de las escenas patéticas en que Gabriel ignoraba al marido y se paseaba ansiosa y malgeniada mientras Lowry, ya enterado, dejaba partir a la esposa con sus tacones infieles y se quedaba con el alcohol y la escritura. Le tomó tres meses escribir esa primera versión. Aún dudaba si Ivonne sería en el libro la hija o la esposa del cónsul Firmin. Aún era errático al ubicar el foco de las infidelidades de su esposa a las que fingía ser inmune en una figura próxima al protagonista. Pero dos años después, tras la reescritura del manuscrito perdido, y ya divorciado, decidió que Ivonne sería Jan, y que Firmin sería Lowry y que los ingenieros encarnarían en el primer grado de consanguinidad del dolor: el hermano del cónsul. De manera que Lowry también fantaseó su propio drama conyugal vivido en otro.

Construimos libros como si viviéramos en cuenta que no quedará nada, salvo la ruina. Una lápida. Un hijo.

Pompeya. Una novela. Un cuento. Un poema. Una ruina fija el paso del tiempo, por eso aspira a convertirse en arte. Lo que sobrevive es lo que será leído, y lo que será leído es lo que será recordado. Escribir una vida es como leerla, y leerla es descifrar las ruinas de esa vida. Cuando uno pasea sobre ruinas, tampoco está viendo el pasado: lo está inventando. Los *alter ego* de Lowry comparten en otros paisajes la misma angustia del día de muertos de *Bajo el volcán*: creen que al ver las ruinas, de Roma, de Pompeya, la voracidad de la selva del Darién o los ritos del paganismo mexicano, están viendo el pasado. Uno ve las ruinas, pero no está viendo el pasado. *Bajo el volcán* es un vaticinio y una interpretación. Un vaticinio del futuro y una interpretación del pasado. La ruina es lo que sobrevive, no lo que desapareció. *Bajo el volcán* es donde están las ruinas de la vida de Malcolm Lowry. ☺

lenteja
express
Hamburguesería
vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

Domicilios
Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

siguenos



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

A LA SALIDA NOS VEMOS

El título de esta crónica es una frase que fue casi ritual en los colegios de mi época, y entiendo que en las siguientes. Dos condiscípulos, por cualquier razón, se enzarzaban en una disputa verbal, agria y violenta que prometía pasar a mayores; se retaban entonces para dirimir el asunto a la salida de clases. Así se hacía, y los demás asistíamos a la reyerta con culpable regocijo. Un código no escrito prohibía emplear armas distintas a los puños; muchas veces no había vencedores ni vencidos, y al día siguiente solo quedaba de la lucha algún ojo amoratado, o alguna mejilla hinchada. Como por arte de magia, la paz se sellaba; y, ley casi fatal, al cabo de pocos días aquellos rivales pasaban a ser amigos entrañables. El porqué nunca lo supe, pero fui testigo del hecho más de una vez. La hermandad de la sangre.

Carlos Palau hizo una película con ese mismo nombre y tema. No la he visto, pero me gustaría; pues en pocas ocasiones nuestros cineastas se han ocupado del asunto; al menos, a fondo. Lisandro Duque y Carlos César Arbeláez tienen éxito manejando niños, pero rara vez los sientan en un pupitre. En fin, volvamos al colegio.

No siempre el duelo era a la salida. A veces, impostergable, se daba en el mismo claustro; o no se daba. Saco de mi memoria una partida de basquetbol, durante un recreo. L. y B. tuvieron un encontronazo deportivo, tan fuerte que llevó de inmediato al desafío físico. L., buen amigo mío en ese entonces, era ya conocido y respetado por la eficacia de sus puños. B. lo sabía, y, aunque más alto, rehuyó cobardemente la pelea, alegando argumentos pueriles; en dos palabras, se rajó. Poco después abandonó el colegio, sin llegar a bachiller. Pasados algunos años me lo encontré en la calle, portando un maletín de vendedor. Sentí en él algo patético, un aire de derrotado. No quiero caer en la simpleza de decir que aquella pelea rehuida decidió su destino. Más bien creo que desde siempre fue un *born loser*. Nunca más volví a verlo, ni tampoco a L. Alguna vez intenté escribir un cuento sobre ese episodio, pero también me rajé.

P.D.
No hablo aquí del siniestro *bullying*, o matoneo porque no viví de cerca ningún caso, aunque sé de muy buena fuente que los había, y tan terribles como ahora. Por lo demás, la cosa viene de vieja data. Un pasaje elocuente acerca de ese asunto aparece en la novela *Demian*, de Herman Hesse. Tengo aún el libro, pero no quise consultarlo. Hesse es un gran escritor para jóvenes, ansiosos de grandes verdades; después, por desgracia, las cosas cambian.

CODA

La última estación es el nombre de una crónica de Juan José Hoyos publicada hace poco en *El Colombiano*. Se habla en ella de Ligia Moreno, una dama nonagenaria que murió en la pequeña finca del escritor y su esposa ubicada en Cisneros. No pretendo contarla ni resumirla, solo quiero decir que me parece impecable; sugiero sí releerla con calma, para apreciar a gusto el arte y oficio de un gran escritor. Ojalá Hoyos la incluya en algún futuro libro; a ver si así aprendemos. ☺

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

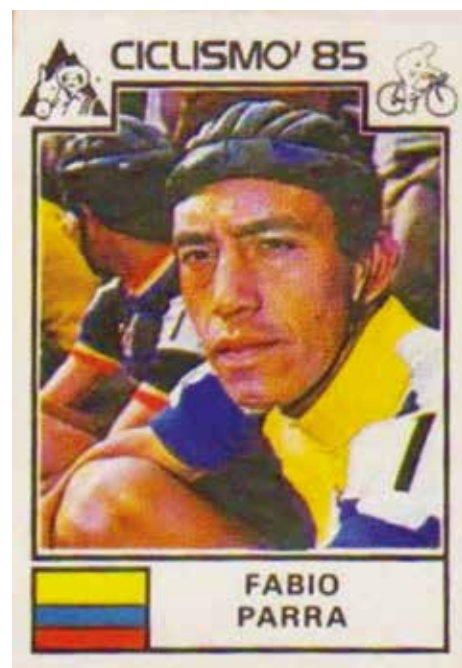
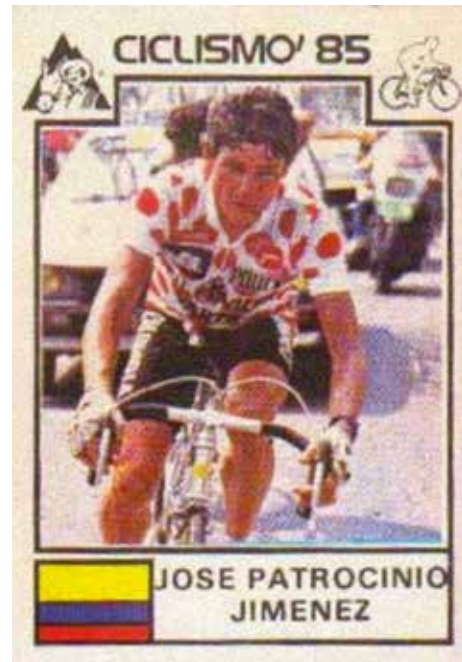
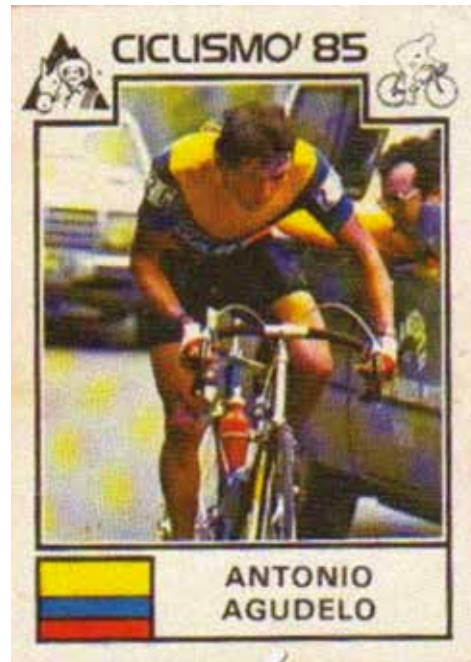
Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Hace treinta años Luis Herrera ganó la Vuelta a España. Los titulares de la reconquista nos rayaron el ojo y las narraciones del Paseo de la Castellana nos aturdieron. Cuatro colombianos terminaron entre los diez primeros. Dos años antes, Antonio 'Tomate' Agudelo obtuvo el primer triunfo colombiano en la Vuelta, en la etapa con final en el Alto de Campoo. Mitología de cumbres y escarabajos.

DE OGROS, ANJANAS Y NIEBLA

por **MARCOS PEREDA**

Imágenes: Álbum Ciclismo 85-Panini



Las coordenadas son inmensas. Un gran circo glacial que aparece limitado aquí y allá por cumbres con nombres de cuentos de hadas, de esos que son un poco demasiado adultos, un poco excesivamente terroríficos. Están Peña Labra, Cuchillón, también Cornón, Cueto de la Horcada, el imponente Cotomaniños. Y allí, enfrente, El. Imperturbable desde que el mundo se hizo mundo. Tan grande que los ciclistas, pequeños trepadores entre grises y verdes, parecen solo puntitos que juegan a hacer cosquillas a la montaña. Ellos se irán. Él queda.

El es el Pico Negro, más conocido como Pico Tres Mares. El nombre lo trae puesto por una situación excepcional: es el único lugar de la península ibérica donde confluyen tres cuencas hidrológicas. De aquel encrespado picacho, de aquella piedra arisca, cortada casi a escuadra, parten ríos que van a morir a todos los puntos cardinales. Allí nace el Nansa, que baja, borboteante y juvenil, hasta el mar Cantábrico. También el Pisuerga, que se encuentra con el Duero en la tierra donde ya no hay montañas y termina derramándose, manso, en la Oporto atlántica. Y por último el Ebro, el gran caudal, el venerable, el de los romanos, los griegos y los fenicios, el que concluye su vida en el *Mare Nostrum*. Los tres nacen allí, justo encima de Alto Campoo. En aquel espacio telúrico y mágico en el que los colombianos empezaron a conquistar el ciclismo de España.

Aquella Vuelta de 1985 iba a ser una carrera especial. Lo es aún hoy, cuando las más de las veces solo se la recuerda por su rocamboloso desenlace, entre nieblas y traiciones, en la sierra madrileña. Pero lo fue también en aquel entonces, en aquellos años ochenta de expansión y cambio. Uno de los elementos más destacados de la prueba fue la presencia de nada menos que tres equipos *amateurs*. Uno, la selección soviética, debutaba en una gran prueba de tres semanas con su aire arrollador y el bagaje de sus éxitos en Juegos Olímpicos, en Carreras de la Paz, en el Tour del Porvenir. Otro, el equipo norteamericano Xerox-Philadelphia, era la respuesta de los Estados Unidos que mandaban a Europa, también por vez primera, un conjunto que llegó cargado con gafas de colores chillones, peinados estrafalarios y una actitud hedonista muy alejada de la rectitud espartana que se supone a un profesional. Ah, y una mujer, Robin Morton, en el puesto de director deportivo. Jamás ha vuelto a suceder. Curiosamente, como el mundo es así de caprichoso y los mejores relatos son aquellos que beben de la realidad, americanos y soviéticos estuvieron alojados casi siempre en el mismo hotel. Al menos hasta que todos los pupilos de Morton abandonaron aquella competición absurda, alocada, que tan lejos estaba de sus posibilidades.

El más exitoso fue el tercer equipo amateur. Aunque este lo era de forma muy relativa. Lo patrocinaban la poderosa Café de Colombia y la fábrica de pilas Varta, y podríamos

describirlo como una auténtica selección Colombia. Allí estaban Fabio Parra, Lucho Herrera, Samuel Cabrera. También un joven llamado Antonio Agudelo que volverá a aparecer en nuestro relato.

Decíamos que el equipo tenía un amateurismo relativo por diversas razones. La primera tenía que ver con los propios medios que movilizaba, con un séquito comandado por Raúl Mesa y algunas importaciones más que curiosas, como los doscientos kilos de panela que acarreaban, en cantidad menguante, por las carreteras ibéricas. Detrás de ellos, y dentro de la más enraizada tradición informativa del ciclismo colombiano, los enviados especiales de Caracol Radio y Radio Cadena Nacional esperaban gritar los éxitos furibundos de los suyos.

Porque los colombianos no eran, ya no eran, desconocidos en Europa. En 1980 Alfonso Flórez se había impuesto en el Tour de l'Avenir. Tres años después un equipo bajo el patrocinio de pilas Varta debutaba en el Tour de Francia, con el propio Flórez como uno de sus abanderados, y mostrando desde el principio la fortaleza en montaña que iba a ser la marca cafetera durante años. Y el despegue definitivo llegó en 1984, cuando Lucho Herrera triunfó en la llegada mítica de Alpe d'Huez. Fue el primer *amateur* en ganar una etapa del Tour desde... más de medio siglo antes. Mostró al mundo una habilidad innata para trepar, enlazada en kilómetros y kilómetros de ascensos durante la Vuelta a Colombia. Todos se ilusionaron con aquellos rostros nuevos, con esa forma de correr tan atractiva, tan alejada de los estándares europeos. Si se adaptaban un poco más podían aspirar a todo. Y a España habían ido a demostrarlo.

Porque aquellos "amateurs" llegaban a la Vuelta con ambiciones. No querían ser comparsas, ya no eran tiempos para pagar novatadas. Jamás un conjunto sudamericano había competido en la gran carrera española, pero ellos no pretendían solo aprender. Iban a por todas, y buscaban, además, una adecuada puesta a punto de cara al gran objetivo de cada año: el Tour de Francia. Moverse en pelotones europeos, hacer frente a las grandes llanuras, colocarse bien en embalajes y frente al viento... todos los errores que pudieran ser matizados iban a tener en aquella Vuelta un buen banco de pruebas. Sin renunciar a nada. Por eso días antes de comenzar entrenaron en tierras asturianas, en la mítica subida a los Lagos de Enol, esa que, dijo Hinault, había que subir con un piñón de 23 dientes, "mientras que en el Tour nunca he usado más de 21". Pues los colombianos se dedicaron a embestirla como locos, subiendo y bajando aquella montaña de bruma y piedras a tirones, a estacazos, a ritmos insostenibles. Subían con un piñón máximo de 17 dientes. La prensa se enteró. Y cundió el terror. Si hacían eso entrenando, qué no podrían preparar en competición...

Tardaron poco en demostrarlo. La segunda etapa presentaba un terreno quebrado, rompepiernas. Apenas pequeños repechos de los que, contaban, no les iban bien a los colombianos. Porque eran cortos, porque eran apenas colinas, porque no hacían cosquillas al cielo como las montañas de su tierra. Pero qué más daba. En la primera cuesta, en la primera ocasión en que el

asfalto mira al cielo, ellos aceleraron. En oleadas, sin descanso. Cada vez que el camino se empinaba un colombiano, camisa de Varta y Café de Colombia que ribeteaba en blanco los colores de la tricolor, ponía ritmo en cabeza. Pedaladas pesadas, sostenidas, arrastrando multiplicaciones imposibles de seguir para los europeos. Aquellos ciclistas pequeños sembraron el pánico. Lo que era una jornada de transición se convirtió en un infierno, con deportistas llegando de uno en uno a la meta de Zamora como si se tratase de la más dura maratón alpina.

Y en el pódium, simbolismo. Quien se viste de amarillo es un joven neoprofesional que a sus veinte años se convierte en el líder más bisoño de la historia de la carrera. Grandote, moreno, responde por Miguel Indurain y dominará esos años noventa que tan perniciosos fueron para el ciclismo colombiano. Arrebató el primer puesto a Bert Oosterbosch, un holandés pelirrojo, potente, que había ganado el prólogo. Oosterbosch fallecerá cuatro años después por un paro cardíaco mientras duerme. No son pocos quienes identifican esta muerte con el consumo de una nueva sustancia dopante, aun poco conocida, llamada EPO. La que convierte la sangre en barro. La que cambió el ciclismo a partir de entonces, arrastrando tantas cosas. Iconos, como señalábamos.

Pero aún no hemos llegado a eso, seguimos en 1985 y todos somos inocentes, y se cree en la limpieza y el espíritu honorable, y, sobre todo, aparece un puñado de amateurs que está revolucionando la forma de entender el ciclismo con su manera alocada y espectacular de afrontar (y afrentar) la montaña. Trepadores que aún no han logrado imponerse jamás en un parcial de la Vuelta.

No podrá ser, tampoco, en los Lagos de Covadonga, el puerto que tantas veces habían subido entrenando aquellos días, el que conocían como la palma de la mano y donde habían dejado regueros de terror entre quienes asistieron a su preparación. A la hora de la verdad los colombianos montaron desarrollos "más europeos", y no consiguieron imponer sus fuerzas en aquella montaña agreste de piedras y agua. Lo intentó Lucho Herrera, lo intentaron Fabio Parra y Pablo Wilches. Incluso probó otro de los grandes protagonistas de la carrera: Francisco 'Pacho' Rodríguez.

La de Rodríguez era, ya a esas alturas, historia vieja y mil veces contada. Siempre entre susurros, entre pequeños silencios que decían más que escondían. Corre en 1985 en un equipo español, el Zor de Javier Minguéz, después de haber abandonado el año anterior cuando era líder de la Dauphiné Libéré. La misma que ganó Martín Ramírez ante un enfurecido, colérico, Bernard Hinault. La que encierra historias de la más sucia novela negra. Insultos, sobornos, compras de resultados, juego sucio, malas artes. Pero ese es otro relato...

El de 1985 está, aún, por escribirse. Y lo hará en las tierras de Cantabria, por entre cumbres que son verdes y grises de niebla y a veces negras por tormentas. Bosques que empenachan nubes que guardan lluvia. Silencio y petricor. CUNETAS llenas de agua, musgo, hierba que asoma, traviesa, en la parte central de la carretera. Puertos que llevan de un valle a otro, que se retuercen y se pierden más allá de donde alcanza la vista. Frío, a veces, chimeneas en los bares, cristales que repican con gotas de lluvia, con granizo. Eso es Cantabria. Y es allí donde encuentra un pequeño colombiano su día más grande.

La etapa es rara, frenética. En mitad de la trilogía de los Collados (tres subidas no muy largas pero bastante

indias, perfectamente enlazadas que llevan a los ciclistas por el corazón de Cantabria) a Perico Delgado se le cruza un cable y sale al ataque del francés Pascal Simon. Nada raro, si no fuese porque Pedro es el líder, se ha impuesto con cierta solvencia el día anterior en los Lagos y aparece, a esas alturas, como máximo favorito para la victoria final. De ahí que su movimiento pareciera a todos una excentricidad. Y así queda demostrado cuando, en la bajada de la Collada de Carmona, Perico Delgado se corta del grupo de los mejores. Uno donde ya solo aguantan cinco ciclistas. Son Millar, Pacho Rodríguez, Peio Ruíz Cabestany, los más fuertes de la carrera. También está Samuel Cabrera. Y él, claro, José Antonio Agudelo. Al que llaman Tomate por sus mofletes enormes y sonrosados. Tomate tiene veinticinco años pero no es, ni mucho menos, un recién llegado. Antioqueño de Donmatías, Antonio ha destacado desde antes de cumplida la veintena en carreras de Colombia, con grandes actuaciones en la Vuelta de la Juventud, el Clásico RCN o la misma vuelta nacional. Pero es que además fue uno de los que acompañaron a Lucho Herrera en el histórico Tour de 1984, el del Alpe d'Huez y Fignon de tricolor persiguiendo a Luis de tricolor. Al final de aquella prueba Agudelo quedó decimonoveno, tan solo por detrás de Acevedo y Flórez entre los de su equipo. Un buen puesto, una muestra de su poderosa *endurance*. Dicen de él que no es escalador de grandes pendientes, que prefiere las inclinaciones moderadas, los altos de gran longitud. Y que tiene, además, una envidiable punta de velocidad. Allí, en Cantabria, va a tener la oportunidad de demostrarlo. Si le dejan.

Las subidas de Palombera y Alto Campoo se empalman con apenas una corta bajada entre ellas, conformando el único ascenso de cuarenta kilómetros que lleva a los ciclistas desde casi el nivel del mar hasta cerca de los dos mil metros. Territorio áspero, sin rampas imposibles, pero de esfuerzos mantenidos. Territorio ideal para el escarabajo.

Palombera es un lugar especial, mágico. Una lengua de asfalto raído y descarnado que trepa por entre bosques cerrados de encinas y robles, que en Cantabria llaman cajigas. Pero muy cerca de su cumbre los árboles se abren, y

mires donde mires solo hay praderas, verdes eternos, también algunos dolmenes misteriosos que parecen conservarse en equilibrio únicamente gracias a sortilegios muy antiguos y muy paganos. Es un espacio feérico, electrizado, donde los relatos fluyen de manera particular. Aquí dio Luis Ocaña su última gran demostración como ciclista profesional, en el año 1976, entre paredes de algodón que, cuentan, son en realidad niebla. Aquí, más allá de los muros de la solitaria venta que hay casi en su cima, susurran algunos que viven ojáncanos y anjanas, los ogros malos y brujas buenas de la mitología cántabra. Y, si no es verdad, bien pudiera parecerlo.

Por allí suben, aquel último día de abril de 1985, los ciclistas más fuertes de la carrera. Realmente el Tomate no tenía que estar con ellos, porque en su calendario no aparecía prevista la Vuelta a España. Pero poco antes del comienzo Patrocinio Jiménez, el viejo Patro, se lesionó. El sustituto sería Agudelo. A veces la historia tiene estos caprichos, estos arabescos de relato imposible. Por detrás Pedro Delgado vomita, pierde su amarillo, entierra cualquier opción que pudiera tener en la general. O eso parece.

El ascenso definitivo a Alto Campoo, justo a los pies del Pico Tres Mares, sigue idéntico guión. Los más fuertes por delante, a tirones de Millar o Pacho, a golpes de riñón para alcanzarlos los otros tres. Hasta que se llega a los últimos metros, casi llanos. Territorio vedado para los americanos, parece. Peio que lanza el *sprint*, poderoso, imperial. Millar que responde con las mejores piernas del pelotón. Y lo anómalo que alcanza a suceder. El pequeño Tomate hace girar más y más rápido sus bielas, agacha la cabeza, casi toca el manillar con la nariz, aprieta los dientes hasta que estos rechinan. Acomete el embalaje, remonta metros, vidas, sobre el asfalto de mojada primavera que hay en aquella estación invernal. Lo imposible llega. Adelanta a todos los demás. Cien metros, cincuenta, veinte.

Casi en la misma línea de meta se puede ver a un aficionado portando una enorme bandera de Colombia, completando una fotografía icónica. Alza los brazos. Se convierte en el primer escarabajo en ganar una etapa de la Vuelta a España. Y, entonces, el delirio.

Los enviados colombianos se lanzan sobre su corredor. Caos, gritos, risas. Peio Ruíz Cabestany, que es nuevo líder, se aleja unos metros buscando aire, tranquilidad. Allí, en mitad de una montaña eterna, todos rodean al Tomate. Ha hecho historia. Hay cuatro cafeteros (Agudelo, Cabrera, Rodríguez y Parra) en los diez primeros de la etapa. Tres de ellos repiten entre los diez primeros de la general. Solo falla Cabrera. Café de Colombia-Varta se pone primero en la clasificación por equipos, Cabrera y Pacho son tercero y cuarto en la Montaña. Es un festín.

De ahí en adelante, cierto desencanto. No por los resultados, sino por lo que pudo haber sido y no fue. Porque Pacho vence en dos etapas consecutivas, se pone a un puñado de segundos del líder Millar, parece el mejor colocado para alzarse con la victoria. Pero llega la etapa con final en las Destilerías DYC, una de las más fascinantes, misteriosas y polémicas de las últimas décadas. Y Perico Delgado voltea por completo la carrera, ante la impotencia de un Millar que clama a los cuatro vientos por un complot, una conspiración en su contra. Pacho, callado y prudente, guarda silencio, pero también él podría hablar. Sobre la razón por la cuál su equipo no defendió su segundo puesto, sus opciones de victoria. Sobre por qué no se lanzó a un último ataque desesperado para recortar los escasos diez segundos que le llevaba el escocés. Sobre qué ocurrió realmente entre aquellas nieblas, algo distintas, más oscuras y espesas, de la sierra de Madrid...

Pero en aquel momento nada de eso se sabía, y todo era alegría, delirio. Incluso algunos llantos hubo. Algo tan grande, un camino nuevo que se abre, una senda virgen por la que transitar. Más tarde llegarán Herrera, o Parra, o ahora Nairo. Pero el Tomate Agudelo siempre podrá decir que fue primer conquistador.

Su carrera no volvió a brillar a esos niveles. Al año siguiente, 1986, probó suerte en Europa. Fue en el Teka, curiosamente el equipo afincado en aquella Cantabria que lo vio triunfar. Quizá buscaba el Tomate memorias, el aroma dulce y húmedo de aquella bruma agradable y misteriosa que un día se le quedó pegada para siempre en el maillot. La que habría de recordarle, aun hoy, su más famosa gesta. ©



Ruleta de vitrinas

por JUANGUI ROMERO TORO

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Ahí va otra... Y otra... Y otras dos más. Faltan pocos minutos para las siete de la mañana del sábado que antecede el día de la madre, y mientras recorro sin rumbo las calles del famoso Hueco de Medellín, las veo pasar muy apuradas, camino a esos pequeños almacenes donde trabajan día a día. Ahí vienen otras tres, cuál de ellas más arreglada. Todas caminan muy vanidosas y visten a la moda, con sus rostros perfectamente maquillados, como si fueran para una sesión de fotos. “Mero madrugón, mija” son las palabras que muchas de ellas usan para saludarse y reafirmar su colegaje a tan tempranas horas. El Hueco ha decidido abrir sus puertas mucho antes de lo habitual, con la promesa de una gran rebaja en sus precios para quienes compren antes de las diez de la mañana. La abundancia de centros comerciales y las certezas de la recesión han puesto a estas coloridas abejas a zumbear mucho más temprano, con la ilusión de salir triunfantes en una de las jornadas más movidas en la zona de mayor tradición comercial de la ciudad.

Pasan los minutos y lo del madrugón no pinta bien. Desde las aceras veo que en lugar de los tumultos que imaginaba, las vendedoras conversan en pequeños grupos en medio de los pasillos o ya parapetadas en sus vitrinas. Decido meterme en Metroplaza —según cuentas, en El Hueco hay más de setenta centros comerciales—, y veo que varias de ellas revolotean de aquí para allá con algunas prendas, otras inflan las bombas para decorar las pailas de las promociones y otras más escriben en pequeñas cartulinas los atractivos precios del día. No falta la que amenaza a su compañera con estallararle cerca del oído uno de los globos, mientras las primeras clientas, un par de cincuentonas, aparentan enojarse ante semejante pilatuna; un fingido reproche que les sirve para romper el hielo con las vendedoras. Así es El Hueco, un lugar que excede el acartonamiento dominante en los grandes centros comerciales. Un sitio donde la publicidad en forma de volantes, las bombas como decoración, los animadores con micrófono en mano —estrategias anacrónicas según los expertos en mercadeo— siguen dominando el estruendo comercial. Un entramado de pasillos y recovecos en el que por más de tres décadas el “qué buscabas, corazón” ha tenido por eco el “cuánto es lo menos, mi amor”.

Sin embargo, es pertinente aclarar que el verbo regatear se ha paseado en esta zona de la ciudad desde finales del siglo XIX, cuando apenas se incubaba el legendario Guayaquil. En un pasado remoto lo conjugaban quienes iban a la plaza cubierta de Cisneros, hasta que esta se incendió o la quemaron, nunca se sabrá; en un pasado más reciente, lo utilizaban los vendedores al por mayor de legumbres y abarrotos

del extinto pasaje Sucre, quienes se fueron para la Central Mayorista a comienzos de los setenta, y también los que vendían al detal en el famoso Pedrero, trasladados a la Minorista en 1985. Esto por citar solo lo relativo a la comida, porque en Guayaquil todo podía regatearse: un pasaje, un corte de paño, un sombrero, unos zapatos, unos tragos, unos besos, una cama y hasta una puñalada. El escenario lo completaban la estación del ferrocarril, los paraderos del transporte urbano e intermunicipal, los almacenes, los bares y los hoteles que alojaban a los miles de campesinos que llegaban año tras año para estrenarse como ciudadanos.

Y fue precisamente en un bar de Guayaquil, el Avantino, situado en el primer piso de un hotel, el Monserrate, donde eso que hoy llamamos El Hueco, tiene su antecedente más directo. Muchos de los que éramos niños en los años ochenta fuimos convidados por nuestras madres para recorrer este sector de la ciudad en busca de esa sobrecama o de la porcelana que luego concentraría los elogios de las vecinas; eso sí, siempre aderezados por dos palabras inseparables: San Andrésito y contrabando. Un amigo recuerda que su madre hablaba de “Elvia, la contrabandista” casi como una marca que acentuaba el pedigrí de los electrodomésticos de su casa. Como su nombre lo sugiere, comprar en el San Andrésito era viajar a través de otro a la isla de San Andrés, el puerto libre de Colombia. En 1953, el general Gustavo Rojas Pinilla lo declaró como tal, en contraposición a un modelo económico proteccionista muy fuerte.

Así las cosas, los colombianos podían traer diversos artículos comprados en San Andrés sin pagar aranceles hasta un cupo relativamente alto. Por eso, se volvió muy atractivo volar hasta la isla

para conocerla, disfrutar de sus playas y comprar relojes, perfumes, licores y, sobre todo, adquirir el máximo representante de la modernidad por entonces: el televisor. Según el Dane, antes de la declaratoria, San Andrés tenía un poco menos de seis mil habitantes y veinte años después sus pobladores ya sumaban cerca de veinticinco mil, entre quienes se contaban numerosas familias árabes y no pocos rebuscadores paisas. Se dice incluso que muchos comerciantes les pagaban a sus amigos todo lo relativo al viaje y la estadía, solo para apropiarse de sus menajes, tal como se le decía al cupo de importación del que disponían los viajeros.

¿Y dónde se concentraban algunos de estos viajeros? En el café Avantino; ¿y dónde guardaban las mercancías? En las piezas del hotel Monserrate; esto es, cerca de donde hoy queda la estación San Antonio del metro. Hasta allí llegaban los revendedores e incluso muchas señoras que recorrían dichas habitaciones para ver qué novedad había llegado. Un modelo que se extendió a otros hoteles del sector como el Montaña o el Alcázar, hasta derivar años después en los famosos San Andresitos, un rótulo que se fue apagando en medio de los frecuentes operativos policiales y las protestas de quienes perdían sus mercancías consideradas ilegales. Sin embargo, todavía es posible apreciar en algunos de los centros comerciales más antiguos de la zona, situados en Maturín o Ayacucho, algunas evidencias que dan cuenta de su pasado como hoteles. Estrechos corredores, renovados con baldosas de cerámica; patios cubiertos que ahora son aprovechados como locales o unas escaleras, cuyas incómodas curvas son disimuladas por modernos pasamanos tubulares.

Lo que sí ha prevalecido, incluso en las recientes construcciones del sector,

cada vez más iluminadas, con modernas escaleras eléctricas y amplios ascensores que no tienen nada que envidiarles a los más encopetados centros comerciales de la ciudad, son los pequeños almacenes que los configuran; uno de los principios del éxito de esta zona: almacén chiquito, bodega grande. En El Hueco las vitrinas con bicicletas antiguas; cabinas telefónicas, estilo Londres; maniqués dispuestos en coreografías son una verdadera rareza. En consecuencia, la gente va a comprar y no a loliar. Por eso, las paredes se cubren con la mercancía y las vitrinas se mantienen repletas, la abundancia llama la abundancia, digo yo, dándomelas de analista. “A la gente le gusta el fógón, la pelotera”, así lo explica Maribel Álvarez, una vendedora que lleva veintidós años en el sector; yo apenas llevo una semana y, por demás, dedicado a cazar pequeñas escenas.

Una que me llevó a conocer a otra vendedora de gran experiencia partió de las siguientes palabras: “Mujer, ¿vamos a vestir a tu madre como nos gustaría verla o como ella se viste en realidad?”. Una pregunta retórica que significó la venta de una chaqueta. Yo, a unos pasos, pude ver el plano y el contraplano de la situación, como quien sigue un tutorial en Youtube. Unos segundos antes, la clienta le había devuelto la chaqueta a la vendedora después de apreciar cada uno de sus detalles. Su cuerpo parecía decidido a marcharse, pero sus ojos seguían sobre la prenda. El momento justo para soltar esa poderosa pregunta que a todas luces cuestionaba la relación madre-hija; o al menos así la entendí yo, que nunca pude acertar con ninguno de los regalos del día de la madre. Todo me pareció de antología: el tono, la mirada, el tuteo y, sobre todo, ese plural que tanta cercanía generó en la compradora.

Su respuesta final lo sintetizaba todo: “...Tenés razón, a ella le gustan estas chaquetas así. Esperemos que pase esta fiesta y te la traigo para que me ayudes con una de esas blusitas de seda”.

Cómo no pensar en El Hueco como una gran escuela en ventas si unas horas después de haber presenciado el negocio de la chaqueta, mientras caminaba por los hermosos corredores del antiguo Palacio Nacional, convertido desde 1994 en el centro comercial Palacio Nacional, un vendedor de unos veinte años me dijo al verme pasar: “Parcero, dígame qué necesita que estoy que me vendo”. Me lo dijo en un tono suplicante, ansioso, juntando sus manos de tal forma que no me quedé otra que reírme, mientras oía su insistente voz sobre mi espalda, pidiéndome que le diera una oportunidad. Unos minutos después, cuando decidí regresar con la idea de entrevistarle, lo vi convertido en otra persona, que esta vez en un tono muy serio le aseguraba a un hombre de unos treinta años que él vendía unos tenis que se parecían mucho al vestuario que este llevaba: “Todo lo que tengo en este almacén parece suyo, déjeme asesorarlo sin compromiso mi amigo”, fue su argumento final. El hombre, al igual que yo, sonrió mientras avanzaba a su lado. ¿Era este joven un buen vendedor o solo alguien muy divertido? No lo sé, volví a pasar de largo, lanzarle unas cuantas preguntas no resolvería el tema.

Los manuales dicen que un buen vendedor además de hacer mucho dinero, también hace clientela. A medida que avanzaba el día vi toda clase de vendedores. Estaban las que les mostraban a los clientes muchas camisas a la vez; las que se concentraban solo en una; las que aseguraban tener la medida justa entre la punta del dedo gordo y el remate del zapato; las que repartían

hojitas bañadas en perfumes, con los nombres de las fragancias; las que seguían aferradas al “qué buscabas, corazón” o los que simplemente esperaban en silencio que el cliente los abordara; aunque supongo que todos cambian sus estrategias, dependiendo de la hora, el día, la temporada, el tipo de producto o incluso, su estado de ánimo.

Lo cierto es que la historia de El Hueco se ha escrito a partir de las habilidades como vendedores de miles de personas provenientes del Oriente antioqueño. La mayoría comenzaron con un puesto ambulante, pasaron luego a un pequeño local y, en muchos casos, lograron consolidar un negocio grande; y durante el proceso, involucraron a un hermano, un primo, un amigo, un paisano, que religiosamente ha continuado con esta red de apoyo al extenderla a otros coterráneos. No en vano, suelen casarse entre ellos, y más todavía, formar una suerte de colonias a donde van. Se dice, por ejemplo, que el barrio Buenos Aires está repleto de santuarianos y Villa Hermosa, de granadinos, por mencionar solo estos dos municipios.

A la que sí entrevisté fue a la vendedora de la chaqueta. Carolina Rueda, una mujer muy elegante, de unos 45 años, quien me contó que su secreto consistía en conocer todo el surtido de su almacén a la perfección, y no se trataba de una respuesta cliché. Además de ser la dueña del local, es una empresaria que coordina todas las fases del proceso: compra las telas, paga por el diseño y la confección de las prendas que ella misma les muestra a sus potenciales compradores, con el apoyo de una pareja de jóvenes que atienden junto a ella el local 120 del centro comercial Venaver. En suma, es la creadora y responsable de su propia marca, llamada Lecar.

Las marcas, he ahí el dilema. Para muchos, la energía que activa ese inabarcable engranaje que solemos llamar consumismo; o para efectos de este escrito, la manija que empuja esa gran rueda que todos en Medellín conocemos como El Hueco. Antes, la idea era solo revender lo que llegaba de afuera; hoy, son cada vez más los que fabrican y distribuyen sus propios productos. Antes, se hablaba solo de los San Andresitos; luego, muchos pasajes y centros comerciales recibieron los nombres de las calles que unían: Ayacucho, Carabobo, Pichincha, Maturín, Cúcuta; después, irrumpieron los nombres asiáticos: Singapur, Japón, Shanghai; más tarde, los americanos: Miami, Hollywood, Manhattan; y hoy ya se habla del Gran Plaza y de Megacentro, la orden de salida al histórico Éxito de Guayaquil.

Antes, todo se limitaba a traer la mercancía desde San Andrés, Maicao o Panamá; luego, la compraron en Estados Unidos; y hoy, muchos importan inmensos contenedores desde



China, en muchas ocasiones, repletos de productos que ellos mismos han mandado fabricar. Pero antes y ahora ha existido y seguirá existiendo la suplantación de marcas, incluso, las de carácter local. Para la muestra, el botón más grande. Cuando alguien quiso montar El Hueco en Bello, se enteró de que este nombre sin garbo alguno, ya era una marca registrada. Raúl Echeverri, uno de los líderes de Asoguayaquil, la asociación más antigua de comerciantes del sector, creada hace veinticinco años, lideró esta iniciativa al dimensionar que ningún otro apelativo sería tan recordable para referirse a los más de cinco mil locales encerrados, por ahora, entre la carrera Bolívar y la avenida Ferrocarril con las calles San Juan y Colombia.

La zona de la ciudad donde cualquier cosa se puede volver de repente un virus. Desde que empecé a recorrer El Hueco, hace unos cuantos días, he visto miles de rosas en relieve en camisetas, gorras, conjuntos, blusas, vestidos, chaquetas; grandes, pequeñas, alargadas; rojas, doradas, azules; solas o en ramos; en los almacenes de los primeros y los últimos pisos, y también en los puestos ambulantes de las calles. Son tantas que al principio soñaba con sorprenderlas mientras brincaban de una tela a otra; pero claro, vi a una señora que llevaba un manojito suelto, sin tela alguna, y entonces supe cómo operaba uno de los tantos milagros chinos en formato país. Cientos de mujeres las cortan y las fijan a punta de calor, otras tantas las venden y miles más las lucen muy orgullosas de estar a la moda. En El Hueco se consigue la tela, el accesorio, el complemento y la máquina para crear una nueva prenda o para interpretar, homenajear o expresamente plagiar la que está causando furor en Los Angeles o París; Dios bendiga internet.

Pero, ¿quién define que sea una rosa y no un girasol? Puede ser el espíritu de Kim Kardashian, que a cada tanto recorre El Hueco, tal como me lo cuenta Andrés Acosta, un profesional de la administración que hace nueve años decidió romper su historial de empleado. Inspirado en las conversaciones casuales de sus tías se inclinó por el mundo del maquillaje, sin tener experiencia alguna en el tema y viajó a los Estados Unidos, donde gestionó la representación de una marca de cosméticos llamada Jordana. Lo demás fue persistencia y enfoque; bolsita en mano, puesto por puesto, se la pasó varios meses repartiendo muestras gratis, mientras sus inspiradoras tías y las amigas de estas murmuraban que la familia estaba estrenando loco. Sí, fueron varios meses sumando en unas pocas ocasiones y restando en las demás, hasta que un buen día, la Kardashian mostró en las redes sociales su exótico ciberlabial, un tono morado que en el portafolio de Andrés figuraba como Matte Dare, y que, por cierto, nadie le pedía. Llegó entonces, el mes para multiplicar en vez de sumar y restar. Él no era el único que lo vendía, los había más caros y más baratos, pero siempre estuvo presto a entregarlo lo más pronto posible a quienes se lo pedían. El Hueco es velocidad y precisión, según sus palabras. En la universidad nunca le habían enseñado que una docena puede tener dieciséis piezas o que el precio de venta de un producto puede cambiar en minutos como si se fijara sobre arena; eso lo aprendió por aquellos días, al moverse de vitrina en vitrina en El Hueco, escuchando a sus nuevos profesores: las vendedoras de los locales y esos viejos comerciantes capaces de predecir los movimientos del mercado, aunque todavía lleven los inventarios de sus negocios en tarjetas manuales, tipo Kardex, mientras él lo tiene todo sistematizado y medido mediante gráficos de comportamiento que no leen las ciberlocuras de la Kardashian.



Algo similar vivió Natasha Giraldo, una alegre mujer de 37 años, tatuada en ambos brazos, que llegó a la zona después de haber estudiado patronaje en el Sena, cuando todavía era una adolescente. Otra vendedora que con los años aprendió a leer las enormes posibilidades de crecimiento que genera volverse la diseñadora y confeccionista de una marca propia; "siempre y cuando sigas yendo con tu bolsita de puesto en puesto, ofreciendo tus productos y analizando sin el ego de por medio qué funciona y qué no", aclara. Lo suyo es el universo juvenil: bermudas, camisetas, camisas, pantalones; y sus marcas La Kapital y D.A.S. En 2015, Versace lanzó una camiseta estilo cola de pato, muy similar a la que después impulsara Maluma. Natacha comprendió rápidamente la potencia de este diseño, sumado a los grandes números y los colores que también estaban en furor, y a esto le añadió sus marcas atravesándolo todo.

Cuando yo digo receta; ella se refiere al ABC; cuando le pregunto si fue gracias a Maluma, ella de inmediato busca en su celular las fotos de una linda morena de Moravia que montó en las redes sociales, una foto cual rapera luciendo su camiseta en medio de unas cortinas doradas. Para ella, ahí comenzó todo, de repente un chico, dos más, una pareja, un grupo, otro más comenzaron a preguntar en todo El Hueco por las camisetas 00 de D.A.S y 07 de KPT. Y entonces, la rueda comenzó a girar cada vez con más intensidad. Empezaron a llamarla una y otra vez de todos los almacenes, y luego de varias ciudades, y ese fin de semana ella ya identificaba ahí mismo, en El Hueco, en los almacenes contiguos al suyo, en los puestos ambulantes de las calles, un sinnúmero de falsificaciones de sus diseños; llegó a ver camisetas que tenían el diseño de D.A.S en la espalda y el de KPT en la parte delantera, doble suplantación, reinterpretación, vil plagio; simplemente una vuelta más de la gran rueda, que en esta ocasión duró un mes girando.

Ese es El Hueco, un centro comercial hecho de centros comerciales, donde paradójicamente, las tarjetas débito y crédito no funcionan como en otros sitios de la ciudad. Una zona donde todavía se utilizan las bolsas negras o a rayas para empacar los productos. Un lugar donde se pueden conseguir juguetes anacrónicos como los trompos, las pirinolas o las pistolas de totes. Un sitio donde los mitos también ruedan sin parar. Se habla de puertas falsas, de inmensas cajas fuertes, de hombres con aspecto de campesinos que cargan sus carrieles repletos de billetes. Son las cuatro de la tarde, y ahora sí, la procesión de compradores se mueve convencida de que todos hallarán lo que andan buscando para sus madres, o al menos, algo muy parecido. Una galopada de hombres y mujeres de todos los estratos que pasan de un recoveco a otro, ilusionados con ahorrarse unos pesos. Yo lo miro parado en uno de los ventanales más altos de la zona, desde donde también veo una inmensa valla en la que una hermosa rubia se halla cómodamente sentada en un sofá de cuero, ¿o será de cuerina?, no lo sé, quien luce muy segura porque a sus pies hay un estilizado globito en el que se lee: mis principios no son negociables. ©



EMBUTIDO ARTESANAL



ítaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

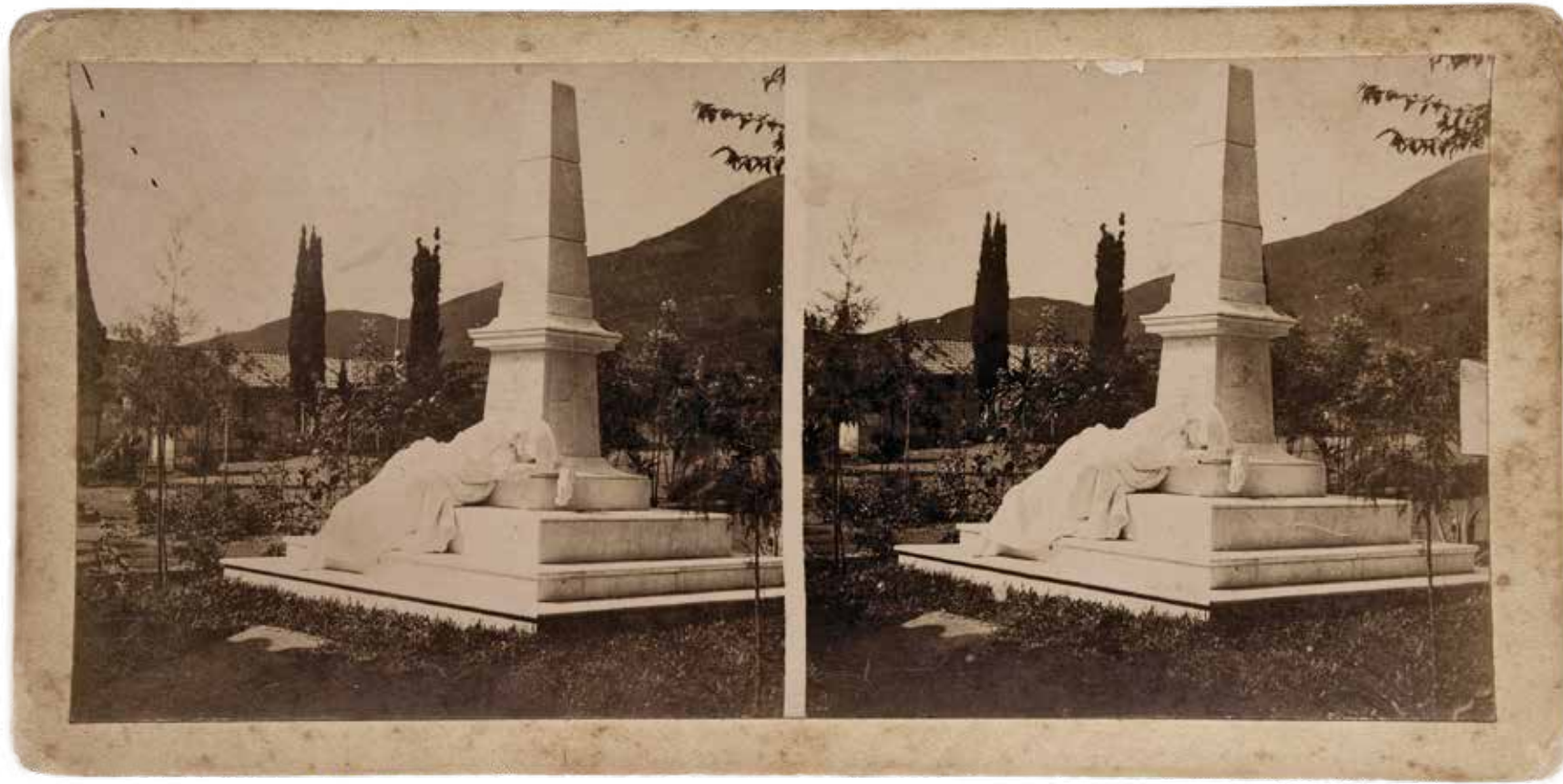
Carrera 42 # 54-60

John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.



Boston Bar Café

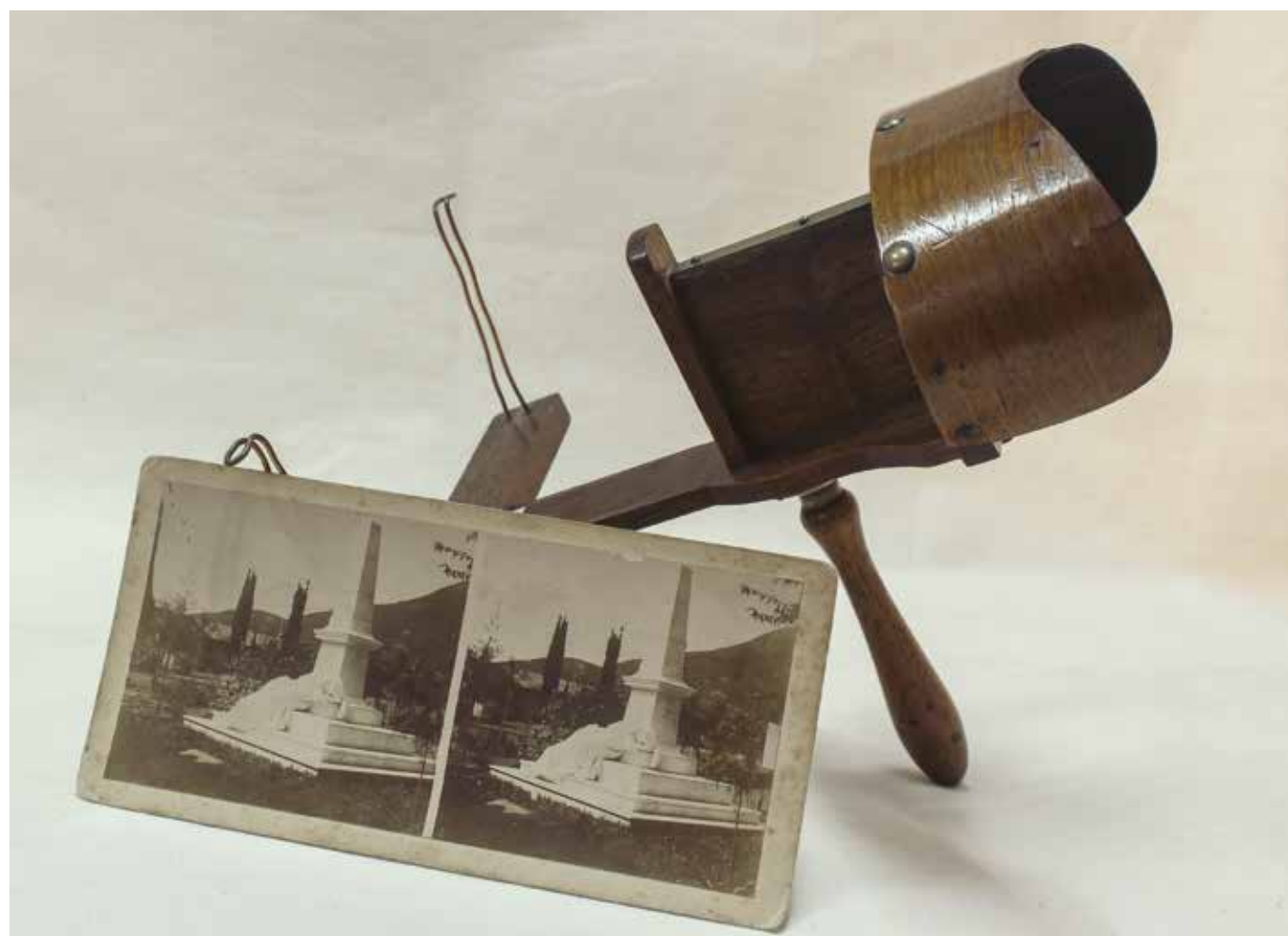
Cra 42 con Cille 54 • Atendido por su propietario



Amor de madre en 3D

Visitantes, curiosos y deudos que han pasado por los jardines y galerías del Museo Cementerio San Pedro seguro han visto la figura de una mujer que yace desconsolada sobre una tumba en el mausoleo dedicado a José María Amador. La escultura de mármol, finamente hecha para responder tanto a la posición de una familia adinerada como al dolor de la pérdida, es un homenaje a la consumación de un amor que traspasa las barreras de la muerte: el amor de una madre por su hijo. La mujer en la escultura representa el sentir de doña Lorenza Uribe Lema, esposa del “Burro de Oro”, don Coroliano Amador, padre del difunto.

Esta imagen, tomada por Paulo Emilio Restrepo en 1885 y conservada hoy en la Biblioteca Pública Piloto, se encuentra junto a otras fotografías del mausoleo de José María. Pero esta es especial por el formato estereoscópico. La estereoscopia consiste en generar la ilusión de volumen y profundidad. Se logra con dos imágenes idénticas, aunque ligeramente distintas en la perspectiva. Deben observarse a través de un visor para que el truco funcione. Palabras más, palabras menos: estamos ante una fotografía 3D, con gafas incluidas. Paulo Restrepo, fotógrafo pionero del formato estereoscópico en Medellín a finales del siglo XIX, juega con las perspectivas retratando el mausoleo mandado a hacer por doña Lorenza. Pero la profundidad de este objeto no se limita a la ilusión óptica, sino a la pena de una madre, que trasciende toda realidad de muerte para evidenciar su amor eterno.



 universocentro

centrodemedellin.co

Un mapa para perderse

Una **enciclopedia urbana digital** con más de ciento cincuenta historias geocalizadas en ciento veinte lugares de la siempre Candelaria.





Descargue la aplicación Centro de Medellín para iOS y Android



Historias publicadas durante ocho años en papel periódico y en nuestros libros. Cincuenta autores, galerías fotográficas y audiovisuales. Una cartografía periodística que amplía sus límites.

Es un proyecto de:

 universocentro

Anfitriones:





Aliados institucionales:






Apoyan:

Alianza Francesa | Banco de la República | Museo Cementerio San Pedro | Teatro Prado El Águila Descalza | Museo Casa de la Memoria

Bastenier me hizo llorar dos veces

por JUAN MIGUEL VILLEGAS

Ilustración: Tobías Arboleda

Desde el primer día, Bastenier se ensañó conmigo. Él era un periodista de raza, un purista, un apóstol, un capitán del periodismo diario. Un viejo zorro de las redacciones, defensor de los estándares de la profesión en su versión más exigente: rigor idiomático, equilibrio informativo, cultura general, independencia intelectual, visión internacionalista, y todo eso con velocidad, para ya.

Era, además, un hombre lleno de humor, un humor condensado en balas de ácido, en frases contundentes y observaciones corrosivas que poco a poco iban puliendo —o aterrizando— a sus alumnos. De algún modo, en los casos más extremos, los pupilos íbamos dejando atrás una existencia informativa blandengue y amorfa, de la que a fognazos, cincel y martillo él iba extrayendo algo medianamente parecido a un periodista con oficio.

Eso era él. Y yo pues... era “un tipo de la televisión”. Supe años más tarde que se había opuesto explícitamente a que yo fuera recibido en su taller. En la carta de presentación que todos los que hemos pasado por un taller de la FNPI hemos escrito, contaba, un poco en tono dramático, que mi carrera inicial enfocada en el periodismo escrito, me había llevado a la televisión por un vuelco del azar. Pero que después de más de dos años en las pantallas sabía que mi elemento estaba en otro sitio. Y quería que ese taller “Cómo se escribe un periódico” fuera mi reconexión con la vocación del periodismo que se escribe.

Sin embargo, él quería asegurarse, con toda razón, de que sus alumnos provinieran del periodismo diario. Y por eso, si mis intenciones no hubieran estado respaldadas por un compromiso entre la Fundación y Seguros Bolívar (que me había otorgado ese derecho) probablemente nunca hubiera estado en su taller. Y él se encargó de recordármelo. “¡Tú, el de la televisión!”, decía antes de dirigirse a mí en la clase. Y ante algún traspás que tuve al leer algo en voz alta: “¡Claro, como los de la tele solo sabéis leer en telepóster!”. Y contenía el amago de una carcajada con el gesto de un duende que se ha salido con la suya.

Yo me reía, por supuesto, como casi todos lo hacíamos cada tanto durante sus sesiones de trabajo, con ese rosario de ocurrencias que sabía tejer siempre. A veces podía ser tan cáustico que hay exalumnos que aún resienten algunos comentarios, o que cuando escuchan su nombre piensan en una especie de ogro en llamas que los convirtió en el hazmerreír de todos por usar tal o cual palabra, que los expuso, demolió, pulverizó ante colegas de todo el continente por confundir un término, tener un revés sintáctico, fallar en la jerarquía del texto o cometer algún otro de los pecados de su amplia lista de desastres.

Pocas veces alguien le ganaba el pulso ante lo que señalaba como un error. Y cuando perdía una batalla encarnizada sobre, digamos, si una palabra era o no castiza (un americanismo, por ejemplo), podía decir cosas como “¿Pero es que la RAE se ha vuelto loca? ¡Ahora se la quieren dar de progres! ¡Qué progres! ¡Marxistas leninistas es lo que son ahora!”.

Carcajadas. Eso nos regalaba el Bastenier por kilos en cada sesión. Y sabiduría.

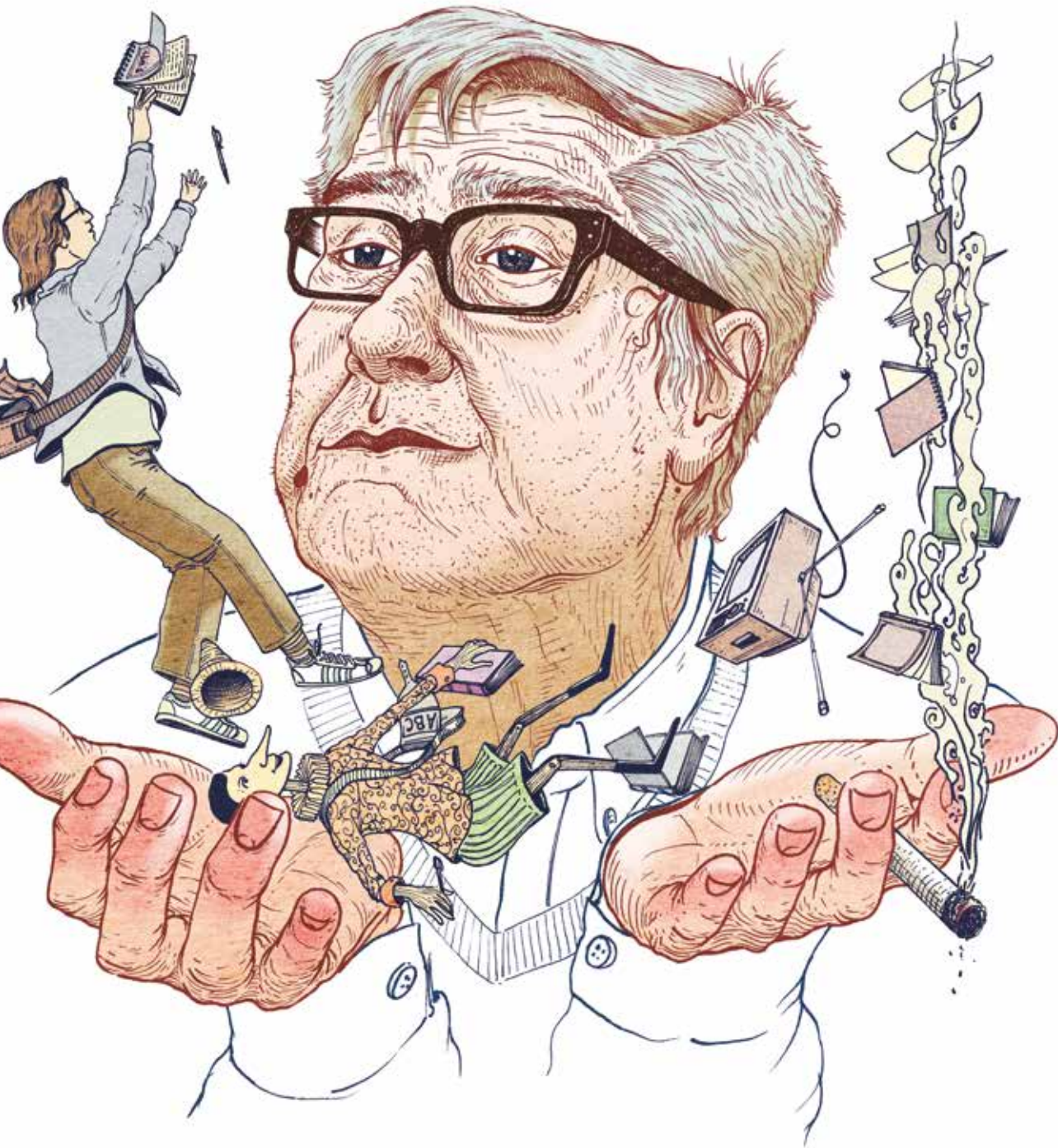
De las muchas frases que aún rondan, esta es una de mis favoritas: “Un diario es una obra del espíritu”.

A pesar de eso no recogía el periódico (ni las tizas) cuando se le caía al piso en plena clase. Su panza era voluminosa, y el esfuerzo de agacharse no valía la pena para él: “Ya se puede quedar ahí”, decía, con el mismo tono que podía condenar el cinismo de algún político o la ceguera de un editor en esas mismas páginas. Y si alguien intentaba recogerlo, era capaz de decir “Déjalo, déjalo, que ahí está bien”. Imposible no caer rendido ante tanta singularidad.

Los primeros ejercicios del taller fueron sencillos: noticias y breves en “género seco” (información cruda, sin interpretación) elaborados con fuentes secundarias. “¿Quién sigue?”, decía al terminar una revisión, como un médico cirujano e iba dando su ronda de observaciones, que salpicaba con dardos cuando era necesario.

Su abordaje de los géneros también me impactaba. En la universidad podíamos discutir por horas sobre las diferencias entre una crónica y un reportaje. Pero él dirimía el asunto con un enfoque práctico: el grado de aproximación al tema, a sus personajes y escenarios. Por eso incluso llegaba a clasificarlos como “género uno, género dos, género tres...”, según la cantidad de detalles y acercamiento a lo que él llamaba “El blanco móvil”, la realidad en marcha, fugaz, elusiva: “Si a eso lo quieren llamar crónica, reportaje, género tres, o tía Eduviges, allá cada uno”.

El asunto se complicó en el género dos. La primera crónica también nos la



pidió basada únicamente en fuentes secundarias: reportes de agencias, noticias de otros medios, nada de reportería directa. Y yo, que de algún modo creía que todo cuando tecleara tenía que ser bueno, porque eso me decían, me habían dicho y repetido, y eso me creía y además me importaba, pues entregué mi primer texto medianamente largo —sobre un caso de represión policial en Los Ángeles— como quien espera de vuelta un ramo de rosas o una serenata.

Pero Bastenier me trituró. Comenzó a leer mi crónica, y no había terminado el primer párrafo, cuando disparó: “Pero es que no se entiende nada”. Se detuvo un momento, y retomó... Fue bajando el tono, parecía murmurar, y de nuevo se detuvo: “Esto no se puede leer. Que si sigo leyendo me voy a volver loco”.

Y me lo devolvió, sin haber superado un par de párrafos. No recuerdo si sonreí para disimular o si bajé la cabeza, ni nada de lo que vendría después en esa clase. Esperé que terminara y tal vez sin despedirme salí para el hotel, abotagado. Fue una caminata eterna, bajo un sol ardiente, en la que trataba de entender por qué me sentía desolado.

No era vergüenza por la exposición pública. No era haber sido incapaz de darle gusto al viejo zorro. Era algo como el pánico, el terror. Como un miedo visceral ante la idea de que tal vez llegaba el momento de aceptar que había perdido para siempre la capacidad de escribir, embrutecido por la exposición de dos años a los rayos catódicos

de la televisión, como él intentaba sugerir o, mejor, “señalar”.

Entré a la habitación, caí en la cama, y no lo pude contener. Lloré. Sí. Largo. Por ojos y nariz. Con tos. “Se me olvidó escribir, se me olvidó escribir, ¡me jodí la vida!”, me repetía. Y al final caí dormido.

Desperté dispuesto, con el alma, con las tripas, a entender qué había pasado. Y a corregirlo. Tuve que haber faltado a la sesión de la tarde, o llegado un par de horas después de lo habitual. Pero entre tanto comenzaba a intuir lo que pasaba. Lo obvio, lo evidente, era que debía recordar que efectivamente la escritura se entrena, y que más de dos años de hacerlo solo como algo secundario me habían oxidado las falanges cerebrales. Pero eso no era suficiente. “¿Y si no me desoxido?, ¿y si por estar de pantallero perdí el toque para siempre...?”, me seguía repitiendo por dentro. Pero otra voz, rabiosa pero clara, murmuraba: “No seas pendejo. ¿Al fin y al cabo a qué fue a lo que vinimos, a que nos echaran flores o a aprender? Vamos. Vamos, muchacho, vamos...”.

En las siguientes clases me esforcé por ser un alumno aguzado. En las notas, que aún conservo, fueron quedando registradas sus frases, teorías, historias sueltas. Fueron jornadas enteras frente a él, todos los días, durante un mes. Entendí, por ejemplo, que en lugar de escribir de manera natural dentro del rigor que exige el periodismo, me había “puesto la corbata” para intentar parecer serio, adusto...

periodístico. Que en lugar de contar lo que había averiguado, “glosando” las citas y referencias, dando aire al texto, estaba sobrecumulando información con un tono postizo y cara de “qué buen reportero soy, uh, cómo escribo”.

Aprendí a diseccionar el ridículo lenguaje notarial en el que todavía siguen cayendo periodistas de todas partes en su afán de sonar dignos y solemnes: el famoso “chip colonial”. A ser consciente del lastre (las redundancias innecesarias) y a soltarlo cuanto antes. A huir de la “declaracionitis”, buscando solo el fragmento digno de una cita dentro de una conversación o una entrevista. A evitar caer en la facilidad —y miopía— de las fuentes oficiales. A reírme de cosas tan simples pero omnipresentes como la obsesión por las siglas en Colombia. O de que midamos las distancias en “una o dos horitas”. A ser consciente de nuestra adicción a los diminutivos: “¡Folletico!, ¡Folletico!, ¡Qué cómico!”, repetía Miguel Ángel, texto en mano, con expresión divertida.

Y por supuesto seguí (seguimos) recibiendo azotes. Siendo radicales con la teoría bastenieriana, yo, que he tenido tendencias de rumiante al escribir, ni siquiera soy lo que dice mi cartón. “Hay dos tipos de periodistas: los rápidos y los que no son periodistas”. Frases que todavía martillan cuando se siente la presión de una fecha, de una hora límite. “Eso del periodismo narrativo no son periodistas, son escritores”, algo así decía, con convicción y displicencia: “¡Qué periodismo va a ser eso de entrevistar a un tipo, contar cuanto se le ocurra decir y presentarlo como una crónica! ¡Que hay que ver que hasta premios les dan!”.

Llamados de atención que aún rondan, avispas para la conciencia del oficio.

De armarme de valor y corregir el paso, algo quedó. Ante el reto de cada nueva entrega recuerdo resoplar y teclear durante horas. Me forzaba a mí mismo a escribir sin saturar, a evitar repetir errores y tropiezos. Y por fin logré mi propio premio de montaña con un reportaje directo, para el que durante días me metí en el mundo que rodeaba al estafalario pastor evangélico Johnny Copete. Su reacción fue alentadora. “Muy bien”, decía, y a uno le volvía a nacer algo por dentro. Fueron días de acelerar y de calor. De camaradería y de risas, de alentar a otros y recibir alientos suyos. Algunas de las empatías que surgieron durante ese mes son ya amistades de años con colegas que se han convertido en hermanos de la vida.

Sin embargo, a pesar de mis avances no todo fue color de rosa en adelante. Para una de las entregas, creo, teníamos dos días para reportear y escribir un reportaje directo. Empecé bien, pero a mitad de la tarde de la segunda jornada comencé un error con una fuente en la Fiscalía de Cartagena —que no podía saber que yo era periodista— y mi historia se vino al piso. Quedé sin nada, con unas cuantas pistas, rumores y versiones disímiles sobre algo incierto de lo que solo tenía un hecho confirmado: que había ocurrido en Cartagena.

Pero eran las cuatro de la tarde, faltaban tres horas para “el cierre”, y no podía llegar con las manos vacías, ni con una historia trunca sobre la que solo tenía humo. Entonces recordé que durante mis caminatas por el barrio Crespo —donde está la Fiscalía— mientras hacía tiempo para que me atendieran, había visto a alguien que me inquietó: un hombre de camisa bien planchada, que durante todo el día había estado parado en la misma esquina, con la mirada clavada en la acera de enfrente. Miraba su reloj de tanto en tanto, y aunque le hablaran se conservaba rígido, serio, y respondía con monosílabos. Entrevisté al vuelo a un par de testigos, a un vendedor ambulante, al hombre que alquilaba bicicletas, y al señor de la tienda. Toqué un par de puertas, intenté hablar con el protagonista, lo seguí a distancia cuando se movió de su sitio, y luego corrí a la FNPI a teclear como un loco una nota extraña que por alguna razón me entusiasmaba. De pie frente a los rezagados, Bastenier nos recordó a las 7:00 en punto que ya era hora: “¿Qué tanto os tardáis? ¡El doble de lo que andáis haciendo se hace en menos de una hora!”.

Logré poner punto final unos quince minutos más tarde, lo titulé “Moise, el vigía bajo el árbol”, imprimí y se lo entregué.

Al día siguiente, cuando llegó mi turno, fue inolvidable. A cada frase se levantaba un murmullo. Yo mismo caía en la cuenta de que lo que escuchaba parecía una broma, algo absurdo y extraño, pero que quería seguir escuchando. Hubo risas, y el Baste repitió un par de frases, sorprendido...

“Esto está muy bien escrito”, dijo. “Pero es la nada con sifón”. Silencio.

“¡Que el papel está muy caro para andar gastándolo en estas cosas!”.

Risas. “Bueno Villegas, a trabajar”, dijo al terminar, y me lo devolvió. La atmósfera que recuerdo era de revuelo en el salón de clase, y no sé por qué cada una de las palabras de Miguel Ángel me llenaron de una euforia extraña, de una sensación de labor cumplida que no lograba resolver. Compinchos como Pedro Noli y Andrés Wiesner celebraron conmigo más tarde ese texto que nos tomó a todos por sorpresa, incluso a mí.

Pero algo quedó dando vueltas. Un par de años después del taller, tras un par de intentos fallidos, terminé creando algo que estuve cerca de bautizar como “La nada con sifón”, pero que terminé llamándolo “Agencia Pinocho: el diario de lo que no es noticia”. No recuerdo si alguna vez hablamos del proyecto, o si me hizo apenas una mención al paso, o si evitó el tema de plano. Pero cada cierto tiempo, cuando me veía a mí mismo escribiendo piezas de “Microficción

periodística” para “A-Pin”, soltando lastre, usando entrecomillados para dar vida y voz y encendiendo adrede el chip colonial para perfeccionar noticias como “Anciana se sube a murito” o “Mujer pensó huir de esposo”, al poner punto final algo en mí se reía. Y repetía: “Esto es la nada con sifón”. “Pero es muy divertido”, y seguía adelante con el despropósito.

Dos veces le di motivos para aborrecerme, por atrevido o por payaso. Como personaje, el Baste era adictivo, y durante el taller varios intentábamos imitar sus gestos, su manera de acentuar, su timbre. Lo hacíamos en los ratos libres o en medio de las sesiones de escritura que a veces compartíamos o en las noches de calle y juerga. Y obviamente, a sus espaldas. Alguna vez varios compañeros andábamos en el salón semivacío, y yo, frente al tablero, trataba de replicar su manera de sopesar la mano al hablar y el ronco atabacado de su voz, cuando se apareció en el marco de la puerta. Contuvimos el aliento, supimos que me tenía que haber visto, pero él inició una charla como si cualquier cosa y terminamos hablando de periodismo y de política.

Tiempo después, en un correo colectivo que nos llegó a los estudiantes del taller, yo, impertinente, continué la charla virtual con el mismo tono de algunos chistes que a veces hacíamos recordando sus chascarrs. Era una especie de historiografía fantástica que hacíamos solo para seguir riendo, y yo escribí un mensaje inverosímil sobre un Bastenier de fiesta que solo sucedía en nuestra (mi) imaginación atravesada. Minutos u horas después Miguel Ángel respondió el mensaje, sin hacer ninguna referencia a mi insolencia. Pedrito, hermano del alma heredado del taller, me escribió así, con su acento tucumano:

“No puedo creer el error que te mandaste. ¡Cómo vas a ser tan ‘culiao’! El Baste recibió el mail que enviaste a todos; ese que pide que nos lo imaginemos bailando con un calzoncillo de leopardo. Qué risa, chabón, ¡pero qué chistosos! Me imagino tu cara cuando viste que él también contestó el mail. En fin, ya fue, el gallego se debe haber reído también”.

Yo decidí que disculparme solo iba a acentuar mi impertinencia. Y esperé.

Me siguió saludando siempre con la misma calidez e interés genuinos. Y entendí que era un maestro en el sentido amplio. Uno lo suficientemente exigente y riguroso como para hacerte polvo en una clase, lo suficientemente sabio como para saber distinguir una broma cariñosa de una afrenta, e impecable como para dejar pasar los desvaríos sin darles más cuerda. Cada nuevo encuentro con él fue siempre una alegría:

“A Juan Miguel, que ha sido el mejor alumno ‘televisivo’ que he tenido nunca. Miguel Ángel, Cartagena, Agosto de 2006.”

Claro. El muy astuto sabía también que había sido el único. ☺

NUESTROS RECOMENDADOS

Universo Centro sirve como sobremesa, envoltura para lo de llevar, plato fuerte, postre para el tinto y trago doble en más de 350 sitios en Medellín. Este es un pequeño directorio de lugares donde hemos sido comensales y somos primicia.



Restaurante
EL ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Comida saludable para gente sintiente

Carrera 64C # 48-188 Suramericana 5 local 101
Teléfono: 2302522

al pie de **LA LETRA** librería

Sede Brasilia: Calle 49A # 64C-42. Tel.: 2305428.
Sede Mamm: Carrera 44 # 19A-100
E-mail: laletra@une.net.co

www.alpiedelaletralibreria.com

Teléfono único: **3224694**



CIUDAD CAFÉ
el lugar del caminante
desde 1999

Abrimos nuestras puertas por primera vez el 2 de septiembre de 1999, desde entonces no hemos parado. Un lugar sencillo y con alma... ubicado frente al parque-bulevar de Carlos E. Restrepo.

MARTES A SÁBADO: 3PM A 12M
DOMIGOS Y LUNES: 4PM A 10PM
CARRERA 64B #51 - 94
INSTAGRAM: CIUDADCAFEMEDELLIN

Teléfono: 2600210 • Fb: @ciudadcafemed



Restaurante
Flores y Sabores
Comida Gourmet de Origen

En Carlos E Restrepo

Excelente comida y coctelería a buen precio
Calle 53 # 64A-43
Reservas: 2601685



SALA SENTIDOS

Sala Sentidos la única sala de teatro erótico del país te invita a su temporada de teatro:
MINOTAURO DE DIVINA OBSCENIDAD TEATRO

Fechas: 9,10,16,17,23 y 24 de Junio
Hora: 8:30pm • Valor: \$35.000 General - \$25.000 Estudiante
Lugar: Cra 80 # 49-64 • Reservas: 317 8677604

Sigue nuestras redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram, Vimeo @salasentidos



retro

MUEBLES Y OBJETOS DECORATIVOS.
VENTA Y ALQUILER

Calle 9 # 43B-151 El Poblado
Teléfono: 2666679



El Túnel Café & Cocina

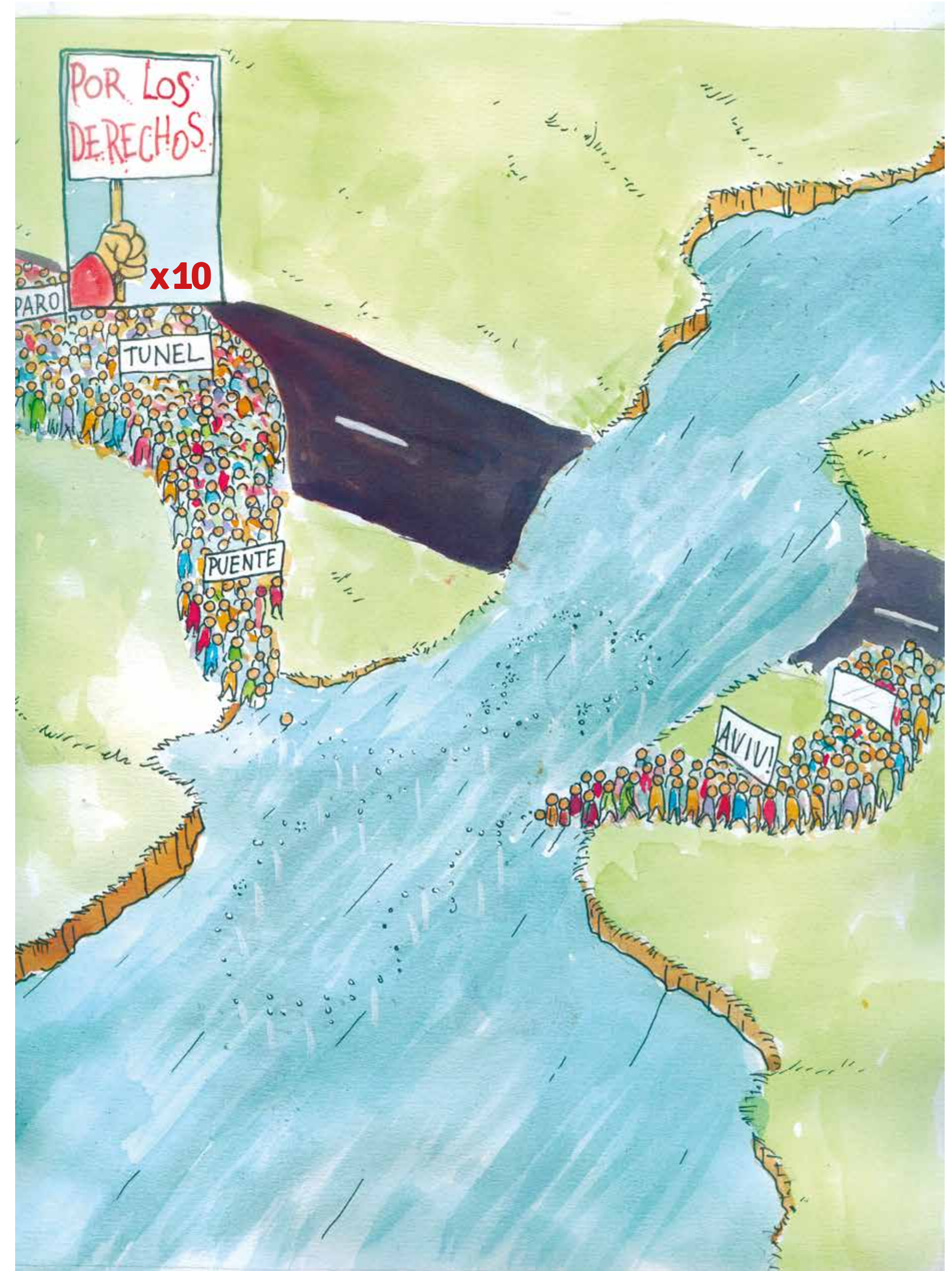
Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra. 42 # 54-62
Teléfono: 2396536

- Clases Personalizadas de Inglés y Español
- Traducciones
- Intérprete para trámites en el exterior

PERSONALIZED BILINGUAL TOUR GUIDE AND DRIVER

Contact: Luz González
321.888.2506 • luzpgonzalez@gmail.com

Profesora licenciada UPB, Guianza Turística del Sena



cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas, artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

f /cinefagos.net @cinefagosnet

RARO

ASTRODICCIONARIO

PLANETARIO
DE MEDELLÍN

Palabras corrientes

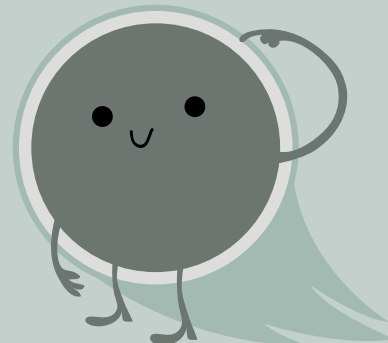
usadas por los astrónomos
y capturadas por el
Planetario en pleno
vuelo cósmico.

- Dejan, como los cometas,
un **reguero luminoso** de
significados.



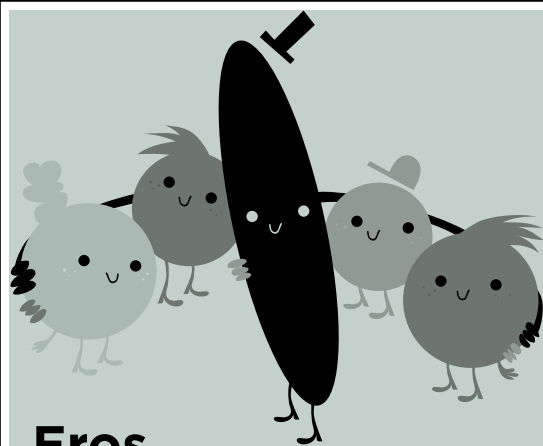
Amor

Familia de asteroides que rodean la órbita terrestre.



Cabellera

Atmósfera que envuelve el núcleo de los cometas, formada por gas y polvo.



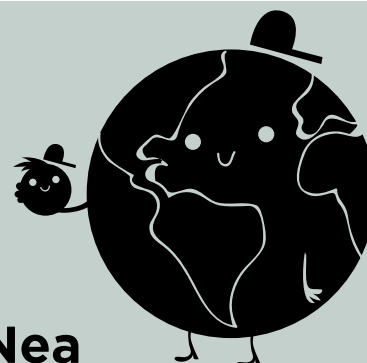
Eros

Singular asteroide del "grupo Amor", que tiene la forma de un cigarro.



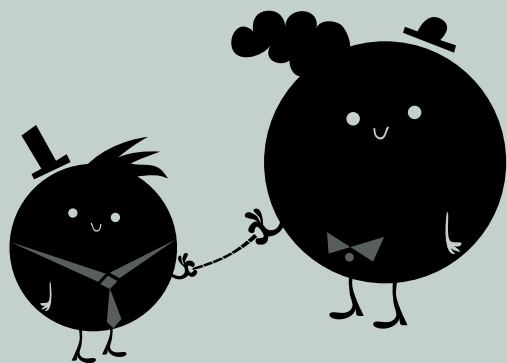
Espaguetización

El proceso que se experimentaría al caer en un agujero negro.



Nea

Enjambre de Asteroides que orbita al Sol, cerca de la Tierra. Muchas de estas rocas espaciales, cruzan la órbita de nuestro planeta y representan un riesgo real de impacto.



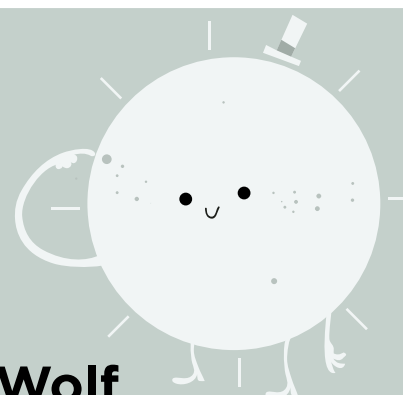
Pársec

Es el nombre de una unidad de medida astronómica que equivale a 30.86 billones de kilómetros, o bien 3.26 años luz.



Terminator (terminador)

Línea de separación entre la parte iluminada y la parte en sombra de un cuerpo celeste, es decir, la línea de separación entre el día y la noche.



Wolf

(Número de) Es el índice que mide el nivel de la actividad solar en un instante determinado, a partir del número de manchas.

Visita el Planetario y el Parque Explora

La ciencia nos ayuda a mirar, de otra manera.

www.planetariomedellin.org

parque
explora

Bancolombia

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos